DUBLINETA EIRE

Un Error



MUY

acertado

DUBLINETA EIRE

Un Error MUY acertado

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.
Título original: Un error muy acertado.
©Dublineta.eire, 2026

Diseño de portada y maquetación: Aroadyc

A mi familia:
Persi, Irlanda, Daniela-Blue y Marco.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

EPÍLOGO I

EPÍLOGO II

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1

VALENTINA

Llegué a Marmita Design con el piloto automático encendido y el cerebro en huelga. No era solo por la resaca, también odiaba los lunes.

Los odiaba con vocación, con disciplina. Casi… con amor.

—¡Buenos días, bella! —canturreó Simón desde recepción, como si el sol le pagara comisión para mantener su moreno veraniego todo el año—. ¿Qué tal el finde? ¿Mucha fiesta?

No cansarse nunca y enterarse de todo eran dos de los superpoderes de Simón, el conserje. Y ambos me ponían tan nerviosa como él. Como siempre sonreía, nunca sabías qué tipo de información iba a salir por su boca.

—Bien, bien —respondí por educación y supervivencia, acelerando el paso, antes de que se cerraran las puertas del ascensor—. Ha sido tranquilo.

Mentira. Pero seguramente él ya lo sabría.

La resaca del sábado por la noche todavía me golpeaba con saña la cabeza, como si algún escultor gracioso se hubiera colado para cincelarme a su antojo la nuca y las sienes. No recordaba cuándo fue la última vez que bebí y bailé tanto. Y, por si fuera poco, tenía lagunas —más bien pantanos— a partir de las cuatro de la mañana. Si Simón sonreía así, era porque había visto algo. Él también había estado en la fiesta. Muy probablemente, a Victoria y a mí se nos había ido un poco de las manos el entusiasmo.

Subí a mi planta, atravesé el pasillo arrastrando los pies como si me hubieran cambiado los tacones por ladrillos del nueve y entré sin ganas en la sala de ordenadores. Colgué el bolso, dejé el móvil sobre la mesa y me desplomé en la silla con la gracia de quien acepta su destino sin discutir.

De pensar que todavía me quedaban seis horas delante de una pantalla por un sueldo que daba ganas de llorar, se me quitaban las pocas ganas de vivir que solía tener los lunes a las ocho.

Encendí el ordenador, pero el puntero no se movió.

—¿Quién se ha llevado mi ra…? —No acabé la frase porque al bajar la vista lo vi al lado de mi mano.

Mi ratón estaba ahí. Perfecto, con toda su batería. Lo que tenía debajo de los dedos era una caja negra y no la de una catástrofe aérea.

Mediana. Cuadrada. Con una pegatina blanca con la letra uve escrita en rojo. Parecía un regalo. Hasta llevaba un lacito dorado.

Parpadeé una vez, como si al hacerlo fuera a desaparecer. No lo hizo, claro.

Aunque el departamento aún no había despertado del todo y cada uno iba a su ritmo, miré a mi alrededor con disimulo, intentando que no pareciera que acababa de descubrir un cadáver bajo la mesa.

Fuera se escuchaban pisadas de algún rezagado, ordenadores que se encendían sin ganas y a Virtudes, como siempre, peleándose con la cafetera del cuartito como si fuera su ex.

Nadie me prestaba atención. La cajita seguía ahí, mirándome.

—Vale… —murmuré para mí misma—. Esto es raro de cojones.

Lo primero que pensé es que había sido un error. Algún repartidor despistado, con prisas, una entrega para otra mesa, para otra V.

Volví a mirar atrás, de momento nadie se había percatado de mi presencia. Revisé mi mesa, la pantalla tenía mis post-its de siempre, el cactus estaba tan muerto como siempre, el portarretratos con la foto de Victoria y mía haciendo el tonto… como siempre. No había duda, aquella era mi mesa.

Acaricié la caja con la punta de los dedos con cautela, y sin más, deshice el lazo despacio. El corazón me golpeaba el pecho y

había empezado a sudar. Solo esperaba que dentro no hubiera una planta carnívora y quisiera desayunar mi nariz.

Abrí del todo. Dentro encontré un corazón.

No uno de verdad. Uno tipo herencia victoriana con maldición incluida.

No era muy bonito. Era… peculiar. Casi del tamaño de un huevo Kinder, con un aire antiguo, muy *vintage*, que no encajaba en absoluto con mi estilo ni con el resto de mis complementos. Estaba claro que, quién me lo hubiera regalado —en el caso de que no fuera un error—, no conocía para nada mis gustos.

Al cogerlo, encontré una tarjeta pegada al fondo con algo escrito a mano.

«Ojalá fuera real».

Eso era todo. Nadie firmaba la nota misteriosa. Sin un «cariño», sin un dibujito romántico. Solo aquella frase como si fuera un mensaje metido en una botella y, en lugar de acabar en el mar, hubiera terminado encima de mi mesa.

Me quedé quieta unos segundos, con la tarjeta entre los dedos, esperando a que mi cabeza reaccionara de algún modo. No sentí mariposas. Fue algo más sutil, una mezcla incómoda entre sorpresa y desconcierto. Y curiosidad. Mucha.

¿Qué fuera real? ¿ El qué?

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas al misterio, un bolso aterrizó sobre mi mesa con la elegancia de un meteorito, que venía siendo ninguna.

—Buenos días, amiga misteriosa —dijo Victoria, apoyándose en el borde—. ¿Por qué tienes cara de haber encontrado un riñón sobre el teclado?

—Mira. —Le enseñé la cajita sin decir nada más.

Aparte de mi mejor amiga, era mi traductora mental oficial, con el don de convertir en cinco segundos un gesto en una historia, con giro dramático incluido, bueno, no, la del drama era yo.

—¿Y esa cosa? —Se inclinó sobre la mesa y, sin pedir permiso, cogió el colgante con tanto entusiasmo que pensé que iba a ponérselo.

Lo miró por delante, por detrás y frunció los labios.

—Es… peculiar —concluyó, balanceando la cadena delante de mi cara como si fuera a hacerme ladrar a la de tres—. Un poco *vintage* tirando a reliquia, ¿no? Pero si a ti te gusta, no seré yo quien diga lo contrario.

—No sé si es mío —dije, todavía con la tarjeta en la mano.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Qué susto, tía! Pensaba que te lo habías comprado en un arrebato de locura. —Victoria arqueó una ceja y me arrancó la tarjeta de los dedos.

—Estaba dentro. —Señalé la caja.

—«Ojalá fuera real» —leyó en voz alta—. Qué intenso. Me encanta. ¿No sabes de quién es?

Luego giró la tarjeta, como si esperara encontrar un código QR, una declaración de amor en verso o algo que nos diera una pista coherente.

—No tengo ni idea.

—Aquí hay una V —dijo como si yo no lo hubiera visto.

—Fuera también —añadí.

—Pues entonces es tuyo. V de Valentina.

—V de vete tú a saber —repliqué.

—No, V de Valentina —insistió ella, sonriendo—. Estaba en tu mesa. Tú te llamas Valentina. Y el sábado pasado triunfaste con los de Administración. No sé tú, pero yo veo patrones… típicos de cortejo.

Me crucé de brazos y puse los ojos en blanco.

—También podría ser un error. O una broma. O algo que no tiene nada que ver conmigo, como por ejemplo: V de Victoria. Te recuerdo que tú también triunfaste con los de Administración.

Soltó una risa corta y se sentó en el borde de la mesa.

—Cariño, si alguien deja un corazón con una nota intensa en una mesa de la oficina, no es por equivocación. Esto no es Amazon que lo entrega donde le viene en gana. Y estaba en tu mesa, no en la de Pepe ni en la de Merce. No hay duda, era para ti.

Volvió a mirar el colgante, y, sin avisar, me puso la cadena alrededor del cuello.

—¡Eh! —protesté, moviendo las manos para apartar las suyas —. No hagas eso.

—Para lo feucho que es, te queda bien —dijo, echándose un poco hacia atrás para verme mejor—. Contrasta con tus pendientes discretos de oro blanco. Muy *fashion*.

Luego me señaló con el dedo.

—No debería llevarlo —me quejé, con la esperanza de que lo comprendiera y dejara de insistir.

—No lo tengo tan claro. Pero si no es tuyo, ya vendrá alguien a reclamarlo.

Me miré en el reflejo oscuro de la pantalla en reposo. El corazón colgaba justo en el centro del pecho, demasiado visible, demasiado… corazón.

—No debería llevarlo —insistí, acariciándolo con los dedos, con la mirada perdida—. Tiene que ser para otra persona…

—¿Y si no lo es? —me interrumpió mientras me robaba un lápiz y se hacía un moño perfecto—. Valentina, relájate. Disfruta cinco minutos de la vida. No todos los días te dejan regalos misteriosos en la mesa.

Antes de que pudiera responder, empezó a llegar más gente. Conversaciones cruzadas, saluditos, el ruido habitual de un lunes cualquiera a las ocho y media de la mañana.

Me llevé la mano al colgante por puro instinto, como si pudiera esconderlo en el canalillo de mi pecho para que nadie más lo viera.

—Nos vemos luego —me dijo Victoria, que salió disparada hacia la puerta en cuanto escuchó la voz de Virtudes en el pasillo—. Tengo que preparar la rueda de prensa.

Yo me quedé con el corazón colgando y una frase repitiéndose en mi cabeza: «Ojalá fuera real».

La mañana pasó sin pena ni gloria. Cerré un par de diseños, respondí los correos que tenía pendientes y revisé los presupuestos de las próximas reformas. Con el cambio de CEO íbamos todos un poco a ciegas, como si nos hubieran vendado los ojos y solo unos cuantos elegidos verían la luz.

—¿Alguien puede venir a desatascar la máquina de café? —gritó Virtudes desde el *office* cuando ya estábamos recogiendo.

Hubo un breve silencio colectivo, alguna risa ahogada y todos fingimos no haber escuchado nada. Esa mujer se jubilaría sin entender cómo funcionaba aquella cafetera.

—¡Hasta mañana, chicos! —me despedí mientras cogía mis cosas y salía al pasillo.

Al entrar en el ascensor, Victoria se coló de un salto antes de que se cerraran las puertas, sacó un peine del bolso y frente al espejo se arregló el pelo.

—¿Comemos en casa o tomamos algo rápido en La Esquina? —me preguntó sin apartar los ojos de su reflejo, mientras se pasaba los dedos por las cejas.

—Mi plan era llegar a casa, tirarme en el sofá y dormir hasta el año que viene. La resaca me está matando.

—¡Madre mía! A veces me pregunto si de verdad tienes veintisiete o eres una anciana *renegona* que usa una hidratante estupenda.

Subió el brazo para hacernos una foto cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Sin movernos, sonreímos como si fuéramos ricas y famosas con cero responsabilidades y justo cuando sacamos la lengua, un espontáneo se coló entre nosotras.

Martín González. El nuevo CEO. Alto, serio, con una mezcla entre inaccesible y familiar que hacía que pareciera estar fuera de lugar en una oficina… y, al mismo tiempo, haber nacido para mandar en ella.

Llevaba apenas una semana en la empresa y ya se había metido en el corazón de la mayoría. A nadie parecía importarle que pareciera un señor atrapado en el cuerpo de un CEO, comportándose como el legítimo heredero del imperio, convencido de haber nacido entre actas y planos y de que su primera toma fue un biberón de café de la máquina del cuartito.

Tenía un aura tan potente que, allí dentro, con las puertas cerradas y apenas un metro cuadrado para respirar, me empezó a faltar el aire, como si todo el oxígeno le perteneciera por contrato blindado.

—Buenos días —saludó, educado.

—Buenas tardes —respondimos las dos casi al mismo tiempo, aguantando la risa.

Noté su mirada bajar un segundo, detenerse en mi cuello y volver a subir con rapidez. Frunció ligeramente el ceño, como si algo no terminara de encajarle, pero no dijo nada.

El ascensor siguió bajando en silencio. Yo me pegué a mi esquina, queriendo ser pequeña o invisible, pero ahí estaba el corazón enorme, brillando, convirtiéndome en la estrella de Belén.

Cuando salimos, Victoria me agarró del brazo.

—¿Has visto cómo te ha mirado? —me susurró con los labios casi pegados a mi pelo, en un intento de discreción.

—Me ha mirado porque llevo un colgante del tamaño de un Airbus —dije, masajeándome la nuca—. Es normal. El de Recursos Humanos también me ha mirado cuando iba a coger el ascensor.

—O porque… Igual ese CEO sabe algo —replicó ella, guiñándome un ojo.

—No empieces —le pedí a la vez que intentaba sacarme por la cabeza el colgante.

—Ni se te ocurra. Si quieres saber de quién es, tendrás que lucirlo. Es de primero de misterio.

—Es de primero de «Eres idiota como ninguna», pero me pillas sin ganas de discutir.

Y es que Victoria tenía esa magia que no sabes explicar, y que por un motivo u otro siempre acababas haciéndole caso. Igual por eso era una *crack* es su trabajo. Desde que entró a trabajar en Marmita Design ni un solo cliente se le había resistido.

Fuimos al bar de siempre, el de la esquina, que se llamaba *Café con olor a mar*, pero nadie lo llamaba así.

—¿Lo de siempre, chicas? —preguntó el camarero en cuanto nos vio entrar.

—Lo de siempre, guapo. Y algo de picar, que mira las horas que son y todavía no hemos comido —dijo Victoria mientras nos sentábamos en «nuestra» mesa, en el centro del bar.

Me di cuenta de que mis dedos no dejaban de buscar el colgante, como si fuera un imán y mis nervios de hierro oxidado. Cuando me acordaba de que estaba ahí, intentaba taparlo con el abrigo.

—Deja de tocarlo, anda, que lo vas a desgastar —me pidió sin dejar de mirar por el bar como si estuviera buscando extras para la película que se había montado en su cabeza.

—¿Y si es una reliquia maldita?

Olé, ahí estaba yo, alimentando su guion romántico para que terminara convirtiéndose en uno paranormal.

—Sí, mujer. Llegas a casa, la cadena se encoge, te pones azul y mañana te encuentro tiesa sobre la alfombra de Ikea con la etiqueta todavía grapada y tengo que explicar al 112 que te mató un colgante romántico. Anda ya. Deja de decir tonterías y luce el *cuore* maldito —dijo, burlándose de mí.

No habíamos ni probado el vino cuando la puerta del bar se abrió y una corriente helada se coló por el hueco, golpeándonos en la cara. Un segundo después, entraron ellos. Luis y Fernando, de Administración, discutiendo de fútbol, Álex, uno de mis arquitectos favoritos, y detrás, Martín.

Genial. Mi lunes acababa de ponerse sociable.

—¿Tú sabes qué se ha hecho Álex para estar cada día más bueno? —le pregunté a Victoria muy bajito, sin apartar la vista de la barra.

Y es que, en los últimos meses, había mejorado tanto su aspecto que a punto estuve de liarme con él en la última fiesta.

—¡Yo siempre lo he visto follable! —contestó a pleno pulmón, porque ella no conocía el concepto de volumen moderado.

Me atraganté con el aire. Y mientras tosía como las locas, los cuatro nos miraron a la vez.

Álex levantó la mano con una sonrisa enorme, como si acabara de recibir el título de Empotrador del año. Luis y Fernando se rieron.

Victoria subió los brazos por si todavía había dudas de que hablábamos de ellos.

Y Martín.

Martín no levantó nada. Se quedó quieto, me miró fijamente, sin sonrisa, sin apenas un gesto que pudiera darme una pista de qué pensaba, como un jugador profesional de póker.

Yo abrí el bolso y metí la cabeza dentro con la esperanza de que me absorbiera y poder vagar por el Limbo toda la eternidad. Cuando la saqué y volví a mirarlo, por una fracción de segundo, tuve la absurda sensación de que quizá le había molestado que no habláramos de él, sino de Álex.

—¡Dios! Baja la voz —le pedí a mi amiga, con la mano agarrando con fuerza el corazón—. ¡Mierda! Martín no deja de mirarme. Seguro que te ha escuchado.

—Te lo estás tapando demasiado —susurró Victoria—. Eso es sospechoso. Si no te conociera el camarero, pensaría que has venido a inmolarte en su negocio familiar.

—No quiero llamar la atención, aunque con el megáfono que te has tragado es un poco complicado.

—Claro, porque llevar el abrigo enrollado al cuello en modo bufanda es súper normal, ¿verdad? —Acercó la mano y me lo arrancó de un tirón.

Cogí la copa y me la bebí de golpe. Sentí los ojos de Martín quemarme la piel. O fue el vino, pero el tipo no me quitaba los ojos de encima.

—No quiero que nadie vea el colgante. Nadie —me quejé.

—Demasiado tarde. Sonríe y finge que no te importa. Y deja de taparlo, joder. Si queremos saber de quién es, así es imposible.

—No me incluyas en ese plural. Si quieres desvelar el misterio, toma, póntelo tú.

—Ni de coña. No me pega con mi *outfit*. Lo siento —dijo sin mirarme, camino de la barra.

Mientras yo me ponía el abrigo, ella pidió la cuenta, al llegar, escuché a los chicos reír.

—¿Tú no tienes plan para San Valentín? —le preguntó Álex a Martín, que negó un par de veces con el codo apoyado en la barra.

—Ojalá… —dijo, y le dio un trago a su cerveza.

No añadió nada más. Pero, por lo visto, no hizo falta para que mi amiga entrara en modo inspiración.

Victoria me agarró del brazo y me arrastró hacia la salida como si acabáramos de presenciar un asesinato.

—Blanco y en botella —susurró, ya en la calle—. Te lo digo yo.

—¿De qué hablas? —pregunté por darle conversación, porque lo sabía de sobra.

Me llevé la mano al cuello, consciente de golpe del latido acelerado bajo el colgante. Por pura paranoia.

Tenía la imagen de Álex y Martín clavándome la vista en el centro de mi pecho y, gracias a Victoria, tardaría años en borrarla.

—Ha sido él, Valentina. ¿Quién dice hoy en día «ojalá»? ¿Quién?

—Primero, esa palabra la dice mucha gente. Incluso yo…

—¿Es que no lo ves? ¿Estáis hechos el uno para el otro? Los dos decís esa palabra… —Puse los ojos en blanco y resoplé.

Cuando a Victoria se le metía algo en la cabeza, de la fe que le ponía, al final terminaba haciéndose real.

Y yo, la verdad, no tenía ni idea de quién había dejado aquel corazón en mi mesa. Ni qué significaba la frase. Y, desde ese momento, tampoco tenía claro si quería que Martín me lo hubiera regalado.

Lo único que sabía es que no tenía sentido.

CAPÍTULO 2

MARTÍN

El martes llegó con la misma falta de respeto que el lunes, solo que más experimentado en eso del arte de hacerte sufrir, y venía a por más.

Aquella mañana llegué a la oficina antes de lo habitual. Me gustaba hacerlo. Madrugar nunca fue un problema. A primera hora la empresa todavía no se había despertado y podía tomarme el primer café del día con calma y en absoluto silencio.

Simón ya estaba en su puesto, como si durmiera enchufado a la corriente durante la noche.

—¡Muy buenos días, señor González! ¿Listo para empezar un martes maravilloso?

Simón era la clase de persona que siempre veía bonito el mundo y pensaba que su misión en la vida era hacer la tuya más fácil.

—¡Buenos días para ti también! Que tengas un martes productivo —le respondí camino del ascensor.

Subí directamente a mi despacho. Dejé el abrigo sobre la silla y bajé a por un café mientras repasaba en mi teléfono la agenda del día. Proyectos, llamadas, reuniones que parecían urgentes solo porque Virtudes, mi secretaria, había decidido ponerlas en rojo.

Nada fuera de lo normal.

—¿Aún dormido? —me preguntó Álex cuando tropecé con él al salir del ascensor—. ¿O resaca de la buena?

—Perdón, iba concentrado… —me disculpé, guardándome el móvil en el bolsillo de la chaqueta—. Bajaba a por una transfusión de cafeína.

—¿Café? Te deseo suerte. Creo que Virtudes ha lanzado la cafetera por la ventana. Deberías pagarle un curso de barista o directamente, ponerle una orden de alejamiento de la máquina —dijo entre risas.

—Voy a comprobarlo.

—Yo voy a La Esquina. ¿Te subo uno?

—O dos —le respondí—. Nos vemos ahora en la sala de juntas.

Él entró en el ascensor y yo continué hacia el cuartito del café para confirmar el destrozo matutino de mi secretaria.

Hasta que la vi.

No fue inmediato. No hubo música de fondo ni cámara lenta. Fue una imagen fugaz, casi accidental, reflejada en el cristal del pasillo mientras cruzaba hacia el *office*.

Entonces, los recuerdos del día anterior me golpearon en la frente.

Un destello dorado me obligó a detenerme un segundo, lo justo para convencerme de que no había sido imaginación mía. Volví sobre mis pasos y miré con más atención.

Valentina Fuentes estaba sentada frente a su mesa, concentrada en la pantalla, con el ceño ligeramente fruncido y una mano jugueteando, sin darse cuenta, con algo que le colgaba del cuello.

Un corazón con piedras de colores, insertadas a traición.

Sentí un pinchazo extraño en el estómago. No de deseo. De revelación.

—*Valentina, relájate. Disfruta cinco minutos de la vida. No todos los días te dejan regalos misteriosos en la mesa* —le dijo Victoria, la mujer más escandalosa y graciosa que había conocido en mi vida, nuestra relaciones públicas.

Me acerqué despacio, intentando que no pareciera que estaba haciendo exactamente lo que estaba haciendo, que no era otra cosa que comprobar si ese colgante era el mismo que yo había visto días

antes en una joyería del centro, entre pulseras de cuero y collares demasiado modernos para el gusto de alguien de más de cincuenta años y que, por lo visto, se había puesto de moda. O eso esperaba, porque de lo contrario sería…

Era el mismo. No había duda.

El corazón *vintage*, algo exagerado para mi gusto, con esa cadena fina que parecía a punto de romperse si la tocabas con demasiado entusiasmo. Exactamente igual. El mismo que vimos Álex y yo y que tanto le encantó.

Fruncí el ceño.

Aquello no tenía ningún sentido.

Hasta donde yo sabía, aquel corazón edición limitada no era para Valentina. Y, sin embargo, allí estaba, sobre su pecho.

Seguí caminando sin que ellas se dieran cuenta de que la observaba. No quería llamar la atención. Ni montar una escena. Pero tampoco podía ignorarlo.

Regresé a mi despacho sin café y con un dilema que no me apetecía tener.

El resto de la mañana intenté concentrarme en lo mío, aunque reconozco que no fue especialmente fácil. Cada vez que salía de mi despacho y bajaba a la sala de juntas, mis ojos se desviaban solos hacia su mesa, hacia su pecho, como si alguien hubiera reprogramado mi cerebro sin avisar.

Valentina no parecía consciente de nada. Trabajaba con normalidad, hablaba con el resto de compañeros, se reía de vez en cuando. Tocaba el colgante con frecuencia, eso sí, como quien no termina de acostumbrarse a llevar algo de aquel tamaño encima.

—¡Martín, vuelve! —me pidió Beltrán en mitad de la reunión.

—Perdón… —me disculpé con todos, aunque lo miré a él—. Estaba con la cabeza en otra parte.

—¿En otra parte? —se interesó Álex, que siempre tenía que meter las narices donde no le importaba—. ¿Recordando algo que

deberíamos saber y que ocurrió el sábado por la noche?

—¿Estará pensando dónde reservar para San Valentín? ¿Cenita romántica o sexo salvaje en la *suite* de algún hotelito de cinco estrellas que tanto te gusta visitar?

Ahí estaba él, el que faltaba por tocarme los cojones, Luis, el soltero de oro, como le gustaba que lo llamáramos, y el que llevaba desde que había tomado posesión de mi cargo, haciendo preguntas indiscretas sobre mi vida personal.

—Muy gracioso, pero te recuerdo que estamos trabajando. ¿Cómo tengo que decirte que aquí soy tu jefe? Fuera lo que quieras —le dije demasiado serio, y le guiñé un ojo para quitarle solemnidad.

Cuando acepté incorporarme a la empresa, lo primero que hice, antes de la reunión con la junta directiva, fue dejar muy claro que mientras estuviéramos en Marmita Design no podíamos tratarnos como lo que éramos, amigos desde que teníamos unos tres años, con algunos, incluso desde antes. Si quería que la relación laboral funcionara y seguir obteniendo beneficios, había que marcar distancias. En la calle, volveríamos a ser los colegas de siempre. Pero a estos parecía habérseles olvidado.

—¡Joder, tío! Si quieres hablo con Eva y le pregunto si su prima está disponible, creo que te hace falta echar… —Levanté la mano para que Beltrán no acabara la frase y me puse en pie.

—Si a martes estás así de melancólico, no me quiero imaginar cómo vas a llegar al viernes —dijo Álex aguantando la risa.

—Señores, la reunión ha finalizado. ¿Todos tenemos claro los plazos? —Asintieron mientras recogían sus cosas—. Álex, espera, no te vayas, tengo que comentarte algo.

—¡Madre mía! La que te va a caer, chaval —le dijeron antes de salir y cerrar la puerta.

Álex me miró serio, se quitó la chaqueta y se sentó presidiendo la mesa. Apoyó los codos y no esperó a que hablara.

—Pues tú dirás.

Recorrí la sala hasta que me acerqué a él, como si fuera a contarle un secreto.

—Te voy a preguntar algo, pero no puede salir de aquí.

—¿A quién hay que matar? —respondió con su tono divertido que siempre usaba, aunque la cosa fuera seria.

Y lo que iba a preguntarle lo era.

—¿Por una vez en tu vida puedes tomarte algo en serio? Esto es importante.

Me alejé de él y fui a abrir el ventanal, necesitaba respirar aire limpio.

—¡Hostias! ¿Te has enamorado? —Escuché a mi espalda.

Cerré los ojos y me clavé los dientes en el labio. Me sacaba de quicio, pero no podía mandarlo a la mierda hasta que me respondiera a mis preguntas y entendiera qué estaba pasando.

—¡Joder, Álex! Da igual, no sé para qué te digo nada…

Recogí mi portátil y, cuando me disponía a salir, me agarró del brazo.

—Dispara. Soy todo oídos.

Me giré despacio, cogí aire y lo miré a los ojos.

—¿Recuerdas el corazón que vimos en la joyería? —le pregunté, intentando parecer tranquilo.

—¿El gigante? ¿El que *presuntamente* te habían encargado?

¿Cómo que presuntamente? ¿De qué cojones iba el muy imbécil?

—El mismo…

Decidí no aclarar si se trataba de un encargo o no.

—¿El mismo que luce en su pechito Valentina? —Cerré los puños y respiré hondo. No podía con él cuando se ponía en ese plan

—. ¡Cabrón! No me digas que te ha dado un ataque de cuernos por lo del sábado. No tenía ni puta idea de qué te interesara.

—¿De qué mierdas hablas? Calla.

Sabía a lo que se refería. El día de la fiesta, cuando ya todos nos marchábamos para casa, Álex se ofreció a compartir taxi con Valentina. Me jugaría una mano —y no la perdería— a que no solo compartieron taxi, pero a mí me la sudaba. El sábado, el martes… no tanto.

—Martín, escucha, si esa chica te interesa, adelante… te juro que no le he tocado ni un pelo —me aclaró y, por un lado, sentí un gran alivio, pero por otro… por otro notaba cómo me burbujeaba la sangre por las venas.

—¿Has comprado uno? —insistí.

—¿Yo? ¿Para qué? O, mejor dicho, ¿para quién?

—¿Para Valentina?

—Va a ser que no —dijo casi riendo. Se levantó de la silla y cerró la ventana—. La tía está buena, es maja, divertida, y cuando se junta con Victoria son la polla, pero no, yo no le he regalado nada.

—Puedes decírmelo, era solo curiosidad.

Me acerqué al ventanal y volví a abrir. Me aflojé el nudo de la corbata y saqué la cabeza por el hueco.

—Tú no eres un hombre curioso, a ti te preocupa algo más… ¿Por qué quieres saber quién le ha regalado esa cosa horrorosa? Y haz el favor de cerrar, hace un frío de narices.

Cerré por no escucharlo y señalé a la puerta.

—El otro día no te parecía tan feo. Vamos.

Abrí y salimos al pasillo mientras continuaba indagando en el misterio del corazón.

—El otro día cuando me pediste que te acompañara a una joyería en el centro, se me cortó la respiración. Te juro que primero

pensé que ibas a por un anillo de compromiso y me pedirías que fuera tu padrino. Menos mal que no, el grupo no está para perder solteros. A lo que voy, me preguntaste si yo lo compraría y te dije que sí.

—¿Entonces? —Pulsé el botón del ascensor y me giré hacia él.

—Pero no para quién. Si fuera el día de la madre o el cumpleaños de mi abuela, pero para Valentina… Ni de coña.

—¿Y quién se lo ha regalado? —le pregunté tan bajo que apenas me escuché yo.

—Si has sido tú, puedes decirlo. Juro no reírme. Tú me llevaste a la joyería.

—Era un encargo. Yo jamás compraría algo así. Y menos, para alguien que no conozco de nada. Y con la que no pienso ni quiero tener nada, y menos ahora.

—¿No vas a decirme más?

—No. ¡Joder! Cómo tarda el ascensor. Vamos por las escaleras. Necesito salir de aquí y tomar una copa o me explotará la cabeza.

—Me niego a bajar andando un huevo de pisos —me dijo sin soltarme del brazo.

Maldito ascensor que no hacía más que jugar con mi cordura.

Mientras Álex y yo esperábamos para bajar y a mí ya me caían ríos de sudor por la espalda, las puertas se abrieron, y, casualidad, salieron ellas. Más de veinte empleados en plantilla y tenían que ser Victoria y Valentina.

Mis ojos se fueron directos a su pecho, al corazón. Ella se cubrió con la mano. Yo sentí cómo me ardía la cara y me costaba tragar. Álex, con una sonrisa que pedía a gritos que se la borrara de un puñetazo, miraba en la misma dirección que yo.

Nos apartamos para dejarlas salir y, antes de irnos, intercambiamos un par de frases de cortesía.

—¡Holi! —saludó Victoria, clavándole el codo en el costado a su amiga.

Valentina parecía nerviosa. Evitó mirarme directamente y se subió la cremallera de la chaqueta hasta el cuello, como si tuviera frío, o quisiera obligarme a mirarla de cuello para arriba.

Me entraron ganas de gritarle que sabía su secreto, pero no dije nada. No podía.

—¡Hasta mañana! —solté ya dentro del ascensor, arrastrando conmigo a Álex, que todavía seguía fuera.

—Que tengáis buena tarde —respondió Victoria.

Y entonces, mientras se alejaban, la oí decirle sin ningún tipo de filtro:

—No me extraña que no te funcionen las relaciones, Val. Es que tú no buscas un novio, buscas un padre. Deberías hablarlo con el psicólogo.

El comentario me golpeó con la potencia de una bala a quemarropa.

De pronto, todo encajó. Demasiado bien.

Y, sin pretenderlo, el recuerdo del sábado se me coló en la cabeza como una canción pegadiza.

El *pub* estaba hasta arriba, la música demasiado alta y el aire, a esas horas, ya estaba denso. Casi las cuatro de la madrugada.

Yo esperaba en un pasillo oscuro, apoyado en la pared frente al baño, contando los segundos como si aquello fuera una prueba de resistencia.

—¿Hay alguien ahí? —Toqué dos veces y acerqué la cara para comprobar si se escuchaba algo.

Llevaba esperando más de cinco minutos y de allí no salía nadie.

La puerta se abrió de golpe y salió ella. Despeinada, con el rímel emborronado y el ceño fruncido. La luz del baño le iluminó la cara un instante antes de que entornara la puerta.

—¿Sabes que eres un pesado? —me soltó nada más verme—. No puedes aporrear una puerta tantas veces seguidas. Estresas al que está dentro.

—Y tú sabes que no eres la única que tiene vejiga —le respondí —. Eso se hace en un minuto. Salvo que estuvieras haciendo algo más.

A contraluz vi cómo se sonrojaba. Se quedó callada un segundo, como si no supiera qué decir.

—Yo no hago esas cosas.

—No he dicho qué cosas estabas haciendo.

Dejó de mirarme, bajó la cabeza y se quitó un zapato.

Me reí, incapaz de evitarlo.

—Me estaba pintando los labios —respondió, apuntándome con el tacón.

Di un paso hacia ella sin pensar demasiado. Le aparté el brazo y me acerqué lo suficiente como para notar su respiración. Tenía la boca entreabierta. Mientras la observaba, se pasó la punta de la lengua por los labios. Yo me clavé los dientes en los míos.

—Pues deberías cambiar de marca —murmuré, fijándome en su boca—. Ya se te ha borrado.

Resopló, sacó una barra de labios del bolsillo de la chaqueta y, sin apartar la mirada de mí, se pintó delante de mi cara como si fuera el espejo. Se salió un poco por la comisura y torció el gesto, divertida y torpe a la vez.

Antes de que pudiera decir nada, me agarró la mano y dejó un beso rojo en mi palma.

—Ahora sí se ve bien, ¿no? —me preguntó, guiñándome un ojo —. Entonces no debería cambiar de marca. ¿Estamos de acuerdo?

La miré como si acabara de perder la cabeza.

—¿Intentas ligar conmigo? —solté de pronto.

—¿A estas horas? No estoy tan desesperada —respondió, con los ojos entornados.

—¿Estás segura?

—No eres mi tipo, chico con la vejiga de bebé. Jamás tendría nada contigo. Me gustan mucho más adultos.

Me reí, pero aquella frase se me quedó clavada como una astilla.

El recuerdo se desvaneció igual de rápido que había llegado.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron delante de mí, me quedé unos segundos más rozándome la palma con el pulgar.

—Si no tocas, no baja —me dijo Álex con el dedo puesto en el botón del sótano—. Me preocupas, eh… Otra vez te has quedado empanado.

—Perfecto —dije en voz baja—. Lo que me faltaba.

CAPÍTULO 3

VALENTINA

El miércoles llegué a la oficina sin el corazón.

No fue una decisión dramática. No hubo música triste, falsas promesas ni despedidas emotivas en la puerta de casa. Simplemente lo guardé en un bolsillo interior del bolso, por si aparecía su verdadera dueña y lo reclamaba. Pero ya no lo llevaba puesto.

Porque solo habría tenido sentido seguir llevándolo si mi vida fuera una cutre comedia romántica y yo el objetivo cruel de la autora. Y me lo quité porque me estaba saliendo una erupción de tanto tocarlo al pensar en quién podría habérmelo regalado.

Vamos, modo paranoia activado.

Entré en la sala de ordenadores, colgué el bolso y me senté decidida a terminar los dos proyectos que tenía pendientes sin pensar en el corazón y en la nota. Me sentí orgullosa de mí misma durante exactamente… cinco segundos.

—¿Y? —dijo Victoria, apareciendo a mi lado como si la hubiera invocado mi propia tontería—. ¿Hay novedades de tu admirador secreto? ¿Otro regalo? ¿Algún poema? ¿Un mariachi madrugador escondido en el baño?

—Para. Ya. —le pedí sin levantar la vista de la pantalla—. Me estás emparanoiando.

—¿Yo? ¡Qué barbaridad! —dijo riendo—. Paranoia si fuera mentira…

—No es verdad. —Respiré hondo, sin dejar de aporrear las teclas—. No quiero hablar más del tema. Lo único que tengo claro es que fue un error. Uno doble. Que lo dejaran en mi mesa y permitir que me lo pusieras.

—¿No llevas el corazón? —preguntó con la cabeza pegada a mi esternón.

—Está en casa.

Mentí.

Pero no pensaba decírselo. Si le decía que lo tenía allí, volvería a sacarlo como si fuera un objeto maldito con poderes especiales y me lo colgaría otra vez del cuello para ver qué ocurría.

—¿Qué hace en casa? Allí no pinta nada…

—Estoy esperando a que aparezca su dueña oficial —añadí—. O su dueño.

Victoria negó mientras repiqueteaba con las uñas en mi mesa.

—Eres tonta. Muy tonta. Te lo digo con cariño. Pero que eres tonta, no te lo quita nadie.

—Gracias, supongo. Y si me disculpas, tengo que terminar dos proyectos porque a las once tienen junta y los necesitan.

Solté el ratón y me giré para ver cómo salía de la sala de ordenadores. A veces pasaba más tiempo allí que en su despacho, pero allí seguía.

—¿Y cómo piensas que va a aparecer la supuesta dueña si no sabe que existe? —preguntó, poniéndose el dedo índice en los labios —. Bueno, da igual, sé que ha sido Martín.

Cerré los ojos y resoplé.

—Eso no tiene sentido —le respondí, cuando sabía que debería cortar cuanto antes aquella conversación absurda—. No hemos cruzado ni una frase fuera del trabajo. Y dentro, dos saludos contados.

—Eso lo dices porque te encantaría que hubiera sido Álex. Pero Martín te mira distinto.

—Me mira porque soy humana y no una silla.

—Valentina, te mira raro. Como si supiera algo que tú no.

Antes de que pudiera mandarla a paseo, una sombra enorme se proyectó sobre la mesa y nos cubrió a las dos.

Martín González.

Con su impecable pelo despeinado, traje oscuro y camisa azul, apareció junto a mi mesa sin que nadie lo hubiera invitado. Pero claro, era el jefe, así que no debería extrañarme. Y con su cara de siempre, que desde hacía unas cuarenta y ocho horas me ponía nerviosa sin razón aparente.

Victoria le sonrió como sonreía a todos.

—¡Buenos días, jefe!

—Buenos días —respondió él, educado.

Victoria, con cero disimulo, me dio una pequeña patadita por debajo de la mesa.

—Tía, saluda —susurró pegada a mí, sin apartar los ojos de él.

Levanté la cabeza despacio y entonces lo vi, no a él, sino hacia dónde miraba… Mi pecho. Automáticamente me tapé con las dos manos.

—¡Ho-hola! —dije a trompicones.

Él levantó la vista lentamente, la fijó en mis ojos y, sin venir a cuento, soltó:

—Interesante. Parece que vamos a jugar al despiste.

Su tono fue frío, borde. Casi molesto. Y sus palabras un auténtico sinsentido.

Y se fue.

Victoria y yo nos miramos, completamente descolocadas.

—¿Qué cojones acaba de pasar? —susurró.

No lo sabía. Solo que sentía un nudo en el estómago y ardor en la cara.

—Me subo, luego hablamos y haz el favor de ponerte el colgante. —Me dio un beso rápido en la mejilla y desapareció.

—Ni de coña.

El resto del día no pude concentrarme. Solo acabé uno de los proyectos. La ansiedad no me dejaba ser productiva.

Pensé que quizá había hecho algo mal. O que tal vez Victoria tenía razón y el regalo era de Martín, y estaba enfadado porque no

le había dado las gracias.

Pero a nuestra edad, eso era ridículo.

Justo cuando estaba recogiendo para irme, me sonó el teléfono.

—Val, necesito pasarme a comprar unas cosas. ¿Comemos en La Esquina y luego me acompañas? —preguntó Victoria sin respirar.

—Hoy no puedo —dije cuando ya había colgado—. Genial. Pues parece que ya tengo plan.

Un clásico entre nosotras.

Al pasar por recepción, vi a Simón sonreír a la nada.

—¿Ya para casa? —me preguntó al pasar por delante.

—Esperando a Victoria —dije, apuntando al ascensor—. Mira, ahí está.

Victoria me cogió del brazo y fuimos hacia la puerta.

—Hasta mañana, Simón —dijimos las dos a la vez, moviendo la mano.

—Esta tarde iré a jugar a la petanca con unos amigos, si os apetece, dadme un toque. —Victoria y yo nos reímos como siempre que nos proponía algún plan de ese tipo. Nos lanzó un beso y nosotras a él—. Nos vemos, bellas.

—Con treinta años más, tendría opciones —le dije en broma a mi amiga, mirando hacia la recepción.

No habíamos salido todavía a la calle cuando alguien tosió detrás de nosotras. Me giré despacio y ahí estaban ellos.

Álex y Martín.

—Increíble —Escuché al jefe alto y claro.

Como si nos hubieran desenchufado, dejamos de andar. Nos volvimos, Martín me miró raro y Álex me guiñó un ojo.

—Vamos a picar algo a La Esquina. ¿Os venís? —preguntó él.

—Nosotras también íbamos —les dije a los dos.

—Pues los cuatro —añadió Victoria.

Salimos juntos y, antes de llegar al final de la calle, Martín se detuvo en el paso de peatones.

—Mañana nos vemos —dijo, analizando las rayas blancas del suelo.

Los tres nos paramos de golpe. Álex me miró, como confundido, como si yo supiera por qué se iba.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—No —respondí rápido, demasiado—. Que yo sepa.

—Tendrá un plan mejor —contestó Victoria, sin soltarme del brazo.

—Oye, si prefieres irte con él… —le ofrecí mientras miraba a la otra acera y veía cómo Martín se perdía entre la gente.

—Ni de coña —dijo Álex—. Vamos.

El bar a esas horas siempre estaba a tope, si no tenías reserva, era un poco complicado encontrar mesa libre. Buscamos un hueco en la barra y el camarero, sin preguntar, nos puso tres copas de vino, dos pinchos de tortilla y una tapa de magro con tomate.

—¿Y esto? —preguntó Victoria, mirándonos a los dos.

—Será menú fijo —dije entre risas.

—¿Tenéis plan para San Valentín? —Álex, con la copa en alto, cambió de tema.

—¿Plan? No recuerdo haber tenido pareja en ningún San Valentín —respondió Victoria, a punto de meterse un trocito de tortilla en la boca—. Es una pérdida de tiempo.

—Ojalá tuviera plan —dije yo, pensando en el compromiso familiar que tenía para el día catorce y que me apetecía cero.

Mi amiga me miró con la copa en el aire. Álex frunció el ceño.

—Tal para cual. —Me señaló y se rio, mirando a Victoria.

—¿Y tú? —le preguntó Victoria justo cuando la muy capulla me pellizcaba el brazo y me miraba de reojo.

—A mí nadie me quiere —se quejó él, poniendo carita de pena.

—Bueno… igual —soltó la traidora, pero no acabó la frase porque le devolví el pellizco.

Solo me faltaba que le diera a entender a Álex que me gustaba. No tenía bastante con las miradas extrañas del jefe como para que un compañero descubriera que no me importaría tener algo con él.

—Jefe, la cuenta —pidió él cuando ya habíamos terminado.

—Sonreíd. —Victoria levantó el brazo con el móvil, apuntándonos a los tres, e hizo un *selfie*—. Esta va para mi Insta. Qué monos hemos salido. Os etiqueto.

—Pásamela, Vic —le dijo Álex mientras toqueteaba la pantalla de su teléfono—. Chicas, un placer, pero me tengo que ir. Los *match* de Tinder mandan.

Nos guiñó el ojo y se fue.

■ ■ ■

Echamos la tarde en el centro comercial, haciendo una de las actividades que más nos gustaba, que no era otra que probarnos ropa y comprarnos cosas inútiles.

—Entra aquí —pidió Victoria, señalando al letrero de una tienda de lencería—. He visto en TikTok un conjunto ideal.

—Ay, aprovecho y miro *tops* para el gimnasio —le dije camino a la zona de *fitness*.

—¿Desde cuándo vas al gim?

—Para cuando me apunte —respondí entre risas—. Ya sabes que era uno de mis propósitos del Año Nuevo.

—Estás loca.

—No más que tú.

Después de nuestro intercambio de frases tontas, se acercó a la dependienta a enseñarle la foto del conjunto que quería y yo fui seleccionando *leggins* y *tops* que me habían gustado y que me quedarían genial cuando empezara a ir al gimnasio. Seguramente eso nunca ocurriría, pero eran monísimos.

—¡Lo tengo! Mira, esto con el corazoncito de tu enamorado te va a quedar brutal —gritó Victoria desde el fondo, levantando un conjunto de sujetador y tanga de encaje rojo escarlata.

—Corazonzote, querrás decir —me burlé.

Y como si el destino me estuviera vigilando para jugármela en el peor de los momentos, a mi derecha una sombra enorme tosió.

Cerré los ojos e inspiré hondo, con la esperanza de estar en mitad de un sueño —o pesadilla— y despertar rápido.

Martín estaba en la caja, casi pegado a mí. Llevaba una bolsa con el logo de la tienda. Primero miró a Victoria y luego a mí. Una mirada con una mezcla extraña de desprecio y desconcierto.

—Increíble —murmuró y negó.

Y yo volví a sentir ese maldito nudo en estómago.

Pagó y se fue sin despedirse. Victoria vino corriendo.

—¿Estás segura de que no será suyo? —susurró—. Igual está dolido porque no has dado por hecho que es de él.

—¿Tú crees? Tiene pinta de muchas cosas, pero de creído, no. Aunque vete tú a saber… El ego de un tío es proporcional al tamaño de su polla —dije, riéndome.

—¡Qué bestia! —soltó Victoria entre risas.

La dependienta también se reía, más por la barbaridad que acababa de decir que por otra cosa, y porque sabía perfectamente que iba dirigida al tipo que acababa de largarse con una bolsa.

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta? —le dijo mi amiga, acercándose mucho a la empleada—. ¿Nos puedes decir qué ha comprado el tío bueno que ha salido hace dos segundos por la puerta? El del ego tamaño… ya sabes.

—¿Siempre tienes que dar la nota? —le pregunté mientras pagaba.

—Otra pregunta —comentó casi subida al mostrador. Yo cerré los ojos porque me estaba dando un poco de vergüenza ajena—. Si algo de lo que hemos comprado lo ha comprado él, ¿hacéis devoluciones?

La chica no dijo nada, solo sonrió, nos cobró y salí con una sensación extraña martilleándome en el pecho.

—¿Para qué le dices nada a la dependienta?

—Soy previsora. Igual mañana tienes otro presente en tu mesa…

—Cá-lla-te.

Mientras bajábamos por las escaleras mecánicas y Victoria iba ampliando su guion imaginario, vi a Martín detenerse un segundo al fondo del pasillo, mirar hacia atrás y seguir caminando.

Aquella noche me costó mucho dormir. No podía dejar de pensar en él.

CAPÍTULO 4

MARTÍN

El jueves empezó mal antes incluso de empezar.

—No llores. De verdad. No sirve de nada. —Miré al techo del despacho mientras hablaba por teléfono y respiraba hondo un par de veces—. No, no estoy enfadado. Solo estaba durmiendo, es una mala costumbre que tengo desde que nací.

Al otro lado, Virtudes gimoteaba con devoción.

—¡Ay! ¡Qué desgraciadita que soy…! Es que igual me embalsaman antes de morir…

Observé mi reflejo en el cristal del despacho y me pasé las manos por el pelo. No podía más.

—Respira, mujer. Verás que todo se va a solucionar. Te llamo luego, ¿vale? Y deja de llorar, que te vas a ahogar.

Colgué y me quedé unos segundos con el móvil en la mano, como si fuera una bomba a punto de explotar.

Aquel día se iba a la mierda sin remedio y no eran ni las ocho de la mañana. Iba a ser recordado como el CEO que se cargó, en menos de nueve días, una empresa que se había fundado en 1970. Sinceramente, no estaba preparado para eso ni para que mi secretaria desapareciera en mitad de la semana como si la oficina fuera el escenario de una serie de misterio.

Virtudes, cuánta falta me hacías. Y yo sin saberlo.

El día anterior ya había ido dando tumbos por los pasillos de la oficina con una caja de pañuelos en la mano y los ojos llorosos, diciendo cada dos minutos que tenía alergia.

Desde las seis de la mañana me tenía en pie leyendo los mensajes que me había ido enviando como una obsesa durante la madrugada, que parecían escritos por una dramaturga despechada del Siglo de Oro.

00:01: Estoy en urgencias.

00:02: Sola.

00:02: La sala está llena. Estoy sola de que no tengo a nadie que se preocupe por mí.

¡Madre mía! Lo que estaba era fatal de la cabeza.

Seguí leyendo…

01:15: Me han puesto oxígeno.

02:00: Creen que es un virus.

03:00: No puedo ir.

03:01: No iré a la oficina.

03:02: Tengo un justificante.

03:03: Martín, ¿estás enfadado y por eso no contestas a mis mensajes?

03:03: Estoy fatal, igual me ingresan en la UCI.

03:03: Nadie me quiere.

03:05: Voy a morir sola.

Perfecto.

Ella con su drama y yo con el mío.

En menos de dos horas tenía una reunión clave con un cliente japonés, una presentación que debía salir sin fallos y ni un ser humano cerca que me diera una pista del nombre que le había puesto mi secretaria a los archivos. Secretaria que tenía el teléfono apagado y el escritorio del ordenador con más carpetas que la CIA.

Me levanté de golpe.

—¡Virtudes…! Mierda —murmuré—. Si lo que tengo que hacer es buscarte una sustituta.

Entre bostezos, bajé a por café como si esa máquina pudiera imprimirme los informes que no aparecían por ninguna parte.

Y entonces la vi.

Valentina estaba en el *office*, de espaldas, peleándose con la cafetera como si fuera un animal salvaje e intentara domesticarlo.

Llevaba el pelo recogido en un moño improvisado y lucía un vestido corto, ceñido a la cintura.

—Perdón, no te he oído entrar… —se disculpó, dando un pequeño saltito, como si acabara de pillarla echando drogas en las cápsulas del café.

Dio un paso atrás, con la intención de desaparecer de mi campo de visión.

Y entonces lo vi claro. Justo cuando se giró, mis ojos se fueron a su hombro. Llevaba unos dragones bordados. Subí la vista y comprobé que el cuello del vestido era modelo mao.

—Tú no trabajas, ¿no?

Se quedó mirándome, descolocada.

—¿Cómo dices?

—Que si estás libre ahora mismo.

—Acabo de enviar dos proyectos y estoy a la espera del *feedback*.

Genial.

—Te vienes conmigo.

Noté cómo se ponía roja de golpe. Se retorcía los dedos como si quisiera escurrírselos. Algo muy extraño.

—Eh… ¿a dónde?

—A salvarme el día. ¿No coges el café? Que si no te llevas el café —repetí por si la primera vez no me había escuchado, porque seguía en el mismo sitio, mirando a la nada.

—¡Qué gracioso! Si lo que voy a necesitar son cinco litros de tila… —murmuró entre dientes y salió del *office*.

—Venga. —Cogí su taza y la adelanté—. Sígueme.

Cuando pasamos por delante de su mesa, se detuvo en seco, como si dudara qué hacer. Me miró, pero no dijo nada.

—¿No recoges tus cosas? —le pregunté para ver si así reaccionaba.

Parpadeó sin respirar y, por su expresión, parecía debatirse entre confesarme un crimen o aceptar que iba a despedirla.

Me reí, sin querer. Lo juro.

—Relájate. Si decido prescindir de ti, será Recursos Humanos quien te lo comunique. No suelo hacerlo en el pasillo. Así que tranquila.

Lo sé, soné como un auténtico gilipollas. Jamás había menospreciado a ninguno de mis trabajadores. El estrés y la falta de sueño me cruzó un cable. No era excusa, pero era la verdad.

Al entrar en mi despacho se quedó de pie, rígida, sin saber dónde colocarse.

—¿Te preocupa algo? —le pregunté mientras abría los cajones buscando un maldito *pen*.

—¿Eh?

Me acerqué a ella porque parecía haberse quedado congelada. Y ahí me di cuenta de que igual me había pasado de borde. Darle a entender que podía despedirla como quien cambia una bombilla no había sido acertado.

Si estaba enfadado, no era con ella. No podía pagar mis mierdas con una chica que venía a trabajar, supuse, que lo hacía porque necesitaba el dinero. Como todo el mundo. Y yo ahí, jugando con su estabilidad mental.

—Venga, no perdamos tiempo. Esto es urgente. Coge. —Le di mi tablet para que dejara de retorcerse los dedos, porque ese tic suyo me estaba poniendo enfermo, y decidí cambiar el tono con la esperanza de que se relajara y empezáramos a trabajar de una vez —. Al puesto de Virtudes.

El tiempo se me echaba encima.

Al abrir la puerta del todo para que saliera y se sentara en la silla de mi secretaria, me encontré a Álex, sonriente como siempre, con la mano levantada, preparado para tocar. Nos miró a los dos.

—¿Ha muerto alguien?

A Valentina se le resbaló la tablet y le dio en el pie.

—Perdón, perdón… —se quejó, dando un par de saltitos a la pata coja, mirando al suelo.

No supe por qué me puse nervioso. Pero lo estaba. Me agaché a coger la tablet al mismo tiempo que ella intentaba buscar un punto de apoyo, y me fui de boca contra sus tobillos y, de la forma más absurda posible, la derribé.

—¡Joder! —gritó Álex mientras intentaba levantarme.

—A mí, no, a ella —le respondí de rodillas, demasiado cerca de Valentina.

Juraría que fue el momento más bochornoso de toda mi existencia. Casi convierto en calcamonía a mi secretaria sustituta.

Que olía de escándalo.

—¿Estás bien? ¿De verdad que estás bien?

¡Joder! Estaba preocupado. No solo por el golpe, sino por lo que pudiera estar pasando de mí en ese instante.

—Ya, ya —dijo a la vez que se ponía en pie y se pasaba las manos por la tela del vestido para alisárselo—. Está todo en su sitio.

A Álex se le escapó una risita que murió al cruzarse con mi mirada.

—Siéntate, por favor —le pedí con el tono más amable que mi nerviosismo me permitió, señalando a la mesa de mi secretaria—. La contraseña es: «síamo», todo junto.

Me miró horrorizada. A Álex se le escapó una carcajada.

—¡Qué ambiente más sano hay aquí! —soltó el muy imbécil, intentando no volver a reírse en mi cara.

—Es la contraseña del ordenador de Virtudes, ahí no tengo nada que ver —le expliqué, más para Valentina que para él.

—¿Y ella? —preguntó Álex, moviendo la cabeza—. ¿Qué hace aquí?

—Como no tenía nada mejor que hacer, le he pedido que sustituya a Virtudes.

Valentina me fulminó con la mirada y murmuró algo que preferí no descifrar.

Cuando nos quedamos solos, entré en mi despacho para asegurarme de que llevaba todo lo necesario a la reunión. Al salir, la vi sonriendo mientras tecleaba a toda velocidad en su teléfono. Parecía enviar un mensaje.

—¿Ya has descargado la memoria? —Al oír mi voz, se escondió el móvil debajo del muslo.

—¿Qué?

—¿Hablo en chino? —Me pasé la mano por el pelo, cogí aire y conté hasta tres—: ¿En qué consiste tu trabajo exactamente?

Se cruzó de brazos y se reclinó en la silla. Me observó unos segundos antes de contestar.

—Soy la directora del departamento de diseño de interiores. Parece mentira que seas el CEO.

—¿Necesitas que te busque un asistente para que te encienda el ordenador?

—Está encendido. No ves luz porque está en reposo.

Y los dos, al mismo tiempo, movimos el ratón. Y a la vez apartamos la mano como si nos hubiera atravesado un rayo.

Nos mantuvimos la mirada un segundo. Ella tenía las mejillas rojas y yo…

Yo nada, tenía todo en su sitio.

—Listo. Nos vamos.

Debo reconocer que me sorprendió durante la reunión. Estuvo brillante. Segura. Como si llevara años colaborando conmigo. Estuvimos tan compenetrados que parecía mentira que ella no hubiera participado en el proyecto, y, gracias a eso, el cliente quedó encantado.

—Señor González, el lunes tendrá los contratos firmados. Solo queda celebrar. Mi secretario reservó mesa en el *Sushi Su*. A las dos. En punto. —dijo en un español casi impecable, consultando su teléfono—. Los tres.

—Muy amable, pero quizá Valentina ya tiene planes. Su horario laboral termina justo a las dos —maticé para que ella no se sintiera obligada a aceptar y el cliente no lo interpretara como un desprecio.

—¡Oh! Señor *Fuchumuri*, acepto encantada. —Casi me atraganto al escuchar cómo llamó a Hakamuri, luego bajó la voz, y pegada a mí, me susurró—: porque como parece que no trabajo, supongo que no habrá problema en que alargue mi jornada improductiva para llenar gratis la barriga.

Quise reírme, pero me reprimí.

La reunión se cerró entre reverencias, apretones de mano y promesas de presentarme a otras empresas hoteleras de Tokio interesadas en asentarse en España.

Mientras recogíamos los documentos, noté que Valentina evitaba mirarme, con una concentración casi heroica.

En el ascensor bajamos en silencio. Demasiado cerca. Demasiado conscientes el uno del otro.

—Gracias —dejé caer, mirando al techo.

—Gracias, ¿por? —preguntó con la vista fija en las puertas metálicas.

—Por lo de antes…

Se encogió de hombros y respondió sin girarse.

—Solo hacía mi trabajo. Bueno, no exactamente, pero da igual.

Al llegar al *parking*, el aire frío me despejó lo suficiente para tener presente que aquello solo era una comida de trabajo. Que seguíamos siendo jefe y empleada. Que no había nada más.

Mentira.

Pero no iba a discutir conmigo mismo.

El silencio dentro del coche duró lo que tardé en arrancar.

—¿Tienes novio? —solté con naturalidad, como quien da los buenos días.

Giró la cabeza muy despacio.

—¿Es para una encuesta de fidelización?

—Curiosidad, más bien.

—No tengo —respondió mirando por la ventanilla, como si el paisaje fuera infinitamente más interesante que yo—. ¿Eso cambia algo?

Su pregunta me encogió el estómago. No supe si por alivio o por pura estupidez.

—No hace falta que te pongas a la defensiva —añadí demasiado rápido—. Solo era por hablar de algo que no fuera el tiempo mientras llegábamos al restaurante. Y no, yo no tengo novia.

—¿Tú qué?

Que yo lo que no tengo es remedio, pensé.

—Que no tengo novia… por si era tu siguiente pregunta —le aclaré, bien agarrado al volante para no perder el norte… si es que no lo había perdido ya.

—¿Tengo que darte la enhorabuena o buscarte una? —dijo cuando paré en el semáforo y la miré de reojo.

Era rápida respondiendo. Demasiado.

—Entonces, ¿no tienes novio? —insistí.

Y en cuanto lo solté, entendí qué me estaba pasando.

—Martín, ¿qué necesitas saber? —preguntó, girándose por completo hacia mí.

No supe qué contestar. Porque su pregunta parecía no ir de novios. Y porque ya habíamos llegado.

El lugar era impresionante, como si hubiéramos viajado a Japón sin salir de la ciudad. Valentina miraba a su alrededor con curiosidad a todos lados. Desprendía una alegría contagiosa.

—¡Buenos días! Teníamos una reserva a nombre… —dije cuando el camarero nos recibió en la entrada.

—Señor González, ¿verdad? Síganme.

Cuatro laberintos después, nos abrió la puerta de un reservado y nos invitó a pasar.

—¡Madre mía!, —dijo ella, girando sobre sí misma, mirando hacia arriba—. Esto me ha recordado al restaurante de un famoso en el que Victoria y yo nos colamos una vez. —Se pasó la lengua por el labio y sonrió, como si acabara de acordarse de una travesura gloriosa—. Nos montaron en *buggie* para llegar a nuestra carpa… bueno, a la que pensaron que era la nuestra —añadió ya sentada frente a mí—. Casi se hace pis porque se perdió por los caminos y no encontró el baño.

—¿Os colasteis en un restaurante? —pregunté apoyado en el respaldo.

—Bueno, dicho así, suena fatal. ¡Claro que nos colamos! Pero por una buena causa. Para hacernos fotos y subirlas a Instagram y ganar más *followers.* No comimos nada, ¿eh? Y cuando encontramos la salida, casi una hora después, nos fuimos.

—Espero que al menos os subieran los seguidores.

—Fue divertido. —Mientras se colocaba la servilleta sobre los muslos, volvió a pasarse la lengua por el labio.

Ese gesto empezaba a resultarme peligrosamente hipnótico.

La miré en silencio unos segundos. Tenía algo. No supe qué, pero te obligaba a no apartar los ojos de ella. Era distinta a las mujeres con las que solía relacionarme. Más espontánea. Más… real.

—¿Nunca habías venido aquí? —le pregunté para romper el silencio antes de que se volviera incómodo y empezara a decirle tonterías.

—No suelo ir a japoneses…

—¿No te gusta su comida? —Negó—. Podrías haberlo dicho, no era obligatorio aceptar la invitación de Hakamuri.

—He considerado que le vendría bien a la empresa. No he pensado que fuera una comida por diversión, sino un paso más para asegurar el contrato. —No tuve claro si hablaba en serio o se burlaba de mí—. Y, bueno, siempre me puedo pedir arroz.

No pude evitar sonreír.

Mientras esperábamos a Hakamuri, ella examinaba la carta concentrada y yo aproveché para enviar un par de *mails* al departamento jurídico para que revisaran el contrato y me lo enviaran antes de las seis.

—Señor González, el secretario del señor Hakamuri acaba de avisar de que han adelantado su vuelo y no podrá asistir. Todo está pagado, por si es de su interés —me comunicó el encargado del restaurante. Valentina estaba tan concentrada escribiendo algo en su teléfono que no nos prestaba atención—. ¿Saben ya lo que van a tomar?

Pedí un menú degustación para dos y arroz hervido por si de verdad el sushi no le gustaba. No quería que se quedara sin comer.

—¿Este hombre no tarda demasiado? —preguntó, mirando la hora en su teléfono.

—No estabas escuchando, ¿verdad? —Negó, con los dientes acariciándole el labio—. Avisó de que no podía.

—¿Y nosotros?

Y ese «nosotros» me quemó en el pecho sin saber por qué.

—Nosotros comemos, ¿qué quieres que hagamos? —dije confuso, viendo cómo se ponía roja.

Cuando trajeron las bandejas, ella las miró como si acabaran de dejar un atún todavía vivo en mitad de la mesa y esperara que lo despiezara delante de ella.

Le ofrecí el cuenco con arroz, llené una bandejita con salsa de soja y coloqué a su lado los palillos.

—¿No pretenderás…? —preguntó sorprendida cuando me vio coger un trozo de la bandeja.

—Solo prueba. Si no te gusta, te doy mi palabra de que no vuelvo a insistir —le pedí con un trozo de uramaki entre los palillos —. Este lleva arroz. El arroz has dicho que te gusta…

—Y también te he dicho que el pescado crudo no era lo mío…

—Abre.

No supe por qué se lo pedí en ese tono. Ni por qué ella obedeció.

Parpadeó y abrió sin rechistar.

Acerqué los palillos muy despacio, observando la curva de sus labios y cómo el trozo de sushi iba a rozárselos.

Por alguna extraña razón, se me aceleró el pulso y me empezó a fallar la mano. Y entonces, el uramaki salió disparado.

Ocurrió a cámara lenta mientras Valentina, ajena a todo, continuaba con la boca abierta y los ojos cerrados. El trozo cayó de lleno en el cuenco de soja y la salsa salpicó hacia todos lados.

—¡Joder! —se le escapó al notar las gotas en la cara y el vestido.

—¡Mierda! Lo siento —me disculpé sin pensar en nada más que en limpiarla.

Y allí estaba yo, como un imbécil desesperado, demasiado cerca, dándole toquecitos con la servilleta. Frente, mejillas, barbilla… Cuando bajé la mano y tenía los dedos a un milímetro de su pecho, fue cuando me di cuenta.

No llevaba el colgante. Lucía la piel desnuda donde el lunes y el martes brillaba aquel maldito corazón.

Valentina no se movía. Ni respiraba. Normal, estaría alucinando sin saber qué mierdas me pasaba por la cabeza.

—¿El otro día no llevabas un colgante? —pregunté, incapaz de evitarlo.

Se puso roja y empezó a toser, cubriéndose el pecho con las manos.

—¿Eh?

—No hace falta que respondas.

Me sentí más gilipollas que nunca. No por el sushi, tampoco por la salsa, sino por pensar que ella me seguía el juego cuando no debería —ninguno de los dos debería— o, en realidad, quizá no había nada y todo estaba en mi cabeza.

Le tendí la otra servilleta, cogí el teléfono y le pedí un taxi.

CAPÍTULO 5

VALENTINA

El viernes salí de la oficina con la sensación de haber sido la única superviviente de un ataque alienígena.

La recepción vacía, ni rastro de Simón. Virtudes parecía haber pasado a mejor vida. Los de Administración, como si los hubiera absorbido un agujero negro. Y Martín... Martín o tenía el don de la invisibilidad, o una capacidad prodigiosa para no cruzarse conmigo en todo el día.

Victoria estaba en Altea, en la inauguración de un hotel, rodeada de *glamour* y champán y eso, en su idioma, significaba usar el móvil solo para hacerse *selfies* y subirlos a sus historias, por lo que no habíamos hablado en todo el día.

Todos *missing*.

—Val, llego tarde. ¿Nos vemos directamente en La Esquina? Estoy atrapada en un atasco —me llamó por teléfono cuando yo iba camino del bar—. Ve pidiendo, porfa.

Me tomé mi tiempo para llegar, intentando ordenar mis mierdecillas mentales.

Martín me tenía descolocada. No era una entendida en la materia, pero ese hombre sufría un trastorno brutal de personalidad. Su comportamiento no era coherente. En hora par era educado, correcto, casi normal. En impar, borde y distante, como si se conectara y desconectara para jugar al despiste.

¿Pero quién se había creído? Bueno, sí, el jefe, pero no hacía falta que me lo restregara cada dos por tres.

La embestida en su despacho. La limpieza casera con la servilleta. Dejarme sin postre y mandarme de vuelta a casa en un taxi y sin una explicación.

Al entrar en el bar no vi a ningún compañero. Busqué la mesa de siempre y me senté. El camarero, en cuanto me localizó, vino a tomar nota.

—¡Buenas! Cuando puedas, ponme un vino y un pincho de tortilla —le pedí, mientras esperaba a que llegara Victoria.

Apareció tres minutos después, dando voces, con el móvil pegado a la oreja, el bolso colgado del antebrazo y esa energía suya que parecía no agotarse nunca.

—¡Una caña! —le dijo al camarero antes incluso de saludarme.

Me dio un beso rápido en la mejilla, se dejó caer en la silla y me miró con atención.

—Vale. No he llegado antes porque la rueda de prensa de hoy ha sido una locura, pero dime qué te ha pasado y por qué tienes cara de haber cometido un asesinato.

Le di un sorbo al vino, despacio, pinché un trocito de tortilla y, antes de metérmelo en la boca, contesté:

—No he matado a nadie, pero debería haberlo hecho. Me habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza —me quejé con pena, como si ella pudiera arreglarlo todo.

Victoria abrió mucho los ojos justo cuando el camarero le dejaba la cerveza delante.

—¿Cómo? ¿Qué has hecho? ¿Tiene algo que ver con Martín? Cuenta, cuenta.

Podría haberle dicho que, durante la comida, Martín había sido… normal. Cercano, incluso, amable. A ratos divertido. Que me miraba como si le cayera bien, como si estuviera cómodo conmigo. Y luego, sin previo aviso, se le cortocircuitaba el cerebro, se ponía bizco, y me miraba como si el simple hecho de existir y aparecer en su campo de visión fuera un pecado capital.

Pero preferí hacerle un resumen de lo más significativo:

—Tiene trastorno de personalidad, tía.

Buen resumen.

—¿Te refieres a que lo has pillado hablando solo, poniendo diferentes voces? Eso no es nada *sexy*, tía. Mira que se me cae el mito —dictaminó, llevándose la jarra a los labios—. Suelta.

Me apoyé en el respaldo de la silla y respiré hondo.

—Ayer… me pidió que abriera la boca y… me manchó.

Victoria se quedó paralizada, con la cerveza casi rozándole los labios, con la nariz arrugada y la boca abierta.

—¿Cómo que te manchó? ¿Qué sentido tiene que tu jefe te pida que abras…? ¿No habréis…? —Se golpeó la frente con la palma de la mano y resopló—. ¿No me jodas que se te corr…?

—¡No! —grité a la vez que le daba un manotazo para que no acabara la frase. La cerveza salió disparada como un tsunami y le cayó por la cara y la camiseta blanca—. ¡Joder!

Nos miramos un segundo. Luego empecé a reírme. Ella se unió, mirando su camiseta empapada y pasándose los dedos por la cara.

—Mira —dije entre risas, señalándola—. Empezó así. Tal cual.

Me incliné hacia ella y, exagerando, le di pequeños toquecitos con los dedos en la cara, imitando los gestos torpes que me daba Martín con la servilleta.

—Aquí… aquí… y aquí…

Cuando mis dedos llegaron a la altura del pecho, Victoria dejó de reírse.

—¿Dejaste que te tocara las tetas?

—¡Qué dices! Ahí fue cuando se volvió loco —continué—. Me miró como si hubiera descubierto que, en lugar de piel, tenía escamas. Sin venir a cuento, me preguntó por el colgante y, cinco minutos después, me estaba mandando de vuelta a casa en taxi. Sin explicaciones. Sin despedida. Sin nada.

Victoria cogió el móvil y escribió algo rápido.

—Termínate el vino. —Se levantó y se acabó de un trago lo que le quedaba de la cerveza—. Nos vamos de tardeo a Castaños. Hemos quedado.

—¿Hemos quedado? ¿Con quién?

—Con gente…

No me dio opción a negarme.

Castaños estaba animado, como siempre. Las terrazas tan llenas que apenas quedaban mesas libres. Todo impregnado de un ruido agradable y gente guapa con cara de viernes por la tarde.

Cuando llegamos, entendí el misterio.

Álex nos esperaba sentado, con una copa en la mano y su sonrisa de siempre.

—¿Qué hacemos aquí con él? —le susurré a Victoria.

Ella no respondió. Se sentó, cruzó las piernas, se arregló un par de mechones y fue directa al grano.

—Necesito que nos digas una cosa —le soltó a Álex sin rodeos —. ¿Tu amigo, el CEO, el jefe de Marmita Design… tiene algún trastorno de personalidad diagnosticado?

Álex parpadeó. Luego soltó una carcajada que rebotó en las fachadas de las casas y me explotó en el estómago.

—¿Perdón?

—¿Le caigo mal? —Me incliné hacia delante, como si fuera algo confidencial—. Porque no lo entiendo.

Álex nos miró a las dos, confundido.

—No tengo ni idea de qué me habláis.

Victoria tiró de mi mano para que me acercara más a la mesa y apoyó el codo con aire conspirador.

—¿Desde cuándo sois amigos? —continuó con su original interrogatorio.

—Desde los tres años —respondió sin dudar—. Guardería, colegio, instituto… Florencia.

—¿Florencia? —repetimos las dos a la vez, como si hubiera dicho que compartieron cohete durante dos años para pasar el verano en Marte.

—Sí. Yo volví a España cuando terminé. Él prefirió trabajar allí y regresó hace menos de un mes para sustituir a don Prudencio.

Victoria y yo nos miramos.

—¿Y no le hacen ningún examen médico? —dijimos al unísono.

Álex se rio tanto que se le formaron lágrimas.

Mi móvil vibró en el momento más interesante. Era mi padre.

—¡Hola! —respondí sin apartar los ojos de los de Álex, que me miraba atento.

—¿Dónde estás, cariño? —preguntó nada más escucharme.

—En Castaños, con Victoria. —Álex me sacó la lengua y se señaló al pecho—. Y con un compañero de la oficina. ¿Te paso la ubicación?

—No hace falta, estoy llegando. Ahora paso y os recojo, que tengo el coche cerca del Mercado.

—Besitos.

Colgué y Victoria retomó el interrogatorio.

—¿Es de hacer regalos? —le preguntó a Álex, sin rodeos—. Hablo de Martín.

Él bajó la mirada un segundo, justo al escote de mi blusa, y volvió a subirla sin decir nada.

—Suelta todo lo que sabes —le ordenó Victoria.

Álex se levantó de golpe.

—Voy al baño.

Y entró en el local.

—No te pases, Vic —le advertí cuando nos quedamos solas—. No quiero líos en el trabajo. Sin haber hecho nada, Martín ya me odia. Imagínate que se entera de que voy por ahí diciendo que me hace regalitos horrorosos…

A los cinco minutos salió, todo sonriente, con un cubo con botellines de cerveza. Nos repartió uno a cada una y se sentó como si la conversación de antes nunca hubiera existido.

—Una cosa, ¿qué plan tenéis para San Valentín? —nos preguntó, jugando con una esquina de la etiqueta de su cerveza.

—Es la segunda vez esta semana que lo preguntas —dijo Victoria—. ¿Buscas novia?

Y esa frase me encendió todas las alarmas.

La conversación surrealista del coche volvió a mí como un *boomerang* directo a la frente. Martín preguntándome si tenía novio. Su insistencia. Y soltándome que él no tenía novia antes siquiera de que yo le hubiera preguntado. Por cortesía, claro. Porque a mí me daba exactamente igual con quién salía o dejara de salir. Exactamente igual.

Y ahí nació mi absurda teoría.

¿Y si todo aquel comportamiento extraño no era bipolaridad ejecutiva, sino pura logística romántica?

¿Y si quería ir a una fiesta de San Valentín y no tenía con quién?

¿Y si el interrogatorio del coche había sido una especie de *casting* improvisado?

Menos mal que a Victoria no le había contado nada de aquello, porque en diez minutos habría escrito el guion completo, con bodorrio en la última escena y ya estaría negociando los derechos con Netflix.

—Estoy organizando una fiesta en el chalet de mi hermano —explicó—. Cuanta más gente soltera, mejor.

—¿Soltera? Yo no puedo —dije sin pensarlo—. Ya tengo plan.

Victoria me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Qué plan? —susurró pegada a mí y, sin separarse, levantó la vista por encima de mi hombro.

Por inercia, me llevé la mano al pelo por si me había cagado una paloma.

—¿Qué? —pregunté toda despeinada.

—Date la vuelta —me indicó, apuntando con el dedo a mi espalda.

Lo hice despacio.

Martín estaba justo detrás. Tan alto e impresionante como siempre. Tan Martín en horas pares. Con su peinado despeinado a conciencia. Sin saludar, apartó una silla para sentarse.

En ese momento, escuché una voz muy familiar a mi espalda.

—¡Chicas!

Me giré de nuevo y, al ver quién era, se me iluminó la cara.

—¡Cosme! —dijo Victoria mientras cogía nuestros bolsos—. Chicos, lo siento, pero nos tenemos que ir.

—Cariño —dijo mi padre, apretándome contra él—. ¡Cómo te he echado de menos!

Escuché el chirrido seco de una silla arrastrándose. Cuando levanté la vista, Martín ya no estaba.

Álex nos observaba, encogiéndose de hombros, como si acabara de presenciar un fenómeno paranormal y no entendiera qué había pasado.

—No sé qué acaba de pasar —murmuró.

Me giré hacia Victoria.

—¿Ves cómo no está bien de la cabeza?

Ella frunció el ceño.

—Tiene que haber una explicación. Conmigo es amable. Divertido. Igual desde que Virtudes está de baja se ha trastornado un poco.

—¿En una semana? —repliqué—. Si solo lleva trabajando unos días y Virtudes ha sido su secretaria cuatro. Y eficaz… lo que se dice eficaz… la mujer no es.

Mi padre carraspeó.

—Tengo el coche en el *parking* —comentó, señalando hacia la carretera—. Os dejo en casa. Mañana a primera hora nos esperan en

el Meliá. Hay mucho que preparar. Y Victoria, ya sabes que, si te apetece, contamos contigo.

—Muchas gracias, Cosme, pero mañana va a ser imposible.

—Vaya por Dios. Siempre tienes cosas que hacer. Esperadme ahí. —Apuntó a la cafetería que había casi en la esquina y fue a por su coche.

Nosotras nos apartamos del bullicio, mientras esperábamos. Victoria hablaba de algo —no recuerdo qué— y yo fingía escucharla. Aun así, no pude evitar mirar hacia atrás.

La mesa estaba vacía. Álex también se había ido.

Y me pregunté si el único que no estaba trastornado era Martín.

CAPÍTULO 6

MARTÍN

San Valentín tuvo la desfachatez de caer en sábado.

Me parecía una celebración absurda, diseñada para que los que no teníamos pareja nos sintiéramos fuera de lugar y los que la tenían fingieran una felicidad que, con suerte, les duraba hasta el postre.

Debería ser ilegal estar enamorado, comprar flores, bombones o… corazones.

Me até las zapatillas con más fuerza de la necesaria y comprobé por la ventana que el día estaba insultantemente bonito. Parecía primavera. Toda una provocación.

Bajé los escalones del porche cuando me vibró el móvil.

—No se me ha olvidado —dije sin saludar—. En dos horas estoy en tu casa. ¿Cuándo sale el vuelo?

—¡Buenos días a ti también, hijo! —respondió al otro lado—. No hará falta que te quedes en mi casa. El viaje se ha cancelado.

Me apoyé en una de las columnas que daban al jardín y me di cuenta de que el césped tenía el mismo humor que yo. No tenía color.

—¿Todo bien? —pregunté por inercia.

—Nada que no tenga solución.

Mi padre siempre tan hermético. No insistí. Sabía que no le iba a sacar más información ni aunque lo apuntara con un foco y lo amenazara con arrancarle las uñas.

—Vale. Pero si cambias de opinión… —dije, y era verdad—. Ya sabes.

—Gracias. Me sabe fatal haberte cambiado los planes en el último momento. Podrías haber organizado algo con tus amigos y por mi culpa, ahora no tienes ni lo uno ni lo otro.

—Por eso no te preocupes. Hablamos.

Colgué y, por primera vez desde que me había despertado, sonreí. No porque mi padre se hubiera quedado sin vacaciones, sino porque yo no tendría que ir a hacer de «niñera» de su perro.

La verdad es que no me apetecía salir de casa, ni socializar, ni fingir interés por nada que llevara corazones incorporados.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando llamaron.

Una ráfaga de golpes secos. Silencio. No hizo falta abrir para saber quién era.

—No estoy —dije en voz alta.

—Abre —contestó Álex desde fuera—. O salto la valla.

No sería la primera vez.

Abrí.

—¿Tú no tienes casa? —le pregunté, mirándolo de arriba abajo —. ¿O es que hoy haces una ruta solidaria visitando solteros con traumas irreparables?

Corrió hasta la puerta principal. Lo seguí.

—Vengo a salvarte de ti mismo —respondió, cruzando al jardín, como si fuera suyo. Apretó los labios, repasó mi ropa y soltó—: ¿Te vas a correr?

—No, me voy de boda. ¡Claro que voy a correr!

—Y luego te vas a casa de tu padre.

—Tengo que quedarme con Judía —añadí, jugueteando con el llavero—. Ya sabes, Nueva York.

—¿Por qué mientes? Acabo de escuchar con estas orejitas, que lo había cancelado. Si bajaras el volumen de tu teléfono, podría haber colado —me dijo con una sonrisa triunfal.

—Vale, no hay viaje, no me tengo que trasladar a su casa, pero no pienso salir de la mía.

En un descuido, me quitó las llaves y abrió. Me arrastró con él y, sin decirme nada, entramos en casa.

—No acepto un no. Venga, pilla algo de ropa y te cambias en casa de mi hermano. Míralo por el lado bueno. El universo ha decidido que no tienes que pasar San Valentín recogiendo cacas ajenas.

—El universo puede meterse en sus asuntos. Y tú también.

Álex ya estaba en mi habitación, abriendo cajones como si viviera allí y buscara su camiseta de la suerte.

—¿Qué haces?

—Coger ropa. Ya te lo he dicho.

—¿Para qué?

—Te vienes conmigo.

—Ni de coña.

Me miró por encima del hombro.

—No he venido a discutir, he venido a por ti. Y deja de quejarte, sabes que te lo vas a pasar de puta madre.

Resoplé, lo aparté del armario y cogí unos vaqueros, una camiseta negra y un suéter.

—Odio San Valentín —murmuré, lanzando la ropa sobre la cama—. Paso de mierdas románticas.

Me senté para quitarme las zapatillas.

—Por eso mismo deberías venir. Es una fiesta de solteros. Gente con ganas de pasarlo bien, música, alcohol y cero romanticismo.

Álex se sentó a mi lado y colocó su palma de la mano en mi pecho.

—Siento que sea yo quien te lo diga, pero algún día no muy lejano, una personita conseguirá derretir ese iglú en el que escondes el corazón y… saldrás cantando a la calle, comprarás flores y…

—Deja de decir gilipolleces. —Le aparté de un manotazo el brazo y me levanté.

—Que te saliera mal una vez, no significa que…

—Si voy a la fiesta, ¿juras no abrir la puta boca el resto del día?

—No prometo nada —Sonrió, me guiñó un ojo y señaló la cama —. Vístete, te espero.

Y mientras me cambiaba de ropa, no pude evitar pensar en Gia.

Parecía mentira que hubieran pasado casi quince años. Florencia me lo dio todo, pero también me lo arrebató.

Era la chica perfecta para mí. Lo era hasta que fue la de otro. El profesor de Dibujo Técnico le ofrecía años de experiencia —concretamente veinte más que yo—, una estabilidad económica y… un aprobado.

Ese día juré no tener nada serio con ninguna mujer. Y hasta la fecha lo estaba cumpliendo.

Y luego pensé en Valentina. Y no supe por qué.

Llegamos al chalet del hermano de Álex a media mañana. Demasiado pronto para alguien que no tenía planeado socializar en un día como hoy… y demasiado tarde para huir.

Gente riendo, hablando, unos metiendo bebidas en los arcones que estaban junto a la barbacoa, otros preparando los aperitivos. Cada uno sabía lo que tenía que hacer.

Fernando y Luis ya estaban allí. Beltrán llegó con su mujer a la vez que nosotros.

—¿No se suponía que era una fiesta de solteros? —pregunté confundido.

Eva me miró con el ceño fruncido, me cogió de la mano y soltó:

—Yo he venido a buscaros pareja.

Genial. Ahí estaba ella, en mitad de una barbacoa, autoproclamándose nuestra agente matrimonial.

—Tenía dos opciones, traerla o montar un pollo para quedarme soltero —explicó Beltrán entre risas.

—Luego se dio cuenta de que no le compensaba —respondió ella, con un botellín de cerveza en la mano—. Vosotros a lo vuestro, que yo no molesto.

Cogió un cuenco con patatas y se sentó en el borde de la piscina.

Beltrán y Eva llevaban casados un par de años. Eran majos, nunca se separaban y, cuando nos juntábamos, no era la típica pareja que no sabe vivir el uno sin el otro. En realidad, Eva era «uno» más del grupo.

—¿Queréis que deje vuestras cosas arriba? —nos ofreció Álex.

Cuando ya tenía una montaña de chaquetas, se las encasquetó al primero que pasó por delante, puso cara de pena y le pidió por favor que las subiera a la habitación de invitados.

Él siempre tan adorable.

—¿Un partidito? —preguntó Luis, sacando de la mochila un balón de futbito.

—¿Quién se apunta? —gritó Álex.

Y nos fuimos a la pista que estaba al fondo del jardín. El chalet del hermano de Álex parecía una ciudad deportiva; hasta pista de pádel tenía. La de domingos que habíamos pasado allí.

La fiesta se empezó a animar poco a poco.

Música alta, risas, ruido de copas y gente pasándoselo bien. Lo normal en una fiesta.

Hasta me había olvidado de qué día era.

—¡Falta, ha sido falta! —gritó Beltrán desde el suelo mientras los demás reíamos.

—Llevad cuidado con mi marido, que lo necesito entero para esta noche —pidió Eva desde la piscina.

—Tranquila, te lo vas a llevar igual de inútil que llegó —le respondió Álex, con el brazo estirado para ayudarlo a levantarse.

Treinta minutos después estaba sudando tanto que me quité la camiseta y la lancé cerca de la portería.

Si alguien me hubiera dicho esa mañana que acabaría medio desnudo en una fiesta de San Valentín prosolteros, me habría descojonado desde el sillón de casa. Sin embargo, allí estaba, encantado de la vida.

Le hice un pase a Luis, lo lanzó al otro lado del campo y Fernando remató de cabeza y marcó gol.

Los tres gritamos abrazados, coreando el gol como si fuéramos futbolistas profesionales. Álex nos hizo una peineta, Beltrán nos insultó un poco, sacó de centro y cuando le intercepté el balón, la vi.

Pestañeé. Me quedé parado en mitad del campo. Me limpié el sudor de la frente sin poder quitarle los ojos de encima.

¿Qué estaba haciendo ahí?

—Martín, tío… —se quejó Fernando, corriendo detrás de Álex, que acababa de robarme el balón.

—¡Gol!

Y sin más, decidieron que el partido había terminado.

Victoria apareció por el camino de entrada, saludando a todo el mundo como si aquello fuera una fiesta en su honor. Me acerqué a darle dos besos.

—No sabía que veníais.

—Nosotras tampoco sabíamos que venías tú —respondió ella.

—¿Cambio de planes de última hora? —pregunté por si conseguía algo de información.

—Ay, cariño, yo nunca hago planes, me dejo llevar, que es más divertido.

Se le cortó la risa de golpe. Yo abrí mucho los ojos, desconcertado por cómo me estaba mirando.

—Oye, tú no vas un poco desnudo.

Se me escapó una carcajada.

—Es lo que tiene jugar al fútbol con este sol, que sobra la ropa.

—Interesante… si jugáis otro partido y necesitáis animadoras, cuenta con nosotras —dijo, señalando a Valentina que hablaba por

teléfono.

—Lo tendré en cuenta. Luego hablamos, voy a por algo de beber.

Me mezclé entre la gente, cogí un botellín de agua de una de las mesas, comprobé que estuviera cerrado y me acerqué lo suficiente como para intentar escuchar la conversación de Valentina.

¿Por qué? Pues era evidente. Se me había ido la cabeza del todo.

Deportivas oscuras, vaqueros claros y una camiseta blanca ceñida al cuerpo. El pelo suelto, ondulado, como si no se hubiera esforzado demasiado… Solo pensé que iba perfecta.

Sentí algo en el pecho. Molesto. Como si fuera una alarma que no tenía que saltar en ese momento. Porque…

Ella era igual que todas.

—Hay muchos días en el calendario. Si no ha podido ser hoy… el mes que viene. ¡Qué importa si no es San Valentín! —La escuché decir mientras caminaba cabizbaja por los caminitos que llevaban a la zona de los coches.

Y cómo no, la seguí.

Continuaba al teléfono, pero no dijo nada que pudiera entender, solo me llegaban algún «ajá», «eso es» y poco más.

Cuando se terminó el camino y dio la vuelta, intenté esconderme, pero me fue imposible. Así que ahí me quedé, plantado como un imbécil.

—Luego hablamos, sí, yo también te quiero. —Bajó el brazo, se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y me miró con los labios apretados y la mano en el pecho—. ¡Qué susto me has dado! No te escuché llegar.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sin pensar.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¿Te refieres aquí, en esta zona del chalet? —Señaló a todos lados—. ¿O hablas de la fiesta?

—Hasta donde yo sé, es una fiesta de solteros.

—¿Y? Me miras como si hubiera cometido un crimen. Además, si es una fiesta de…

No acabó la frase porque la salvó su amiga.

—Tía, no te encontraba. ¿Qué hacéis aquí? —preguntó al darse cuenta de que estaba plantado delante con cara de circunstancias—. ¿Interrumpo algo?

—No digas tonterías —le respondió Valentina, con las mejillas sonrosadas—. Estaba hablando por teléfono y me lo he encontrado de casualidad. Igual ha salido a buscar ropa al tendedero.

Note la mirada de las dos clavarse en mi pecho. Entonces el que se puso rojo fui yo. Como si tuviera quince años.

—Venga, vamos, los dos. —Y nos agarró a cada uno de un brazo en dirección al jardín.

Todos estaban sentados alrededor de una manta que habían dejado en el suelo, cubierta por corazones rojos de cartulina.

—Ahora vuelvo —dije, al ver que ellas se sentaban con el resto.

Pretendía darme una ducha rápida y cambiarme de ropa, pero, sobre todo, me largué porque sospechaba que la fiesta de San Valentín soltero acababa de empezar de verdad.

CAPÍTULO 7

VALENTINA

El chalet del hermano de Álex parecía una mezcla entre *La isla de las tentaciones* y una terapia grupal para adultos con traumas inconfesables al compromiso.

Demasiada gente, demasiadas risas y demasiados globos rojos en forma de corazón para una fiesta que, en teoría, era de solteros… aunque la realidad demostraba que ese concepto se iba diluyendo según pasaban las horas.

—¿Seguro que aquí hay un baño? —le pregunté a Álex mientras subíamos la escalera.

—Y hasta uno con piscina —respondió, guiñándome un ojo—. Si quieres, podemos hacernos unos largos.

Me reí. Álex tenía ese don para hacerte olvidar un mal día y hasta tu propio nombre. Quizá por eso Victoria insistió tanto en que le acompañara.

Se apoyó en el marco de la puerta mientras yo entraba al dormitorio.

—Es esa puerta de ahí. —Señaló al fondo, junto a un gran ventanal que daba al jardín.

—Gracias. Baja si quieres, creo que sabré volver.

Me sonrió y, justo al poner la mano en la manivela, escuché a mi espalda:

—¿Sabes? Si tuviera que elegir novia porque me amenazaran de muerte —dijo muy serio—, sin duda te elegiría a ti.

—¡Qué bonito! —respondí antes de abrir la puerta del todo—. Y yo, si tú fueras el último hombre sobre la faz de la tierra y de nosotros dependiera repoblarla… también te elegiría.

—¿Ves? Entre nosotros hay una química innegable —dijo riéndose.

—Y unas cuantas cervezas de más —le contesté, guiñándole el ojo.

Me encantaba ese juego que nos traíamos los dos siempre que estábamos fuera de la oficina.

Y no me dio tiempo a reaccionar porque, plantado como un mueble renacentista, encontré a Martín en mitad del baño.

El choque visual fue inmediato.

—Perdón, pensaba que no había nadie —me disculpé, dando gracias al cielo de no haberlo pillado sentado en el váter haciendo…

En fin.

Sentí cómo me subía una bola de fuego por la garganta y me explotaba en las mejillas.

—Tranquila, ya he acabado.

—¡Joder, tío! No sabía que estabas en este. Habríamos ido a otro. Será por baños… —dijo Álex, a mi lado, como si la escena fuera de lo más normal.

Ya me imaginaba el titular:

«Directora del departamento de Diseño encuentra al súper CEO haciendo sus necesidades, acompañada por el arquitecto revelación de Marmita Design».

Martín pasó entre nosotros mascullando algo que no entendí, pero me sonó a una peligrosa maldición. Salió y dio un portazo que retumbaron hasta los cimientos de mi casa.

—¿Y a este qué le pasa ahora? —se interesó su amigo.

—Pero si está encantador —comenté, aguantando la risa, aunque no me hizo ninguna gracia—. ¿A ti no te ha contado nada?

—A mí nunca me cuenta nada —respondió Álex, encogiéndose de hombros—. Lleva unos días muy raro, más que de costumbre, pero no sé más. Voy a hablar con él. Nos vemos en el jardín.

Entré al baño, cerré la puerta y respiré hondo.

Acepté acompañar a Victoria a la fiesta porque pasaba de quedarme en casa dándole vueltas a todo lo que había vivido en la última semana, pero parecía que de nada había servido porque me había metido de lleno en la boca del lobo.

—Tú no deberías estar aquí —me dije delante del espejo, con el grifo abierto para mojarme la cara.

Y era cierto. Tenía que haber estado con mi padre, ayudándole a preparar una pedida de mano de película para su novia.

El hotel, las flores… lo teníamos todo organizado. El anillo perfecto. Hasta que una cancelación de última hora en el vuelo de Rosaura, lo mandó todo al traste. Y Victoria, cuando se enteró, apareció en mi casa con un «vente, que si es un coñazo nos volvemos».

Mentira. Siempre nos íbamos de las fiestas las últimas.

—Deja de pensar gilipolleces o la cagarás —le pedí a mi reflejo mientras me hacía un recogido rápido.

No había subido al baño porque me hiciera pis. Necesitaba poner un poco los pies en la tierra y dejar de pensar en cada músculo del torso de Martín o, al menos, no hacerlo delante de media empresa. Porque me di cuenta de que lo miraba como si fuera un documental de National Geographic narrado por mi libido descontrolada y no como un simple hombre jugando al fútbol.

Intenté centrarme en el ambiente, en la música, en la gente… pero mi cerebro seguía reproduciendo en bucle una escena muy concreta.

Martín jugando al fútbol. El sol cayéndole encima como si fuera una lluvia de estrellas. El sudor resbalándole por el cuello. Los músculos tensándose bajo la piel. El momento exacto en el que nuestros ojos se encontraron. Me miró como si supiera lo que estaba pensado.

Solo de recordarlo se me aceleraba el pulso.

Cuando hablaba por teléfono con mi padre, al encontrarlo detrás, tuve la absurda sensación de que me había seguido. Hasta me encantó la posibilidad de que pudiera ser así. Y sabía que la culpa era de Victoria, por meterme en la cabeza la historia del corazón, por eso mi percepción de la realidad estaba ligeramente alterada.

Analizaba las miradas. Las pullitas que siempre que podía me lanzaba. Su manera de tratarme como si yo le hubiera hecho algo imperdonable.

Según mi amiga, solo había una explicación posible. Martín me había regalado el corazón, y yo lo había despreciado sin saberlo.

—Val, ¿tienes cagalera? —me preguntó Victoria en un audio—. Tía, baja, que estamos haciendo las parejas.

¿De qué hablaba?

Me guardé el móvil y al salir, vi que en el suelo de la habitación, junto a la cama, había una chaqueta tirada. La recogí con la intención de dejarla sobre la colcha y, entonces algo cayó a mis pies

Un sobre con una dirección escrita.

Lo metí de nuevo en el bolsillo y la dejé sobre la montaña de ropa, me giré para irme y, cuando estaba a punto de salir escuché un grito en mi cabeza:

«La letra».

Se me encogió el estómago.

Comprobé que la puerta estaba bien cerrada, puse una silla delante, por si a alguien se le ocurría entrar en mitad de mi investigación y me pillaba con las manos donde no debía.

Me temblaban las rodillas y los dedos, pero conseguí abrir el sobre.

Encontré varios papelitos escritos a mano.

«Ojalá fueras mía para siempre». «Ojalá sea cierto».

Se me resbalaron de los dedos y cayeron al suelo. Me quedé mirando al vacío, con el corazón golpeándome las costillas.

También había un ticket. Con el nombre de una joyería. La misma del corazón.

El corazón —el mío— me rebotaba en la frente. El estómago se encogía una y otra vez. Era como si acabara de activar una bomba y solo tuviera medio minuto para ponerme a salvo.

Esa chaqueta era de Martín. Incluso olía a él —sí, me dio tiempo a acercármela para olerla—.

Dejé todo como estaba. La tiré al suelo como si quemara. Y hui.

Necesitaba encontrar a Victoria.

Bajé las escaleras más rápido que si me hubiera lanzado por la ventana del dormitorio.

—Valentina, ven a jugar. Solo faltas tú —me dijo la mujer de Beltrán, la única que estaba de pie.

—No te pierdas esto —gritó Álex que grababa con el móvil en mi dirección.

Todos estaban sentados en corro. Victoria, muerta de risa, se levantó y se colocó en el centro, mirando a Luis que acababa de arrodillarse frente a ella.

—Amor, en un día como hoy, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa? —le pidió él, agarrado a las piernas de ella.

Varios aplaudían, muchos grababan y todos reían. Victoria me vio y me lanzó un beso.

Esperé a que terminara la prueba —porque si algo tenía claro es que todo aquel espectáculo formaba parte de un juego—, la agarré del codo y nos alejamos unos metros.

—¿Qué has hecho? Tienes cara de… Mejor no lo digo.

—Ha sido él —le susurré, con la voz temblándome.

—¿Quién es él? ¿Y qué te ha o habéis hecho? —preguntó pegada a mí.

—No lo entiendes, él me regaló el corazón —dije entre susurros, moviendo la cabeza a la derecha como si ahí estuviera Martín.

—¿Te lo ha confesado? ¿Se te ha declarado? —preguntó apretándome las manos con una emoción que me daba ganas de zarandearla.

—Deja de beber, anda. No, no me ha dicho nada, lo he descubierto yo.

—¡Valentina! ¡Martín! —gritó Eva desde el centro—. ¡Venid!

Me giré. Martín nos estaba mirando.

—Luego te cuento —le dije, sin analizar qué significaba lo que acababa de decir Eva, regresando al corro.

—No puedes dejarme así —se quejó en voz baja como si estuviera afónica.

La mujer de Beltrán, muy metida en su papel de organizadora de eventos, me dio una nota y me invitó a colocarme en el centro.

Leí en alto lo que me tocaba hacer, aunque cada vez más bajito:

—«Tenéis que representar el final de una película muda. Con besito incluido».

La nota se me cayó al suelo. Martín, que estaba a mi lado, me miró como si acabara de explotar el mundo.

—Venga, chicos, no seáis tímidos —gritaron, cómo no, Álex y Victoria.

—¿Lo hacemos a ver si se callan? —me preguntó, acercándose demasiado.

Colocó las manos sobre mis hombros. Intenté tragar, pero no podía. Asentí, que era lo único que me salió.

‹«¡Joder! Iba a pasar. Iba a besarme con mi jefe, rodeados de testigos».

Cada vez estábamos más cerca…

Y, entonces, apareció Virtudes.

—¡Martín!

El mundo volvió a girar. Nos quedamos mirándonos, demasiado cerca, demasiado alterados. Como si hubiera ocurrido algo que ninguno se atrevía a decir en alto.

—¡Qué bien hueles, cabrón! —pensé en voz alta—. Un día de estos me cargo a Virtudes.

Se me escapó lo suficientemente alto y claro para que Martín me escuchara.

No dio tiempo a decir ni a hacer nada, porque su secretaria, con los ojos como una tórtola puesta hasta las plumas, se acercó a nosotros. Muy seria. Demasiado.

—Tenemos que hablar.

Y yo me quedé allí. Con cara de tonta. Con el corazón desbocado. Y con ganas de…

CAPÍTULO 8

MARTÍN

Virtudes. En la fiesta de solteros. En el momento más inoportuno.

Después de cuatro días dramatizando una alergia apocalíptica con oxígeno incluido, no se le ocurrió nada mejor que hacer, que recuperarse. Y lo único que pensé, cuando escuché su voz, fue que no tenía otro día para resucitar que un catorce de febrero.

—Toma, bonita, hidrátate. —Álex le ofreció un botellín de cerveza como si aquello fuera una reunión de antiguos alumnos y no la visita de la prima hermana del Anticristo.

Virtudes lo cogió sin mirarlo y se lo bebió de un trago. Sin respirar. Sin pestañear. Cuando lo terminó, abrió la boca como un pez y se golpeó con el puño en el centro del pecho.

Todos la mirábamos atentos.

—Te he dicho que tenemos que hablar —me dijo con esa voz suya entre nasal y trágica que había adoptado desde hacía unos días.

Genial. Insistía en mantener una conversación.

—Martín, id dentro, así tendréis más… intimidad —comentó Álex, sin atreverse a bromear del todo.

La hice pasar dentro de la casa. Cerré la puerta del salón mientras fuera seguían gritando y riendo como si nada.

—Siéntate —le pedí.

Me ignoró. Dio un par de vueltas alrededor del sofá. Luego alrededor de la mesa. Después volvió a la puerta. Parecía un hámster estresado buscando su rueda en una jaula demasiado grande.

—El que debería sentarte eres tú.

Empecé a notar cómo se me tensaban los hombros.

—Virtudes —le dije, frotándome la cara—. Suéltalo ya o me va a dar un infarto.

Se quedó quieta. Caminó hasta la vitrina del salón. La abrió con una solemnidad absurda y sacó una botella de Balvenie.

Desenroscó el tapón sin dejar de mirarme y le dio un trago largo, como si fuera zumo industrial y no un *whisky* escocés. Caro. Muy caro.

Ahí sí me asusté. Ella seguía tragando.

—Ya. Te va a sentar mal —le advertí al cogerle la botella.

Vi cómo cerraba los ojos una décima de segundo y, cuando el alcohol empezó a quemarle por dentro, tensó la mandíbula, apretando la boca.

Se limpió los labios con el dorso de la mano, soltó un pequeño resoplido como si acabara de atravesar una hoguera, me robó la botella, limpió el borde con la palma y me la ofreció.

—Bebe —exigió—. Lo vas a necesitar.

Por no escuchar de nuevo su voz, le di un trago. Lo justo para que la garganta me ardiera.

Virtudes me miró con pena. Y por fin lo soltó.

—Tu padre tiene una amante.

Me reí sin saber por qué.

—Virtudes… ¿de qué hablas?

—No es gracioso.

—¿Qué sabes exactamente?

No respondió. Se acercó despacio a los ventanales que daban al jardín. Se quedó mirando fuera y pegó las manos en el cristal.

—Gírate.

Sentí algo frío bajándome por la espalda. Lo hice despacio sin saber qué iba a encontrarme.

Valentina.

De pie, junto a Victoria. Riéndose. Bailando con Álex. Demasiado cómoda entre sus brazos. Tan pegados que me dolió.

Virtudes se colocó a mi lado.

—¿Tan guapa es?

No supe qué contestar. No quería aceptarlo. Pero todo empezó a encajar en mi cabeza, como piezas mal colocadas que de pronto encontraron su sitio.

Nuestros cruces de miradas en la oficina. Cómo se tapaba el pecho cada vez que sentía mi presencia. Su nerviosismo cuando le mencionaba el colgante.

Se lo había quitado por mí. Claro y lo había escondido. Porque no quería que descubriera que era la amante de mi padre.

Virtudes solo me había dado la pieza que me faltaba que todo encajara.

Ese corazón gigante. Esa joya de edición limitada que yo mismo pagué y mandé enviar a casa.

Y Valentina llevándolo como si fuera un accesorio de temporada comprado en una tienda *online*.

¿Para qué?

—Pero tú no estás así solo porque esté con mi padre, ¿verdad? —dije al fin, porque era evidente que a aquella mujer le preocupaba algo más.

—Simón me dijo que le habías dado mi puesto.

Ahí lo entendí todo. Lo de Virtudes, porque lo de Valentina seguía sin entrarme en la cabeza.

¿Le gustaban los *sugar daddies*? ¿Mi padre era un entretenimiento?

¿Y qué pintaba el tal Cosme en todo eso? Parecía un buen hombre. Como mi padre.

¿Estaría jugando con todos?

—Virtudes, fue algo temporal. Tú estabas de baja…

—¡Qué engañados nos ha tenido a todos! Esa chica es una trepa. Engatusó con sus encantos a tu padre y, por lo que veo, a ti también. Si en tu fiesta de bienvenida se acostó con Álex, con tu amigo, con tu mejor amigo…

Noté cómo algo dentro de mí se rompía. No pensé y salí directo al jardín.

La música seguía sonando. La gente seguía riendo. El mundo no sabía que acababa de volverse del revés.

Me planté delante de ella.

—Recoge tus cosas y lárgate. —La apunté con el dedo sin rozarla.

Silencio. La música y las risas se cortaron de golpe.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

—Y el lunes no hace falta que vayas a la oficina. Estás despedida.

Álex fue el primero en reaccionar.

—Eh, eh… no es momento, Martín —pidió con la mano sujetándome el brazo, como si temiese que fuera a cometer una locura.

Qué poco me conocía.

Victoria se puso delante de Valentina.

—¿De qué coño vas?

Yo solo veía a mi padre. Solo veía a ese hombre que no se merecía que nadie jugara con él.

—Te he dicho que recojas. Ya puedes irte con tu papaíto —escupí—. Y que te mantenga él.

—¿Te refieres a Cosme? —se interesó Victoria.

Un murmullo empezó a crecer alrededor.

—¿Qué está pasando?

—¿Qué ha hecho?

—¿De qué habla?

Valentina estaba blanca. Tenía la mano en el pecho. Le temblaba la barbilla.

Durante un segundo casi dudé. Pero no. No iba a dejar que me manipulara también a mí.

—Se te indemnizará, por eso no te preocupes —añadí, clavándole la mirada—. Pero no quiero volver a verte por la empresa.

Victoria dio un paso hacia mí.

—¿Es todo por la mierda del corazón?

Me giré hacia ella despacio.

—¿Te parece una mierda llevar una joya de diseño exclusivo valorada en más de cinco mil euros? —La miré fijamente.

—¿Cinco mil euros? —repitió ella—. ¿Cómo va a costar esa cosa tanto dinero? Aunque eso no debería importar, porque cuando regalas algo, te expones a que a la otra persona no le guste. Pero si te hubieras molestado en conocerla un poquito, sabrías que Valentina no lleva mierdas de esas. Y para tu información, ella no es nada materialista —me gritó Victoria casi pegada a mí.

—Déjalo, Vic —le pidió su amiga con la voz rota.

—Falsa.

Fue lo último que le dije a Valentina que parpadeó como si no entendiera nada. Y eso me enfureció todavía más.

¡Qué arte tenía para fingir!

—Nos vamos. —Victoria la agarró del brazo. Valentina no dijo nada. No podía.

Sin soltarse de la mano, fueron hasta la barra, recogieron los bolsos y, sin despedirse de nadie, se marcharon. Sin mirar atrás. Sin gritos. Sin insultos.

Y el silencio que dejaron fue peor que cualquier escándalo.

Y yo me quedé allí, con el *whisky,* que había tragado hacía más de media hora, ardiéndome en el estómago y sintiéndome la peor persona del mundo.

Y con la certeza de que acababa de dinamitar algo que ni siquiera entendía del todo.

CAPÍTULO 9

VALENTINA

El lunes amaneció con mejor cara que yo. Gris, despeinado y con intención de seguir arruinándome la vida.

Aún no se me habían pasado la tristeza, la vergüenza ni la rabia que me golpeaban el pecho desde el sábado. Y estaba convencida de que jamás se me pasaría.

No entendía nada.

No entendía el numerito de Martín. No entendía la escena pública, ni el tono, ni lo de «vete con tu papaíto». Y menos aún la sonrisa de satisfacción de Virtudes, que apareció en mitad del jardín como una villana despechada, con los ojos más rojos que dos ciruelas maduras, dispuesta a echarme una maldición por haber sido la única del reino Marmita que no estaba invitada a la fiesta, como si la hubiera organizado yo.

¿Qué habría ido a decirle a Martín para que se comportara así? Si hacía dos minutos estábamos a punto de besarnos.

A punto.

Podía sentir todavía su respiración rozándome la piel, el olor de su perfume mezclado con el del césped recién cortado y el gel de baño.

Y de repente, pum.

Despido público, acusaciones que no entendía y un odio que no era normal.

Victoria se instaló en mi casa el sábado por la noche como si hubiera ganado ante notario mi custodia.

Entró con una bolsa de patatas, una tableta gigante de chocolate con leche y su característica energía de ‹‹hay vida mucho más allá del dios de los CEO».

—Está loco —sentenció nada más sentarse en mi sofá, cruzando las piernas como si fuera la jueza del Tribunal Supremo de los Hombres Imbéciles—. Pero loco de verdad. No un poco intenso. Loco. Nada de desdoble de personalidad. Un puto loco.

Yo arranqué el envoltorio del chocolate con los dientes, con la delicadeza de una hiena que lleva sin hincar el diente meses.

—Igual exagero… —gimoteé.

—No exageras nada. —Partió un trozo de la tableta y me lo metió en la boca—. Un tío que te humilla delante de media empresa no merece ni una lágrima. Ni media. Ni una pestaña húmeda.

Asentí, masticando chocolate y lágrimas. Una combinación perfecta para el drama que intentaba digerir.

—No puedo dejar de pensar en qué le habré hecho, pero no se me ocurre nada —me lamenté gimoteando.

—No le hagas ni caso, Val. Que se busque otra víctima para sus traumas. Y tú, a lo tuyo.

—Ajá. —Le di un mordisco a lo que quedaba de tableta, a ver si con la barriga llena aceptaba con más entusiasmo mi destino.

—Dame. Así no correremos el riesgo de que llame por si le ha quedado algo pendiente. —Apagó mi móvil y me enseñó la pantalla negra, como mi alma.

Corrió las cortinas, encendió la tele y nos sentamos en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, como si fuera parte de un ritual oficial para odiarlo con mayor intensidad.

—¿Lo odias un poquito más? —me preguntó apuntando al televisor con el mando para subir el volumen.

—Muchísimo —dije convencidísima con los puños apretados.

—Bien.

Pero mientras me engañaba a mí misma diciendo que lo odiaba, mi cabeza no cooperaba.

Porque por más que repetía que era un cretino, que estaba desequilibrado y que necesitaba terapia urgente para salvarse de sí mismo, no conseguía borrar la forma en que me había mirado justo antes de que Virtudes irrumpiera como la CEO de la Santa Compaña.

Ese segundo suspendido en el tiempo. Sus manos en mis brazos. Su respiración a un suspiro de mi boca.

Giré la cabeza y estaba sola.

—Tía —dijo Victoria, apareciendo con un bote de Nutella—, no estarás pensando en él, ¿verdad?

La miré con los dientes clavados en el labio y fui incapaz de contestar. Ella resopló.

—Debería ser ilegal estar tan bueno y ser tan gilipollas —dije al fin—. Pero mañana estaré mejor. Y el lunes a primera hora le haré comerse su corazón.

—Esa es mi chica, aunque reconozco que a veces me das miedo. —Se lanzó a mis brazos y me dio un beso en la mejilla.

Y como siempre —casi— cumplía mi palabra, ahí estaba, plantada frente a la puerta de Marmita Design con la cajita del corazón en la mano, apretándola como si fuera una pelotita antiestrés. Tenía la mandíbula tan tensa que podría haber partido nueces con la barbilla.

Cogí aire, y entré.

—Buenos días, Valentina. Todos estamos contigo —dijo Simón, nada más verme.

Le hice un gesto con la mano, porque no tenía voz para fingir serenidad.

El ascensor subió con una lentitud ofensiva hasta la planta de dirección. Cuando se abrieron las puertas, lo primero que vi fue a la culpable de todos mis males. Virtudes, en su mesa, sonándose los mocos con un dramatismo que daban ganas de robarle la caja de pañuelos para que se pasara el día moqueando.

Me acerqué sin saludar. Me miró como si acabara de salir de una tumba.

—He venido a ver a Martín. Puedes avisarlo.

—Pensaba que te habías muerto.

—Ya ves que no —respondí, echándome el pelo hacia atrás y sacando pecho.

Luego le dediqué una de mis mejores sonrisas. Una de esas que te salen cuando decides que, si vas a arder, al menos lo harás con estilo.

—¿No tuviste suficiente el sábado? ¿Has venido a por más? —me preguntó la muy desgraciada.

—¿A por más? Tranquila, solo he venido a comprobar por qué narices la víbora de su secretaria me tiene celos.

Apoyé el bolso sobre su mesa como si mi afición favorita fuera intimidar personal de oficina, cuando en realidad me temblaban hasta las tachuelas del monedero.

Ella intentó abrir más las ciruelas que llevaba por ojos y se quedó con el pañuelo pegado a la nariz.

—¿Celosa yo? ¿De ti? ¿De Martín? —preguntó con voz de moco congestionado.

—Puede que Martín se haya interesado en mí y no en una… —La recorrí con la mirada de arriba abajo, aunque seguía sentada—, en una vieja amargada a la que su marido, después de treinta años, dejó por alguien más agradable. Porque ten claro que nadie te soporta.

—Tus ganas —dijo rápido, antes de estornudar.

Abrió la boca de nuevo, no supe si para volver a estornudar o para llamarme de todo menos bonita, pero no la dejé hablar.

—Y me arrepiento muchísimo de haber escuchado tus dramas durante el divorcio. Qué pérdida de tiempo. —Volví a echarme el pelo hacia atrás—. Así que lo único que puedo pensar es que estás

celosa porque a mí me regaló un corazón y a ti no te mandó ni un mísero bote de Vicks VapoRub cuando estabas ingresada.

Se quedó blanca.

Y yo seguía dándole vueltas en la cabeza al *ticket* de la joyería que encontré en su chaqueta, junto con los «ojalá». No había duda, había sido él. El porqué todavía no lo tenía claro. Pero eso, a Virtudes, no pensaba contárselo.

—Estás mal de la cabeza —escupió entre tosidos—. Nunca pensé que serías tan mala persona. Deja de mentir y reconoce de una vez que estás liada con el padre de Martín.

Me reí. Me reí como las locas de verdad, inclinando la cabeza hacia atrás y soltando ruidos extraños.

—¿De qué hablas? Yo a ese señor no tengo el disgusto de conocerlo. Así que deja de inventar películas, loca.

La puerta del despacho se abrió.

Silencio.

Martín apareció por el hueco de la puerta y se apoyó en el marco, con su traje impecable, su corbata a juego, su nudo perfecto… Serio y desconcertado, como si en vez de a mí se hubiera encontrado al Enano Saltarín dispuesto a reclamarle a su primogénito.

Nos miramos. Solo un segundo. Pero fue suficiente para que todo lo que había ensayado mentalmente se desintegrara.

—Entra —dijo.

No levantó la voz. A Martín no le hacía falta. Pasé delante de Virtudes sin mirarla.

Él cerró la puerta.

—Siéntate. Tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —respondí, dejando el bolso sobre la mesa—. Solo he venido a devolverte esto.

Saqué la cajita. La sostuve un segundo en el aire y, cuando iba a dejarla con delicadeza junto a su portátil, se me cortocircuitó el cerebro. Yo también sabía montar numeritos, aunque no tuviera público.

Y la lancé.

Lo hice con la fuerza suficiente para que aterrizara sobre su escritorio, rebotara contra la parte trasera de un portarretratos y este derribara un bote con bolígrafos que salieron disparados al suelo.

Él miró mi obra de arte en silencio. Luego a mí. Yo sonreía sin sentido camino de la puerta.

—Valentina —dijo mi nombre cuando ya me marchaba. Y sonó tan bien... que a punto estuve de darme la vuelta y colgarme de su cuello.

El exceso de azúcar del fin de semana me había dejado secuelas.

Antes de poder girar el pomo, su mano firme y cálida sujetó la mía.

Cerré los ojos, porque si lo miraba… si lo miraba recordaría cómo nos miramos el sábado y acabaría arrodillada recogiendo todos los bolígrafos y pidiéndole disculpas. Y me negaba.

—¿Has hablado con mi padre? —preguntó muy cerca de mi cabeza.

Parpadeé.

—¿Con tu padre?

Levanté la barbilla y me aparté de la puerta y de Martín.

—Sí. ¿Que si has hablado con él? —insistió.

—¿A santo de qué tendría que hablar con él? ¿Pretendes que le pida tu mano? —pregunté, notando cómo la rabia me empezaba a burbujear bajo la piel—. ¿Es que ese corazón es una reliquia familiar? ¿Lo desempeñó para regalármelo? Y ahora estáis ofendidos los dos…

Su mandíbula se tensó. Y los nudillos cada vez los tenía más blancos. Di un paso atrás.

—Me equivoqué despidiéndote. —Se pasó la lengua por el labio y la mano por el pelo, desviando la mirada—. Y más delante de todos. Lo siento.

El mundo se detuvo un segundo. El corazón me latía tan fuerte que podía sentirlo fugándose de mi cuerpo.

—Sí… se te fue un poquito de las manos —susurré.

Mierda.

Tenía que salir cuanto antes de allí. Aquel despacho, el aire, su perfume, su cercanía, todo jugaba en mi contra. Me estaban narcotizando y antes de darme cuenta lo habría perdonado.

—Cierto. —Se acercó un poco más—. Pero tú también.

Me quedé quieta, a punto de chocar contra la pared.

—Martín… —susurré sin derrumbarme.

¡Joder!, cómo costaba decir su nombre sin acabar la frase con algo bonito.

—Mi padre no se merece que lo abandones así. —Dejé de respirar—. No después de haber jugado con la ilusión de un jubilado.

Lo miré como si acabara de hablar en japonés.

—¿Qué manía os ha dado a todos con tu padre? Si no sé quién es, cómo podría haber salido con él. Además, ¿qué edad puede tener ese señor? —Me golpeé la frente con la palma de la mano y lo miré a los ojos—. ¿Os habéis vuelto todos locos?

Él se pasó las manos por la cara. Miró al techo y yo a su cuello, a su nuez, en cómo subía y bajaba. Y sin que me lo esperara, se le escapó una risa breve, y se puso serio.

—No sigas mintiendo porque lo haces muy mal. —Dio un paso hasta que me tuvo contra la pared y su cuerpo—. ¿A quién pretendes engañar?

Durante un segundo pensé que el loco era él. Luego, que quizá lo era yo. O que nos habían drogado a todos el sábado.

—Por favor —le pedí, con la voz quebrándose pese a mis esfuerzos por mantenerla firme—. Apártate.

Me sostuvo la mirada un instante más. Y se apartó.

Abrí la puerta y salí.

Bajé las escaleras en vez de esperar el ascensor, porque necesitaba aire antes de desmayarme o gritarle a la gente que me explicara qué demonios estaba pasando.

—¿Has solucionado algo? —me preguntó Simón cuando ya salía.

Levanté la mano, me despedí de él sin detenerme y seguí corriendo. Al llegar a la esquina tropecé con alguien.

Unos brazos me sujetaron antes de que acabara estampada contra el suelo.

—Eh, eh… ¿qué te pasa? —Cuando conseguí que me llegara oxígeno a la sangre, comprobé que era Álex.

Tenía la respiración desacompasada y me costaba respirar. Lo miré, me coloqué la mano en el pecho para ver si así me entraba mejor el aire. Intenté hablar, sin éxito. Imposible. Y entonces, sin esperármelo, me puse a llorar.

No con lágrimas pequeñas rodando por la mejilla como flores de pitiminí. Lloré como si me hubieran abierto el pecho en canal, sin anestesia, y arrancado el corazón para lanzarlo por una alcantarilla.

—Vamos —dijo él, bajando la voz—. Vamos a tomar algo y me lo cuentas todo. Pero no llores.

Asentí sin dejar de llorar.

En realidad, lo que yo necesitaba era que alguien me explicara en qué momento mi vida se había convertido en un culebrón de proporciones épicas e iba camino de reventar audiencias.

Y, sobre todo, por qué el único hombre que me apetecía besar desde hacía unos días estaba convencido de que yo me acostaba con su padre.

CAPÍTULO 10

MARTÍN

El martes tenía una reunión importante a las once y yo llevaba desde las ocho mirando el mismo párrafo del informe de estructuras sin entender una sola palabra.

Cuando algo no me cuadraba en el trabajo, solía resolverlo en cuestión de minutos. Era rápido, práctico y eficaz. Pero lo que no me dejaba pensar con claridad no era un plano ni un contrato mal redactado. Aquello era Valentina Fuentes colándose en mi cabeza como si tuviera la clave de acceso.

Y me daba una rabia monumental.

Porque no debería sentirme atraído por ella. No por una mentirosa compulsiva que había jugado con mi padre. No por alguien que, presuntamente, compartía cama con el hombre que me había enseñado a montar en bicicleta. Eso era de enfermos. Una trama turbia que no valdría ni para novela.

Y, sin embargo, cada vez que cerraba los ojos, no veía a una manipuladora sin escrúpulos. Veía a una mujer adorable con la barbilla temblando mientras yo la despedía delante de media plantilla.

Perfecto, Martín. CEO del año.

Todavía no había podido hablar con Álex. Se había pedido el día libre. Sospechoso. Luis y Fernando me evitaban con una elegancia que rozaba lo ofensivo. Beltrán estaba revisando una obra en Valencia. Y…

Victoria directamente parecía haber puesto precio a mi cabeza.

Me levanté, cerré el portátil de golpe y cogí el móvil.

Si iba a hacer el ridículo, al menos que fuera por todo lo alto.

Llamé a mi padre.

—Martín, qué sorpresa —respondió con la voz tranquila.

—Necesito preguntarte algo.

Silencio.

—¡Qué intenso te pones a veces! Dime, ¿qué te preocupa?

Me removí en el asiento, intentando buscar las palabras adecuadas para no sonar más idiota de lo que ya me sentía.

—¿Estás saliendo con alguien?

Tosió. Y volvió a toser. Por su reacción, no había duda.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Respóndeme, por favor.

—Bueno… —vaciló un segundo—. Desde hace unos meses he empezado a… bueno… a quedar con una chica. Nada serio… O sí. Pero daba por hecho que supiste interpretar las señales y ya lo sabrías.

Sentí que la mandíbula se me tensaba y se me aceleraba el pulso.

—¿De la oficina?

Silencio. Esa vez más largo.

—Martín… —Escuché cómo carraspeaba para aclararse la garganta y luego respiró profundo.

—No voy a juzgarte, papá. No necesito que me des un nombre —Porque ya lo sabía—. Solo necesito un sí o un no.

—Sí. Para qué seguir fingiendo…

El sí me cayó como una piedra dentro del despacho. Apoyé la espalda en el sillón y miré al techo.

—Gracias, solo necesitaba saberlo por ti.

Pero debí activar el botón de la liberación, porque ya no se detuvo.

—Sé que no ha estado bien no contarte nada —continuó él, con una sinceridad que me descolocó e incomodó a partes iguales—.

Siempre fui muy estricto con las relaciones entre empleados, pero a estas alturas, eso a mí no me afecta. Solo te diré que, desde que empezamos a quedar… he recuperado las ganas de vivir. La jubilación ya no me parece una antesala de la muerte, sino… una segunda juventud.

¿Para qué habré preguntado?

Tragué saliva. «Segunda juventud». Sí, con alguien que no hacía ni dos días había acabado la Primaria.

—¿Piensas casarte? —pregunté, sin reconocer mi propia voz. Comportándome como un niño enfadado porque sus padres se han divorciado.

Se rio.

—¿Casarme? A mi edad no necesito eso. Solo… una ilusión por la que levantarme cada mañana. Saber que hay alguien que se preocupa por mí. —A punto estuve de decirle que yo me preocupaba por él, que, si se trataba de eso, no necesitaba una mujer a su lado, pero dejé que siguiera hablando—: Una persona especial con quien compartir dudas, alegrías. No es cuestión de papeles, se trata de sentir que soy importante en la vida de alguien.

Noté cómo se me aflojaba la mano y el móvil resbaló un poco.

—Bien.

Perfecto. El hombre estaba confesándome cómo se sentía y yo solo solté un puto «bien».

—El sexo ya no es lo más importante —añadió con una naturalidad antinatural.

No recordaba si alguna vez en mi vida había hablado de ese tema con mi padre.

—Da igual.

Necesitaba cortar cuanto antes la conversación.

—Que sí, que nos tocamos, nos besamos y algún jueguecito hay…

Ahí sí que se me cayó el teléfono contra la mesa y yo casi al suelo.

Me los imaginé. A él. Con ella.

No, no, no. Para eso sí que no estaba preparado.

—¿Ibas a irte con ella a Nueva York? —lo corté rápido, intentando que no se me notara el colapso cerebral.

—Iba, no. Pienso pedírselo de nuevo. Supongo que ya se le habrá pasado el enfado.

Enfado. Claro. Porque el estúpido de tu hijo, en un calentón irracional, la despidió. En realidad, eso fue después, así que yo no había tenido nada que ver en esa cancelación.

Cerré los ojos.

—Te deseo que seas feliz —dije al final, con la voz más neutra que pude reproducir—. Y si te da por organizar alguna comida familiar, por favor, no cuentes conmigo. Respeto que tengas una ilusión y todo eso. Pero te pido que respetes que no quiera involucrarme.

—Estás rarísimo —respondió él—. ¿Va todo bien en la oficina?

Justo iba a contestar cuando algo hizo clic en mi cabeza.

—¿Conoces a un tal Cosme?

—No me suena… ¿Es un amigo tuyo?

Perfecto. Ni rastro de Cosme.

O yo era un paranoico o aquello era un vodevil digno de estudio sociológico.

Antes de que pudiera seguir con el interrogatorio, la puerta de mi despacho se abrió de golpe.

Virtudes irrumpió, quedándose en el centro con los ojos inflamados y las zapatillas de estar por casa.

—Martín, tenemos un problema —gritó con voz de sirena antiaérea.

Mi padre seguía al teléfono.

—¿Qué pasa?

Virtudes me miró como si estuviera a punto de comunicarme que había explotado la sede central con todos dentro.

—Te has quedado sin empleados.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, levantándome de un salto.

Era posible que la medicación, que seguía tomando, fuera la responsable de sus alucinaciones, porque lo que decía no tenía ningún sentido.

—Todos han ido a la huelga hasta que readmitas a Valentina.

Silencio.

Mi padre gritó al otro lado de la línea con tal intensidad que me atravesó el cerebro como un disparo.

—¡Inconsciente! ¿Has despedido a Valentina?

El despacho se hizo pequeño. El aire espeso. Y a mí iban a tener que hacerme una cardioversión para resetearme el corazón.

Virtudes me miraba asustada. El teléfono seguía pegado a mi oreja. Y mi padre no dejaba de gritar mi nombre.

Y, por primera vez desde que acepté el cargo, no tenía ni idea de cómo iba a salir de aquello.

Había despedido a la presunta amante de mi padre. Y acababa de descubrir que, quizá, todo se iba a complicar mucho más.

Porque había despedido a la mujer que no conseguía quitarme de la cabeza.

CAPÍTULO 11

VALENTINA

El miércoles entré en Marmita Design decidida a recoger mis cosas, despedirme de todos como una persona adulta y, si se daba la ocasión, escupir discretamente en la cafetera para que Virtudes se bebiera su propio karma con espuma —asqueroso—. Nada dramático. Nada infantil. Todo muy adulto y profesional.

Después de pasar la tarde del martes con Álex, el mundo empezó a parecerme un poco menos agujero negro con traje de chaqueta y corbata, aunque seguía sin ver la luz.

—«*Todo en esta vida tiene solución, Valentina», repite conmigo* —me pedía Álex de camino a algún lugar en el que poder vomitar mi propio drama sin conocidos observando.

—*Todo es una mierda, Álex. Todo* —me quejé, tapándome la cara con las manos, parada en mitad de la calle.

—*Mañana lo verás con otros ojos. Créeme.*

Me cogió del brazo y tiró de mí para que avanzáramos.

—*Noo, mañana todo será más mierda. Tendría que haberle lanzado una piedra y no el corazón…* —grité, con el dedo hacia arriba como si la empresa estuviera en el cielo—. *Y ahora… ahora ya no podré tirarle nada porque estoy despedida.*

—*Val, razona, mujer. No estás despedida, hazme caso. Mañana vuelves como si nada. Pero camina, todo el mundo nos mira.*

Reconozco que mi comportamiento era un tanto vergonzoso, por no hablar de mi aspecto. Y lo que más rabia me daba era que no podía parar. Algo dentro de mí me obligaba a hacerlo, como si formara parte de un castigo o como si fuera la confirmación de que había perdido del todo la cabeza.

—*No pienso volver* —dije al fin.

Porque cuando me rescató de mí misma en la esquina, lo único que tenía claro era que jamás volvería a poner un pie en aquella empresa. Que se encargaran los de Recursos Humanos de darle sepultura a mi cactus. Que subastaran mi fotografía con mi mejor amiga. Pero no sería yo quien me los llevara dentro de una caja de cartón.

—*Este sitio tiene buena pinta* —dijo a la vez que me ofrecía un pañuelito de papel para que me limpiara las lágrimas y los manchurrones de rímel—. *Vamos, cero dramas.*

Nos metimos en un *pub* pequeño, alejado de la «zona cero». La música sonaba de fondo y no había demasiada gente. Me valía. Además, necesitaba desahogarme un poco más y Victoria no me servía porque estaba en una rueda de prensa, así que Álex se convirtió en mi terapeuta improvisado, con cerveza y aceitunas rellenas.

—*Yo no entiendo cómo puedes ser su amigo… Es cruel, un salvaje, un sapo con traje de Armani…* —dije, sin mirarlo, a la vez que cogía dos aceitunas y las dejaba sobre una servilleta—. *¿No vas a colaborar conmigo para encontrar insultos más originales?*

—*No me pongas en el compromiso de hablar mal de él* —me pidió después de escucharme soltar auténticas barbaridades sobre Martín mientras yo hacía una fila con todas las aceitunas fuera del cuenco—. *Solo te digo que se le ha ido la cabeza. A él y a Virtudes. Todos nos quedamos alucinados.*

—*Ya, pero ¿por qué narices creen que tengo algo con su padre?* —pregunté, apoyando la barbilla en la mano.

Álex se quedó pensativo, como si estuviera calibrando cuánto podía contar sin traicionar a nadie. Al menos me demostró que no era un traidor, porque se lo puse en bandeja.

—*Yo creo que deberíais tener una charla, los dos solos* —me aconsejó sin apartar la vista del corazón que formé con todas las aceitunas.

—Claro, y luego me llevas a comprarme un traje de novia y nos casas en secreto. Espera, espera, y que Virtudes sea mi dama de honor y, en el último momento, que me decapite. —Sin que se lo esperara, cerré el puño y chafé medio corazón de aceitunas.

Silencio.

Al final soltó una risa.

—¿Quieres que pida más? —me preguntó con una ceja arqueada. Negué mientras me limpiaba las manos con un puñado de servilletas—. *Virtudes no es la misma desde su divorcio, se lleva mal hasta con la cafetera. No se lo tengas en cuenta*.

—Sabes que llevo más de dos años en Marmita, la conozco demasiado bien. Me he tragado sus mierdas con el ex, desde ni se sabe. Cuando todos desaparecíais al verla llegar llorando, ¿quién se quedaba escuchando? —Me señalé el pecho—. *Esta tonta. Es como si se le hubiera ido la cabeza del todo. Aunque ahí no es la única que está loca.*

—Sí, yo también pienso que se ha trastornado. Hay compañeros que juran haberla visto correr desnuda por el Cabo, cantando a grito pelado «después de la tormenta siempre llega la calma…», con los brazos en alto. Dime tú cómo debe estar esa mujer para hacer algo así todas las tardes.

—No puede ser verdad —dije, riendo sin poder evitarlo—. *Y con este frío.*

—Pregúntale a Merce, de Contabilidad, ella hasta la grabó en vídeo —respondió, levantando su vaso—. *Pero te juro que no solo lo ha contado ella.*

En el fondo, Virtudes me daba lástima, pero como en esa ocasión su objetivo parecía ser yo, no iba a ponerme de su parte. Era como si su nueva afición fuera inventar maneras originales de joderme la vida.

—A mí con que me deje en paz, lo que haga en su tiempo libre me es indiferente. —Envolví todas las aceitunas chafadas en la servilleta y las dejé dentro del cuenco—. *Para mí ya no existe.*

Miré el móvil y me sorprendí al ver la hora. El tiempo había volado. La charla con Álex me vino muy bien. Y en ese momento, lo único que me apetecía era llegar a casa, darme un baño relajante y comer chocolate hasta que se hiciera de día.

—Creo que me voy a marchar ya. Es tarde.

—Me la termino y te acompaño. —Cogió su cerveza y le dio un trago—. *Y volviendo al tema que nos ha traído aquí. Olvida todo lo que pasó en casa de mi hermano. Mañana vuelve como si lo del sábado nunca hubiera ocurrido. Martín sabe que lo ha hecho mal y no te dirá nada. Está… arrepentido. Muy arrepentido, aunque jamás lo reconocerá sin que alguien lo empuje por las escaleras.*

—¿Arrepentido? —repetí, arqueando una ceja—. *No te creo. Estamos hablando de Martín.*

—Lo digo en serio. Y creo que todo esto lo ha hecho porque siente algo por ti y es tan gilipollas que no quiere reconocerlo.

—C*laro* —dije, con una sonrisa torcida y las pulsaciones bailando sevillanas—. *Él siente algo por mí, yo por su padre, Virtudes por Martín. Y como todo es surrealista, mañana voy a trabajar, aunque esté despedida.*

El móvil le vibró en la mesa, lo cogió, levantó la mano en señal de disculpa y contestó. Se alejó para hablar aparte y cuando volvió, se encogió de hombros y me guiñó el ojo. Como si no hubiera pasado nada.

Me acompañó a casa. Insistió en que todo se arreglaría y nos despedimos en la puerta con un abrazo largo que me dejó el pecho un poco más ligero.

—Muchas gracias por todo, Álex.

—A mandar —me dijo a la vez que me guiñaba un ojo.

—Mañana te veo en la oficina.

Levantó el pulgar y yo entré en el portal.

Lo que no sabía es que iría, pero no para trabajar.

—¡Valentina! —La voz de Simón me sacó de mis recuerdos. Lo miré y sonreí.

Volví a mirarlo para asegurarme de que no había visto mal. Sonreía, de pie, detrás del mostrador, con una camiseta blanca donde aparecía mi cara impresa en un tamaño generoso y un gorro de lana con una pegatina que decía: «Todos somos Valentina».

Parpadeé lo justo para comprobar de nuevo que no era mi mente inventándose una despedida digna de Corin Tellado puesta hasta las cejas de tinto de verano.

Me miró con solemnidad de activista revolucionario y yo le di las gracias con los labios, porque si abría la boca, probablemente, me pondría a reír o a llorar, y no estaba segura de qué prefería.

Avancé por la oficina con el estómago apretado, mirando de reojo cada rincón por si aparecía Martín como un fantasma malhumorado para rematarme.

La sala de ordenadores estaba vacía. En cada mesa había un cartel escrito a mano: «No sin Valentina».

Me quedé parada, leyendo uno, luego otro, intentando asimilar aquello, cuando sentí una presencia detrás.

—Estarás orgullosa.

Su voz me recorrió la espalda antes de que pudiera girarme.

—¿Perdón? —pregunté, dándome la vuelta despacio.

Martín estaba a dos pasos de mí, serio, con esa forma de mirarme que me ponía las ideas del revés, aunque intentara mantener la compostura.

—Todo el mundo hará huelga hasta que te readmita —dijo, señalando los carteles.

—Entonces tienes un problema —respondí, cruzándome de brazos—. Porque no pienso volver.

Le tembló un músculo en la mandíbula.

—¿Qué tengo que hacer para que aceptes? Pon las condiciones que quieras. Pero vuelve.

Tuve que morderme la lengua para no reírme. Él negociando conmigo. Él, que unos días antes me había echado delante de todos.

Nos miramos en silencio y algo flotó entre nosotros, incómodo y eléctrico, como si ninguno supiera dónde colocar las manos ni las palabras.

Se escucharon pasos en el pasillo. Martín bajó la voz.

—Lo siento —murmuró, tan bajo que casi parecía un secreto.

Noté cómo me ardía la piel. Aguanté la mirada y asentí apenas, porque por mucho que me doliera admitirlo, necesitaba el trabajo… y también quería volver. Allí había encontrado algo que no tenía ganas de perder.

Salí de la sala de ordenadores sin recordar para qué había ido a la oficina. Martín me reseteaba el cerebro. Y eso… eso me daba mucha rabia.

Entré en el archivo.

Convencida de que era muy buen momento para buscar la referencia del azulejo porcelánico que elegí para la sauna de un cliente que no se parecía en nada a mi exjefe. Era totalmente impermeable y no absorbía la humedad. El azulejo, no el cliente. Si algún día quería reformar mi baño, me vendría de lujo…

Habría unos mil archivadores, igual menos, quizá más.

—Pito, pito, gorgorito… —canturreé apuntando con el dedo las baldas—. Valentina, ya… Deja de comportarte como una demente.

Y justo me detuve en la balda más alta como si alguien hubiera decidido que medir metro sesenta y algo era una limitación para trabajar allí y por eso estaría mejor en casa.

—¡Que ponga las condiciones!, me dice… —comenté en alto, mientras arrastraba una silla para subirme.

Me importó bien poco haber elegido ese día unos tacones de más de quince centímetros y allá que me subí sin pensar en las

consecuencias.

—No te muevas, cabrón —murmuré con el brazo en alto, moviendo los dedos para ver si conseguía tocar el maldito archivador azul.

Estaba a punto de alcanzarlo cuando oí su voz detrás. Cinco plantas, más de veinte despachos, cuatro salas, y tenía que aparecer justo en el archivo.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó como si me hubiera pillado metiendo papel de periódico rociado en alcohol y llevara una bengala encendida en la cabeza.

No me giré porque, si me giraba, me mataba. Y con mi mala suerte, no se consideraría accidente laboral.

—Quería saber qué se sentía viendo desde aquí arriba… Pues qué voy a hacer, buscar una cosa.

—Baja ahora mismo —me pidió con el brazo alargado y los ojos muy abiertos.

—Tranquilo, que no es el Everest.

—Fuentes…

Vaya, ya no me llamaba por mi nombre.

—González…

Silencio.

Noté su roce antes de que me tocara. El aire cambió. O igual fue mi imaginación, que últimamente iba por libre.

—Te vas a caer. Y ya es lo que faltaba —dijo mientras se cambiaba de sitio para, supuse, tenerme más a su alcance.

—Tú qué sabrás. Y si me caigo, será por tu culpa. —Le apunté con el dedo.

—Si no te he tocado —contestó con las manos en alto, mirando hacia arriba con la cabeza ladeada.

La silla crujió y los dos nos miramos. Martín alargó los brazos para sostenerme. Yo quería dejarle claro que no lo necesitaba para

nada, ni para estamparme contra el suelo. El tacón resbaló. Perdí el equilibrio y me agarré a lo primero que encontré.

Su pelo.

—¿Quieres dejarme calvo? —se quejó haciendo movimientos extraños con el cuello.

—No, hijo, lo que quiero es arrancarte el moño para ver cómo me queda.

De pronto, me temblaron las piernas y me fallaron las rodillas, solo me dio tiempo a darme cuenta de que el muy idiota aguantaba la risa.

Martín, muy metido en su papel de superhéroe, reaccionó rápido cuando vio que me quedaba suspendida en el aire. Me sujetó por la cintura y terminamos los dos pegados.

—¿Ves? —susurró cerca. Demasiado—. Te ibas a caer.

—No me iba a caer. Antes de que me cogieras en brazos, estaba en la silla.

¡Qué bien olía!

—Y si no te hubiera cogido en brazos, estarías en el suelo.

Sin venir a cuento y sin mirar, levanté el brazo por encima de nuestras cabezas y entonces mis dedos se quedaron enganchados con algo. No se me ocurrió nada más interesante que tirar.

Una lluvia de papeles planeó sobre nosotros y, detrás, el archivador fue directo a la cabeza de Martín.

—¡Ay!

—Perdón —le dije—. Bueno, perdón, no. Que casi nos matamos por tu culpa.

—Tranquila, estoy bien, ¿eh? —dijo frotándose la nuca con la cabeza agachada—. Todavía recuerdo mi nombre.

—Me alegra saberlo. Ahora, si me disculpas… —dije con el archivador contra el pecho.

Él seguía sentado en el suelo, rodeado de planos, con la espalda apoyada en la estantería y mirándome desde abajo.

—Val… No te vayas… —Alargó el brazo y me rozó la pierna.

De lo rápido que empezó a latirme el corazón, me dio la sensación de que iba para atrás. Intenté tranquilizarme. Olvidarme de que me había llamado Val por primera vez.

Y salvada por la campana.

Las puertas del ascensor se abrieron con un sonido metálico y apareció don Prudencio, impecable, trajeado, con esa elegancia natural que hacía que medio edificio lo adorara incluso después de su jubilación. Sonreí sin poder evitarlo.

—Ya verás cuando se entere de que me has echado —le solté a Martín en voz baja antes de salir corriendo hacia él.

Lo abracé con fuerza y él me devolvió el gesto con una risa cálida.

—Cuando tengas un momento de sinceridad y te apetezca. —Escuché decir a Martín detrás de mí—, me cuentas a qué estás jugando.

Lo miré extrañada, don Prudencio también, y yo solo pude encogerme de hombros antes de que Martín saliera del archivo y se marchara escaleras arriba como si le persiguieran sus propios pensamientos.

—Qué manera de echar a la basura el dinero en estudios con este hombre —murmuró don Prudencio, negando con la cabeza.

Me reí y lo cogí del brazo mientras caminábamos por el pasillo.

—Cuénteme qué tal le va la vida de jubilado.

En ese momento salió Virtudes del cuartito de la limpieza con la barbilla alta y una expresión digna de desfile militar en un holocausto *zombie*. Pasó por nuestro lado como si no nos viera, me dio un pequeño empujón que casi me hace perder el equilibrio y subió por las escaleras.

—¿Qué están comiendo o bebiendo en la planta de dirección? —susurró don Prudencio—. Porque menudos aires se gastan esos dos.

—No lo sé —respondí y, cuando intenté añadir algo más, noté que la voz se me quebraba.

Él no dijo nada. Solo me abrazó, transmitiéndome esa calma que tienen las personas que ya han visto demasiadas tormentas como para asustarse por una más y no necesitan preguntar qué te ocurre. Justo entonces apareció Victoria, corriendo hacia nosotros con su energía habitual.

—¡Don Prudencio! Cuando me han dicho que estaba aquí, no me lo creía. Con la suerte que tiene ahora que puede hacer lo que quiera…

—He venido a solucionar un problema —respondió él—. En realidad, dos. No os vayáis. Luego os invito a almorzar en La Esquina, pero primero tengo que subir a poner en su sitio al nuevo CEO.

Victoria y yo nos miramos y nos echamos a reír. Cuando él subió al ascensor, ella se inclinó hacia mí.

—Simón llamó al antiguo director y le dijo que todos habíamos ido a la huelga por culpa del nuevo negrero CEO. Esto se arregla hoy, ya verás.

Subimos detrás, arrastradas por la curiosidad colectiva. Frente al despacho de Martín se había formado una pequeña concentración silenciosa uniformada; todos llevaban mi cara.

La puerta estaba entornada y las voces salían claras.

—*No sabes en el lío que me has metido* —decía Martín, tenso.

—*Tienes que readmitir a Valentina. Y esto no es negociable* —respondió don Prudencio con calma—. *Es muy buena niña y no se merece pagar el pato por tu falta de sexo.*

Un murmullo de los empleados recorrió la sala. Yo me quedé congelada, mirando el suelo para no estallar con una risa nerviosa.

—*No me hables de sexo* —replicó Martín—. *Me pongo enfermo*.

—*¿Tienes algún problema por ahí abajo?* —preguntó don Prudencio con total naturalidad.

—*¿Pero de qué demonios hablas?* —saltó él.

Victoria me dio un codazo suave.

—Hasta don Prudencio piensa que no está bien.

—*Con tu vida privada puedes hacer lo que quieras* —continuó Martín, alzando la voz—, *pero no me metas a mí. Por tu culpa ahora Valentina piensa que le regalé el corazón*.

Hubo un silencio breve. Todos se giraron para mirarme.

—*Explícame bien eso* —dijo don Prudencio—, *porque me parece a mí que por tu culpa el que tiene problemas soy yo*.

Y ahí me quedé, detrás de la puerta, con el corazón golpeándome las costillas y la sensación de que la historia acababa de dar otra vuelta más complicada de lo que cualquiera hubiera imaginado.

CAPÍTULO 12

MARTÍN

Seguíamos en mi despacho.

Él, de pie frente a la mesa, con el traje impecable, la mirada de «a mí no me hablas así, aunque seas CEO» y esa serenidad de hombre que ha mandado tanto tiempo que hasta cuando viene a echarte una bronca parece que te está haciendo un favor.

Yo, en cambio, estaba con la corbata apretándome el cuello como si alguien hubiera decidido estrangularme con un nudo Windsor y, para animar a mi angustia, con medio edificio pegado a la puerta porque, al parecer, mi vida privada había pasado a formar parte del entretenimiento corporativo.

—Por muy exdirector que seas —me defendí, sintiendo que la sangre me subía a la cara—, no tienes ningún derecho a presentarte aquí y decirme cómo tengo que dirigir la empresa.

Lo dije con firmeza. Sin que me temblara un solo músculo. Con ese tono de CEO que tanto odiaba escuchar en los demás. Lo que no esperaba era la respuesta de mi público.

Porque sí, me había tocado uno muy efusivo.

Desde fuera se escuchó una ovación. Aplausos. Jaleo. Un «¡así se habla!» que juraría que salió de la garganta traicionera de Fernando. Me quedé quieto un segundo, con la mandíbula encajada, como si mi despacho se hubiera convertido en un plató y yo fuera el concursante que no sabía que estaba siendo grabado. Todo muy Truman.

—¿Ves? —dijo, señalando la puerta como si aquello fuera la prueba de que yo estaba criando a una manada de hienas muy agradecidas cuando les interesaba—. Si dices las cosas claras, te aplauden. Deberías intentarlo más.

—Don Prudencio… —Al escucharme, alzó una ceja y negó sin dejar de sonreír.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así? Ese «don» me hace sentir viejo.

—Cuando dejes de decirme lo que tengo que hacer.

Fui hacia la puerta para cerrarla de una vez, porque lo último que necesitaba era un coro gregoriano opinando sobre mi gestión… sobre mi vida… y sobre Valentina… y sobre la película que fuera que se hubieran montado en la cabeza.

Entonces lo escuché. Alto y claro. Sin lugar a dudas. Simón, con su voz de recepcionista que suena igual de contento cuando te da los buenos días que cuando te avisa de que te espera la Parca —y no precisamente para saludar—, gritó:

—Valentina, cariño, en recepción hay un señor que pregunta por ti. Dice que se llama Cosme.

Noté cómo se me tensaba el cuerpo, como si alguien hubiera girado una llave oxidada dentro de mí, abriendo las compuertas de mi ira.

Cosme. Como si no fuera suficiente con mi padre.

Me giré despacio, clavando los ojos en el señor que intentaba hacerme entrar en razón sobre el despido de Valentina, y sonreí. Pero no fue una sonrisa bonita. Fue una de esas que no te llegan a los ojos, de las que anuncian tormenta, aunque el cielo esté despejado.

Claro. Cómo no iba a tener a alguien esperándola abajo. En su vida siempre había alguien.

Valentina jugaba en demasiados tableros al mismo tiempo. Cosme, mi padre, Álex… y yo. Yo, que había entrado el último en la partida sin preguntar las reglas.

Lo sabía. Lo tenía claro. Mientras me repetía que no era asunto mío.

Cada vez que la tenía a medio metro, algo en mi cabeza hacía clic y todo lo demás desaparecía. La noche de la fiesta. El casi beso. Su mano aferrándose a mi pelo en el archivo. Esa forma de mirarme como si no hubiera nadie más que yo.

Me nublaba el juicio. Me hacía olvidar que era territorio prohibido. Aunque ya no estuviera con mi padre —si es que alguna vez lo estuvo de verdad—, había pasado por su vida. Y, según Virtudes, también por la de Álex.

Lo único sensato era mantener distancia. Lo lógico habría sido ignorar que la esperaba Cosme en recepción.

Pero entonces…

—Coge tus cosas —le dije, ajustándome la chaqueta con movimientos estudiados—. *Esto se pone interesante*.

—¿Interesante? —repitió él, desconfiado.

—Sí. Interesante en el sentido de «alguien se va a arrepentir de todo lo que ha dicho en los últimos diez días».

Y no voy a ser yo…

La puerta se abrió en cuanto la rocé. La planta parecía un hormiguero con uniforme: gente corriendo por los pasillos, cabezas asomando detrás de la mesa de Virtudes, móviles grabando con cero disimulo.

Encima, ridículos. Todos con la misma camiseta, como si estuvieran esperando el pistoletazo de salida para empezar una carrera benéfica a favor de Valentina, que estaba allí con Victoria pegada a ella, como si fueran siamesas. Y Álex, con un café en la mano, apoyado en la pared, disfrutando del espectáculo como si aquello no fuera una crisis empresarial sino el capítulo final de su serie favorita.

—¿Es que nadie trabaja en esta empresa? —dije bien alto para que todos me escucharan.

La mayoría echó a correr por las escaleras, como si mi voz fuera la alarma de incendios y hubiera que evacuar un edificio en

llamas.

—Don Prudencio, pase usted primero —le ofreció Victoria, mirándome de reojo.

Luego entraron ella y Valentina y, por último, Álex y yo.

El espacio se volvió minúsculo. Se mezclaron los perfumes. Aun así, yo solo distinguía uno. Y se mascaba la tensión. Por cómo me miraban las dos, la posibilidad real de que recibiera un puñetazo aumentaba según descendíamos.

Álex se apoyó en la pared y soltó mirando el techo:

—Qué buen día se ha quedado.

—Espera, cariño, que el día promete —le respondió Victoria por lo bajo.

—Val…

—Sí, don Prudencio —contestó ella obediente mientras él la miraba como si fuera la portada de una revista de moda.

Y a mí se me tensó todo.

—Tienes que contarme tu secreto —le dijo encantado—. Cada día estás más guapa.

Perfecto. Fantástico. Todo el mundo quería formar parte de la vida de Valentina. Solo faltaba que abrieran lista de espera.

No sé qué me pasó. Bueno, sí lo sabía, pero no quería reconocerlo. El caso es que se me cerraron los puños y no pude morderme la lengua. Ya no aguantaba callado.

—Creo que no eres el único que lo piensa —solté antes de poder frenarme.

Ella me miró con el ceño fruncido. Y entonces, uno de los hombres de Valentina, porque ya no necesitaba más pruebas para confirmar que esos dos sentían algo, me señaló con un dedo, tranquilo, casi divertido.

—Pues deberías decírselo más si es lo que piensas. La gente no adivina lo que pasa por tu cabeza.

Yo me tragué una carcajada amarga.

—Créeme, será mejor que no dé voz a mis pensamientos. Al menos hoy.

Valentina se acomodó el bolso en el hombro y aprovechó para clavarme el codo en el estómago.

—Sí, será mejor, porque cuando abres la boca, arrasas —me soltó toda digna.

Victoria se mordió el labio para no reírse. Álex miró al suelo, como si el suelo pudiera abrirse para absorberme y terminar pronto con mi sufrimiento.

El ascensor bajaba con una lentitud insultante. Cuando por fin se abrieron las puertas, la recepción parecía un teatro.

En el centro del *hall*, con una sonrisa de anuncio, esperaba un hombre de mediana edad con abrigo oscuro, el prototipo de hombre ideal que yo había decidido que encajaba con ella. Al escuchar nuestros pasos, se giró.

Cosme.

Ella y Victoria corrieron hacia él.

—¡Papi! —dijo Valentina con una alegría que me atravesó el pecho como un ladrillo.

Yo me quedé congelado.

El resto avanzó unos metros y se detuvo observando la escena con curiosidad. Yo, sin pensar, agarré el primer brazo que encontré.

—Ven —le murmuré entre dientes—, que esto te interesa.

—¿Pero tú has consumido sustancias ilegales? —susurró él, acercándose a mi oído—. Estás rarísimo. ¿Te has tomado la tensión? ¿Exceso de cafeína? ¿La vida que te trata mal?

No contesté. No podía. Porque Cosme acababa de mirar a su alrededor y, con total naturalidad, preguntó:

—¿Por qué lleva todo el mundo una camiseta con la cara de mi hija?

El mundo se inclinó un poco hacia la izquierda, luego a la derecha, arriba, abajo.

Noté cómo se me paraba el corazón, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa.

—¿Hi-hija? —repetí en voz alta, con dificultad, mirándolo como si fuera un holograma *low cost*—. ¿Ha dicho hija?

Álex, a mi lado, parpadeó y me miró con paciencia.

—Eso ha dicho, por lo que significa que es su padre. ¿Qué problema tienes con ese señor?

Yo abrí la boca, pero antes de que saliera una palabra con sentido, se escuchó un llanto dramático aproximándose a toda velocidad a nuestra espalda.

Y apareció Virtudes.

Virtudes, con un rollo industrial de papel higiénico en la mano, como si se hubiera escapado de un baño público en mitad de una tragicomedia griega, con la cara hinchada, los ojos rojos y un nivel de indignación nivel experto capaz de reventar los cimientos con uno de sus estornudos.

—¡Ya no quiero vivir! —sollozó, apretando el rollo contra el pecho, parada delante de Cosme—. ¡Tan mal me he portado para que me lo pagues así!

La recepción se quedó en silencio. Ese tipo de silencio en el que incluso las luces bajan con disimulo la intensidad para crear ambiente.

Virtudes me señaló a mí, o al aire, o al destino, porque ya no distinguía.

—¡Te he dedicado en secreto mi vida entera! ¡Y no ha servido de nada!

Valentina le colocó la mano en el hombro y la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Has bebido? —preguntó, analizando el rollo como si fuera una bomba—. ¿No has tenido suficiente con inventarte una historia

sobre mí y el padre de Martín que ahora…?

Cosme, que hasta ese momento había sido un señor normal en una escena anormal, la miró de arriba abajo con una calma casi admirable.

—Te juro que en mi vida he visto a esta mujer que me dice estas cosas.

—No te preocupes —dijo Valentina, con una sonrisa que en otro contexto me habría parecido preciosa—. Es una demente que tienen contratada para desgravar.

Se oyó un «¡uy!» ahogado por alguna parte y tuve la sensación de que toda la oficina acababa de decidir que Valentina les caía todavía mejor.

—¿Una demente? —preguntó Cosme, mirando a todas partes, que parecía no entender nada.

—Sí, porque yo tampoco he visto en mi vida al padre de Martín —añadió ella, señalándome con el mentón— y está empeñada en decir que estamos liados.

Cosme frunció el ceño. Yo estuve a punto de gritar que era una mentirosa, pero no tuve valor. Por primera vez desde que empezó el espectáculo, no estaba seguro de nada.

—Nena, ¿cómo ha dicho que se llamaba? —preguntó, apuntando con el dedo a La Llorona.

—¡Virtudes! —Victoria respondió encantada, como si estuviera revelando el nombre de la expulsada en una gala de *Supervivientes*.

—¿Prudencio, sabías…? —empezó Álex, con la garganta seca, señalando a mi secretaria—. ¿Tú sabías que ella estaba con el pa…?

—Me he quedado de pasta de boniato —le respondió él, antes de que acabara la pregunta, completamente perdido—. Si aquí el que no corre, vuela.

Virtudes, en ese momento, se sonó con el papel higiénico como si estuviera taladrando una pared y, al levantar la cabeza, se quedó mirando a Cosme como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Usted quién es? —preguntó ofendidísima, como si Cosme se hubiera colado en su drama personal sin pedirle permiso.

Yo sentí que iba a explotar por dentro. Me giré hacia Valentina, incapaz de frenar mi pregunta.

—Llegados a este punto —dije, señalándola con un gesto torpe —, ¿vas a negar delante de mi padre que has estado con él? Y también, ¿vas a negar que cancelaste en el último momento vuestro viaje a Nueva York porque tenías un plan mejor?

—¿Tía, te ibas a Nueva York? —le preguntó Victoria, agarrada a su brazo.

Valentina me miró como si yo tuviera los delirios de la muerte.

—¿Qué padre?

Alguien carraspeó, dio un paso hacia adelante y extendió la mano.

—Encantado, Valentina. Soy Prudencio. Prudencio González, el padre de la criatura. —Me cogió del antebrazo y me zarandeó, sin dejar de apretar los dientes.

A Valentina se le borró la expresión de golpe. Y supe que nada de lo que dijera a partir de ese momento iba a arreglarlo.

—¿Usted…? —balbuceó, mirando a Victoria, que se encogió de hombros, luego a mí, luego al techo, como si allí estuviera la explicación con luces de neón—. ¿Cómo que su padre?

Yo abrí la boca, aún con el cerebro intentando reiniciarse.

—Pero no niegas haberte acostado con él.

No llegué a procesar mi propia frase porque, en ese instante, el mismo don Prudencio me dio una colleja.

Una colleja poco cariñosa. De las que no duelen en la piel, pero te recuerdan que estás haciendo el imbécil. Cosme me apuntó con el dedo, serio.

—Chaval… ¿tú estás bien?

Yo no estaba bien. No estaba bien desde el corazón, desde el sushi, desde Virtudes con oxígeno, desde que Valentina se me metió en la cabeza como si estuviera en acogimiento.

—Martín, hijo —dijo, con una calma que solo puede tener alguien que ha visto muchas tonterías en su vida—, la que está enamorada de mí, es Virtudes, y yo de ella. A veces me sorprende tu inocencia.

Hubo un «oh» colectivo que me dio ganas de pisotear. Virtudes giró la cabeza hacia donde sonó el murmullo.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó, entrecerrando los ojos—. No veo nada, tengo los ojos irritados y no llevo las lentillas. ¿Pajarillo, has sido tú?

¿Pajarillo?

—Aparta, hijo, que es mi turno. —Metió la mano en su chaqueta y sacó una cajita. Una cajita que yo reconocí al instante.

El corazón.

Debió cogerla cuando estuvimos en mi despacho.

La abrió delante de Virtudes y se la tendió con una solemnidad que, por alguna razón, hizo que se me encogiera el estómago.

Mi secretaria miró el interior. Se quedó quieta. Parpadeó.

Valentina y Victoria se giraron hacia mí a la vez.

—Te lo dije —soltó Valentina, clavándole la mirada a su amiga —. Te dije que él no me lo había regalado.

—Yo también te lo dije —logré decir, demasiado tarde y con el orgullo haciendo aguas por todas partes.

—Y yo te dije —añadió ella, aún más firme— que no estaba con tu padre y tampoco me creíste.

Álex levantó las manos mirando a todos.

—Perdonad, pero… ¿cómo terminó el corazón en la mesa de Valentina?

Simón, desde recepción, alzó la mano como un alumno aplicado.

—Creo que fui yo. Llegó el repartidor a primera hora, me dijo que tenía una entrega para Uve, la chica más guapa y simpática de Marmita Design —confesó, mirando con adoración a Valentina—. Firmé la entrega y yo mismo, con estas manitas que son iguales que las de mi abuela, dejé el paquete en su mesa.

Sentí un golpe de realidad tan grande que tuve que agarrarme al tronco de un ficus para no caerme.

No podía ser. No podía ser tan absurdo. No podía haberme equivocado tanto. No podía haber montado un circo por una cadena de malentendidos y una secretaria con un nivel de drama que debería cotizar en bolsa.

—Un momento —dijo Victoria, con el brazo en alto—. Si es tu padre, ¿por qué narices te diriges a él como Prudencio?

—Porque es así de serio —aclaró él, antes de que yo pudiera explicarme—. Cuando le pedí que asumiera el cargo de director, pensó que, si nadie sabía que era mi hijo, lo miraríais de otro modo. Cosas de Martín… Si hasta en privado evita llamarme «papá».

¡Claro que sí!

Ahí estaba él, al que desde que empecé a hacer las prácticas en Marmita Design dejé de llamar «papá», por petición suya, por eso del qué dirán…, y en ese momento dejó caer que todo era una manía mía.

—Pero si lo sabía todo el mundo —dijo Simón, que llevaba callado demasiado tiempo.

—Bueno, si me disculpáis, yo había venido, aparte para que readmitiera a mi querida Valentina, a darle esto a la verdadera dueña de mi corazón —aclaró a todos, respiró hondo, miró a Virtudes con una ternura inesperada y, sin que nadie lo viera venir, se arrodilló.

La recepción entera contuvo el aire al ver cómo sacaba una cajita —otra—.

Virtudes se llevó una mano al pecho, pero esa vez no para llorar, para sostenerse el alma.

—¿Cómo no te iba a comprar nada en San Valentín, tontita? —dijo él, con la voz temblorosa—. Si hubieras venido conmigo a Nueva York, te habría pedido allí que viviéramos juntos. Pero el viaje tendrá que esperar. Primero quiero que celebremos con todos que somos pareja.

El silencio duró un segundo.

Después estalló la oficina. Gritos, aplausos, móviles arriba, Victoria llorando de risa, Valentina con la mano tapándose la boca, y Virtudes… Virtudes llorando como si al fin el universo hubiera decidido hacerla protagonista de una historia de amor.

Yo los miré a todos. A mi padre arrodillado. A Virtudes temblando con el anillo encima del rollo de papel.

A Cosme, completamente descolocado, sujetando el abrigo como si hubiera aterrizado en un planeta nuevo.

A Álex, que me observaba con cara de «se puede ser más idiota» y «ahora te toca a ti reconocer lo que sientes».

Y a Valentina.

Valentina, que miraba sin sonreír.

No hacía falta que dijera nada, ni una sola palabra. Yo sabía lo que estaba pensando.

Y también sabía que tenía razón.

Pensé que lo peor ya había pasado. Y entonces me di cuenta de que no.

Porque, después de todo aquello, lo único que me preocupaba de verdad no era la huelga, ni la reputación, ni el anillo, y ni siquiera el ridículo monumental que había hecho.

Lo único que me preocupaba era que Valentina, con todo el derecho del mundo, decidiera no perdonarme jamás.

Y eso… eso sí que me dio miedo.

CAPÍTULO 13

VALENTINA

Si alguien me hubiera dicho el día de San Valentín que terminaría celebrando una pedida tan original en La Esquina con toda la plantilla, brindando por Virtudes y don Prudencio como si aquello fuera una boda de la realeza retransmitida por la CNN, habría pedido pruebas médicas. Y hasta un TAC.

Pero allí estábamos todos, apiñados alrededor de una mesa larga imposible, con platos que iban y venían y con Virtudes enseñando el anillo con el dedo estirado como si fuera E.T. pidiendo conexión interplanetaria. En la cabecera, don Prudencio ejercía de anfitrión orgulloso mientras Simón lo ponía al día de cada detalle que se había perdido en la empresa desde su jubilación, dramatizando lo justo para arrancarle carcajadas.

Álex estaba frente a mí, con Martín a su lado, y más allá Fernando y Luis comentando entre risas los últimos cotilleos de la obra de Valencia.

Yo todavía estaba procesando que el hombre encantador que acababa de prometerle media vida juntos a la secretaria de dirección fuera, además, el padre de Martín.

—Tía, qué ciegas hemos estado —me susurró Victoria, inclinándose hacia mí—. Si son iguales. Mira, mira…

—Calla. Ya he tenido suficiente revelación genética para un siglo. Ahora necesito recuperar mi vida. Y un par de años de amnesia selectiva para olvidar todas las tonterías que me has hecho hacer.

—¿Yo? ¡Qué barbaridad! —dijo riéndose—. Pero míralos bien. Tienen los mismos ojos, la misma nariz… ¿Te imaginas a don Prudencio de joven? Bueno, ahora ya sabes cómo será Martín de mayor…

—¿Y yo para qué querría saber eso? No respondas —le pedí, sintiendo la mirada de Martín sin necesidad de girar la cabeza.

La celebración avanzaba con conversaciones cruzadas, parones para decir «patata» e inmortalizarnos todos juntos en un día un tanto peculiar, risas, bromas y brindis. Era como si todos hubiéramos firmado un contrato invisible, comprometiéndonos a olvidar lo sucedido en la empresa. Todo, menos la falsa pedida de Virtudes con don Prudencio.

—Valentina, tienes que ver cómo quedó la piscina cubierta del chalet de Paredes —me dijo Fernando, gesticulando de manera exagerada.

—¿Se resolvió el problema del pilar…? —Luis se unió a la conversación. Conversación que dejé de prestar atención.

Yo asentía, sonreía, hacía comentarios inteligentes sobre el hormigón armado, hablaba de cotas y de cómo integré un espacio abierto, burlando pilares, sin que se notara que en realidad estaba repasando mentalmente las últimas dos semanas, intentando localizar el punto exacto en el que dos adultos, aparentemente racionales, decidieron convertir un malentendido en una historia tan absurda.

Y, de paso, espiando a Martín, que me observaba, en silencio, de manera descarada.

—¿Vas al baño? —preguntó Victoria cuando me levanté.

—Sí. Vengo ya.

—¿Te acompaño?

—Pídeme café, porfi. Solo. Doble. Que me traigan dos —dije rápido.

Me escabullí entre sillas y platos y llegué sin aliento al pasillo estrecho que llevaba al baño. Entré, cerré la puerta, dejé las manos en el lavabo y me miré en el espejo.

—Tú puedes, Val —animé a mi reflejo, que no parecía muy convencido.

Abrí el grifo y me mojé las manos.

Necesitaba agua. Agua fría. Muy fría.

Me pasé los dedos por la nuca sin dejar de mirarme en el espejo.

—Es solo Martín, Val —murmuré—. No es un huracán de categoría cinco.

Claro que no era un huracán. Era peor.

Porque cuando me miraba creyendo que no me daba cuenta, lo hacía como si estuviera calculando algo. No era descarado. No era evidente. Pero yo lo notaba.

Ese segundo de más que sostenía la mirada. Cómo se le tensaba la mandíbula cuando yo decía algo que no esperaba. Y cómo se quedaba quieto cuando me reía, como si mi risa tuviera un poder paralizante que solo le afectaba a él.

Y a mí todo eso me calentaba la piel.

Ejem…

Me apoyé en el lavabo. Me miré a los ojos e inspiré hondo.

—No lo mires. Es sencillo. Dejas de mirarlo y asunto resuelto.

Porque cuando lo pillaba mirándome, el pulso se me disparaba como si me hubieran soltado en una montaña rusa sin cinturón y sin vagón. Mi estómago se creía que estábamos en caída libre. Y así, solo iba a conseguir que se me cortara la digestión.

—Perfecto, no lo miro. ¿También me meto papel higiénico en las orejas? —me pregunté de nuevo.

Porque cuando hablaba… Madre mía, cuando hablaba.

Nunca levantaba la voz. Solía bajar medio tono y, aun así, era como si todo el restaurante se callara solo para escucharlo. Y yo también. Aunque estuviera pidiendo más pan.

Me mojé otra vez la nuca.

—Ridícula —me dije—. Te pones nerviosa por un hombre que montó un drama porque vio un colgante y creyó que ibas a

convertirte en su madrastra.

¡Madre mía! Debería ser ilegal tener un hijastro de esas características…

Sabía que tenía que volver a la mesa con todos. Todos. Pero antes tenía que convencerme de que no iba a dejar que me afectara la presencia de Martín.

Llamaron dos veces a la puerta.

—¡Ya va! —grité.

Volvieron a llamar.

—¡Que ya va!

Abrí la puerta dispuesta a decirle a quien fuera que si tenía una urgencia vital existían otras zonas para aliviarse.

Y me encontré a Martín.

—¿Huyes de alguien? —preguntó, apoyado en la pared como si aquello fuera costumbre.

—De mí —susurré sin pensar.

Intenté cerrar, pero puso la mano en la puerta.

—Necesitamos hablar.

Ahí estaba otra vez. El modo en el que pedía las cosas.

Sentí cómo se me despresurizaba el corazón, y los pulmones. Todo mi cuerpo cayó a sus pies sin moverme del sitio.

—No. Lo que yo necesito es terapia para superar el trauma que me ha creado hacer el ridículo en público.

Me miró un segundo, serio, aunque vi cómo se esforzaba por no sonreír.

—¿Por qué pensaste que yo te había regalado ese colgante? —me soltó.

Parpadeé.

—Nunca lo pensé —le dije como si todo se lo hubiera inventado él—. ¿Por qué lo pensaste tú?

Por cómo gesticuló, esa respuesta no se la esperaba.

—¿Cómo voy a pensar que te lo regalé yo? —me preguntó, aguantando la risa—. ¿No ves que eso no tiene sentido?

Pues yo le veía todo el sentido del mundo, lo que no le veía por ninguna parte era la gracia.

—¿Pero de qué hablas?

—Empecemos de nuevo porque esto se nos va de las manos —me pidió, rozándome con los dedos cerca de la muñeca.

—No entiendo. Nunca entiendo nuestras conversaciones —me quejé.

—Necesitamos hablar, repito.

—Hablemos.

Me crucé de brazos y me quedé frente a él, fingiendo que no me afectaba su presencia, esperando que hablara.

—No era el lugar que tenía en mente, pero me sirve —dijo, mirando a las paredes del baño. Entró conmigo y cerró—. ¿Por qué pensaste que el colgante te lo había regalado yo? Y antes de que continúes, te aclaro que pensé o sospeché que tenías algo con mi padre, ya sabes: «don Prudencio», porque yo mismo lo compré. Yo fui a la joyería. Yo escribí la nota. Y luego te lo vi a ti.

—¿Ves? Tú mismo te contradices, Martín.

Era evidente.

—Fue un encargo. Quiero que entiendas la diferencia entre… Da igual. Aclarado el lío, hecho el ridículo y superado el trauma, quiero que vayamos a tomar una copa lejos de aquí. Alejados de miradas indiscretas y que pongamos todas las cartas sobre la mesa.

—Un segundo. No es por cortarte el rollo, pero no he venido al baño a echarme una cabezadita ni a firmar un tratado de paz. Necesito… —Señalé a mi espalda, intentando que no me diera un ataque de ansiedad por lo que acababa de proponerme—. Necesito hacer algo, así que tendrás que salir… Ya sabes.

—No, no sé. Contigo nunca sé, Val.

Ahí estaba otra vez. El modo en el que pronunciaba mi diminutivo, su mirada. Mi cuerpo haciendo cosas no autorizadas, que hasta hacía dos horas no respondía así cuando estábamos tan cerca.

O sí, pero yo no quería verlo.

—Tengo que irme —le dije mientras abría la puerta y el murmullo del restaurante me golpeaba de lleno. Me despedí moviendo los dedos.

Todo muy adulto.

Todo mentira.

Regresé a la mesa justo cuando don Prudencio, enseñando dientes, volvía de pagar la cuenta, sacudiéndose la chaqueta como si acabara de comprarse un apartamento en Torrevieja. Fernando proponía continuar la celebración en un *pub* de la playa de San Juan mientras posaba con Luis para hacerse un *selfie*.

Virtudes sonreía radiante, agarrada al brazo de su prometido, admirando en silencio su anillo.

Y Martín. Martín todavía no había aparecido.

—Te espero fuera —le dije a Victoria, ya con el bolso en la mano y la chaqueta medio puesta, esquivando camareros con bandejas, como si estuviera en un circuito de fórmula 1.

—¿Ha pasado algo? —preguntó con el ceño fruncido, mirando al fondo del bar.

Yo continué hacia la salida, empujé la puerta y esperé al resto en la calle. Necesitaba aire fresco. Limpio. Sin notas cítricas amaderadas… que me centrifugaban el cerebro.

Cuando ya estábamos todos, comenzaron las despedidas con besos y abrazos efusivos como si no nos viéramos a diario. La feliz pareja se marchó cogida de la mano, don Prudencio diciendo adiós y Virtudes mirando su anillo como si fuera lo único que importara.

—Ahora es cuando empieza la fiesta de verdad —gritó Luis, subiendo la voz en cuanto la parejita dobló la esquina.

Todos reímos por cómo lo dijo, una mezcla entre conspiración y ganas de lío.

—Nos vamos al Texaco —dijo Álex, convencido de que no iba a pisar su casa hasta que amaneciera—. Paso de encerrarme en casa a las cinco de la tarde.

—Nos apuntamos —añadió Victoria, levantando nuestras manos.

—Ni de coña —le susurré, girándome hacia ella para que los demás no me escucharan.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga? —Me agarró por los hombros y me zarandeó un par de veces.

—Paso de ir con ellos —insistí, aunque ya sabía que no iba a servir de mucho.

Y, como ya imaginaba, le dio igual. Porque media hora más tarde estábamos bailando con una copa en la mano una canción chorra, rodeadas de gente feliz, y riendo de las tonterías que decíamos y hacíamos.

Al principio, iba un poco a mi rollo, alejada del grupo. La presencia de Martín ocupaba todos los rincones del *pub*, aunque no lo viera, ahí estaba. Nuestra conversación surrealista en el baño, su propuesta y mi huida seguían presentes como si fueran notificaciones del móvil.

En cinco minutillos, me relajé y activé el modo fiesta.

Tres copas después, Victoria y yo acabamos en el baño.

—¿Sabes?, Alex y yo pensamos que Martín y tú hacéis muy buena pareja —soltó, mientras se pintaba los labios.

—¿Y se puede saber por qué perdéis el tiempo en esas tonterías? —respondí sin girarme, concentrada en que la coleta me quedara recta.

—Val, mírame. —Sin que me lo esperara, me tocó la barbilla obligándome a levantar la cabeza—. Niégame que sientes algo por él.

—Qué tonta eres —murmuré, apartándole la mano despacio, y fingiendo que no me ardía la cara.

—¡Joder! Me he dejado el móvil en la barra —soltó de repente, abriendo la puerta de golpe y saliendo sin mirar atrás.

Me quedé sola acabando de peinarme. Cuando iba a salir, tocaron a la puerta.

—Un segundo —dije, justo cuando iba a pintarme los labios.

Volvieron a tocar, esa vez, más fuerte.

—¡Joder! ¡Qué poca paciencia!

Abrí.

Martín estaba plantado frente a la puerta, con la camisa por fuera y los primeros botones desabrochados.

—¿Otra vez tú? Esto empieza a ser una costumbre un tanto extraña —le dije mientras intentaba salir, pero su mano me cortó el paso.

Sus dedos se cerraron en mi muñeca a cámara lenta y una descarga rápida me subió por el brazo hasta la nuca. El resto de la piel me ardió de pronto.

¿Qué acababa de pasar?

—Te dije que quería hablar… —me dijo, inclinado lo justo para que su voz me llegara con claridad.

—¿En el baño de chicas? —pregunté, apuntando con el dedo a la muñequita que había dibujada en la puerta.

Negó un par de veces, pasándose la lengua por los labios en un gesto inocente. Bueno, no sería tan inocente, porque a mí se me aceleró el pulso.

—No hay dos sin tres —respondió con media sonrisa como si yo supiera a qué se refería.

—¿De qué hablas? ¡Joder, Martín! Te juro que cada vez te entiendo menos.

—Decía que era la tercera vez que nos encontrábamos en un baño… —añadió, acercándose un poco, comiéndose mi espacio.

—Querrás decir dos.

—Tres.

Ahí estábamos los dos discutiendo como idiotas, frente a un lavabo, mientras alguien reía al otro lado de la puerta.

—Dos. Bueno, si cuentas la del chalet del hermano de Álex… Sí, tienes razón, tres —le dije, asintiendo con la cabeza y apretando los labios.

—Entonces retiro lo dicho, porque si contamos esa, son cuatro.

—Sí, ochenta —solté de pronto entre risas—. Quien te escuche, pensará que soy la empleada que espera a que entréis para daros un trocito de papel higiénico y no gastéis de más.

Martín soltó una carcajada. Yo miré cómo se le achinaban los ojos, cómo levantaba la cabeza y se le movía la nuez. Y pensé que nunca lo había visto feo.

Se pasó la mano por el pelo y de golpe se quedó serio.

—¿No recuerdas la noche de la fiesta? —preguntó, bajando el tono, bien pegado a mi mejilla.

Fruncí el ceño. Levanté la vista y me encontré con sus ojos negros que brillaban más de lo normal.

Y entonces llegó.

Un recuerdo que hasta ese momento no existía en mi cabeza.

…Unos golpes en la puerta de un baño. Música muy alta. Calor. Risas exageradas. Algunas copas de más… y Martín al otro lado.

Yo estaba apoyada en el lavabo, intentando pintarme los labios sin acabar pareciendo un cuadro cubista, cuando alguien empezó a aporrear la puerta como si hubiera una evacuación nuclear.

—*¡Ya va!* —grité, harta.

Más golpes y alguien quejándose al otro lado.

—*Que te den* —susurré, mirándome en el espejo a punto de pintarme.

Comprobé que iba hecha un Cristo. El rímel corrido, despeinada y el top torcido. Si me arreglaba, la pesada del otro lado iba a tirarme la puerta abajo y mis reflejos a esas horas no estaban en su mejor momento, por lo que abrí.

No era una pesada, era mi nuevo jefe.

Martín despeinado. Respirando rápido. Demasiado cerca. Yo riéndome más de la cuenta. Y…

Y me vine arriba.

—*¿Sabes que eres un pesado?* —le dije toda digna, aunque mi aspecto indicaba todo lo contrario.

Él respondió algo sobre turnos, vejigas ajenas, pero yo solo veía su boca moviéndose y pensé que podría usarla para algo más divertido que hablar. Así que hice lo que cualquier mujer sensata con algunas copitas encima haría. Me quité un zapato y lo apunté con el tacón.

—*Me estaba pintando los labios* —le solté y luego le puse morritos.

Él rio y se acercó más de la cuenta. Me aconsejó que cambiara de marca y yo me ofendí.

Y, poniendo en práctica mi talento dramático, saqué el pintalabios del bolsillo, me acerqué a su cara como si fuera un espejo y, con el pulso bailando al ritmo de la música que sonaba de fondo, me pinté. Me entró la risa y…

Le agarré la mano, se la giré y le planté un beso rojo en el centro.

—*Ahora sí se ve bien, ¿no?* —le pregunté, guiñándole un ojo—. *Entonces no debería cambiar de marca. ¿Estamos de acuerdo?*

Me miró como si acabara de darle un mordisco. Dijo algo de ligar…

Volví al presente con el pulso acelerado.

—¿Eras tú? —Tragué saliva, sintiendo cómo me empezaba a faltar el aire—. No puede ser.

—Era yo… —respondió sin apartar los ojos de los míos.

Se acercó un paso. Yo retrocedí otro hasta que choqué con la pared fría de azulejos.

—¿Ya lo has recordado? —me susurró tan cerca que pensé que iba a besarme— ¿Podrías volver a hacerlo?

Parpadeé. Respiré hondo. Error. Porque cuanto más aire entraba, más lo olía a él.

—Estás fatal —susurré, aunque no tenía claro si se lo decía a él o a mí.

Notaba su respiración cerca. La mía iba a trompicones, como si acabara de trepar por una cucaña con tacones de aguja y arriba, sentado, me esperara Martín. Me temblaban las manos y, para disimular, abrí el bolso y saqué el pintalabios.

Me tomé mi tempo para abrirlo. Martín permanecía en el mismo sitio. Solo miraba mis dedos. Atento. Demasiado.

Me apoyé un segundo en el lavabo, fingiendo tranquilidad mientras me repasaba los labios frente al espejo. Los dos mirábamos la barra deslizándose despacio, él no sé qué estaría pensando, yo intentaba no perder la cabeza.

—Listo —dije, frotándome los labios agarrada al lavabo.

Él alargó el brazo, mostrándome la palma de su mano. La dejó suspendida entre nosotros, esperando.

Yo bajé la vista, luego miré su boca. Se me escapó una risita.

—Ni de coña —le dije.

—Vaya, qué decepción… —respondió bajito sin cerrar la mano.

Dejé las manos en sus hombros, me puse de puntillas y le besé cerca de los labios.

Un besito rápido. Que me dejó el corazón desbocado y una sonrisa de idiota difícil de disimular.

—Lo siento, nunca se me dio bien la asignatura de Anatomía. Me confundo con las partes del cuerpo.

Abrí la puerta antes de que mi cerebro decidiera hacer una locura mayor. Atravesé el hueco, di dos pasos y me giré rápido.

—Por cierto —dije entre risas—. Te hice caso y cambié de marca. Este es permanente.

Y me fui antes de que Martín pudiera contestar.

Sabiendo que besar a mi jefe había sido una pésima idea, y que no pensaba arrepentirme.

CAPÍTULO 14

MARTÍN

El jueves, a las ocho menos diez, la oficina estaba en silencio. Mi cabeza, no.

Simón ya estaba en recepción, como si hubiera nacido detrás de ese mostrador.

—Buenos días, señor González —canturreó con una energía sospechosa.

—Buenos días, Simón.

Me sostuvo la mirada medio segundo más de lo habitual. Sonrió y me guiñó un ojo. Luego bajó la cabeza.

Algo sabía.

Agradecí subir solo en el ascensor para no tener que interactuar con nadie. Entré en mi despacho, dejé la chaqueta sobre la silla y me quedé de pie un instante, mirando el ventanal como si fuera a darme algunas de las respuestas que necesitaba. Porque el recuerdo de la noche anterior no me dejaba pensar en nada más.

La puerta de un baño abriéndose. Una risa contagiosa que se me clavaba en el pecho. Un inocente: «este es permanente», dicho con esa tranquilidad insultante.

—Martín, quién te ha visto y quién te ve… —dije en voz alta, con los dedos rozándome cerca de la boca, donde todavía parecía sentir sus labios.

Estuve más de diez minutos frotando en la ducha para que desapareciera la marca del pintalabios.

Sonreí como un idiota. No podía negar que estaba feliz porque todo se había aclarado. Nunca fue la chica de mi padre. Ningún hombre ocupaba su corazón. Y el colgante dejó de ser un problema.

Por suerte para mí, todo quedó en un malentendido ridículo… y en una mujer que me había besado dos veces, aunque no fuera en la boca.

Y lo peor de todo era que quería repetirlo.

Inspiré despacio.

No me planteaba nada serio. Odiaba las etiquetas. Tampoco pretendía organizar esa noche una cena con velas. Solo quería tiempo para nosotros, sin público. Sin malentendidos. A poder ser, sin baños de por medio.

Simplemente, quería conocerla.

No mirarla a escondidas por los pasillos, fingiendo profesionalidad mientras se me tensaba la mandíbula. O poder mirarla abiertamente.

Encendí el ordenador y vi que tenía un correo nuevo marcado como urgente. Cuando estaba intentando concentrarme, la puerta se abrió sin previo aviso.

Álex entró como un vendaval, con las gafas de sol puestas, la camisa arrugada y fuera del pantalón, como si hubiera sobrevivido a un festival de música alternativa en mitad del desierto.

—Necesito un trasplante de cafeína —dijo, dejándose caer en la silla frente a mí como si aquello fuera su dormitorio.

Lo observé un segundo.

—¿No has pasado por casa o has viajado en el tiempo y vienes de 1997?

Se quitó las gafas mientras resoplaba.

—Dormir está sobrevalorado.

—Tus ojos no opinan lo mismo.

Sonrió. Se inclinó hacia delante apoyando los codos en las rodillas y me miró.

—¿Qué pasó ayer con Valentina?

No levanté la vista del portátil y fingí no haber escuchado su pregunta.

—Buenos días para ti también —le dije sin mover una pestaña.

—No me cambies de tema.

—¿Qué tema?

Me hice el tonto todo lo que pude. Él se recostó en la silla, estudiándome con una paciencia que no le conocía.

—El tema del baño… El del momento «algo ha pasado y nadie me lo está contando». Puedes empezar por el que más rabia te dé. Soy todo oídos.

Lo miré por fin.

—¿Qué sabes? —pregunté, apoyándome en el respaldo de mi sillón con los codos sobre los apoyabrazos y mirándolo a los ojos.

—Nada concreto. Solo que ella salió con una sonrisa que no llevaba al llegar al Texaco. Y tú tardaste solo diez segundos más en salir del mismo sitio —explicó, aguantando las ganas de reírse en mi cara—, y sonreías como un gilipollas.

Me quedé callado. Álex arqueó una ceja.

—Hazte un favor y deja de beber; distorsionas la realidad —le pedí, recolocándome en el asiento, concentrado en la pantalla apagada del ordenador.

—Y tú deja de ocultarme cosas. Además, esa cara lo confirma. —Me señaló con el dedo.

—No confirma nada. —Noté cómo se me subía un poco la comisura de la boca y, como me negaba a que lo descubriera, me pasé la mano por la perilla.

—Martín, te conozco desde que te enamoraste por primera vez, con tres años, de la profesora de Música, y te pasabas el día tocando la armónica, persiguiéndola.

—Eso es mentira.

—Mi madre tiene vídeos de los festivales de Navidad… Ahí lo dejo.

Suspiré y cerré el portátil.

—No ha pasado nada.

—Perfecto. Entonces no te importará explicarme por qué llevas cinco minutos mirando al infinito con cara de «he vivido cosas que no entiendo, pero que quiero repetir» y acariciándote las mejillas. Si hasta tienes la piel irritada.

Me incliné hacia atrás en el sillón.

—No hay nada que tenga que contarte —dije al fin.

—Genial. Entonces puedo irme tranquilo sabiendo que no estás pensando en besarla.

No respondí.

Se levantó despacio, se acercó a la mesa y apoyó las manos sobre ella para analizarme de cerca.

—Eres idiota. Vete a trabajar, anda —le pedí, señalando con el dedo la puerta.

—¿Lo ves? No estás enfadado. He llegado media hora tarde. Con resaca y la misma ropa de ayer. Y no me has gritado. A ti lo único que te pasa es que te gusta y no sabes cómo gestionarlo.

—Frena el análisis psicológico y ve a hacer de arquitecto.

Dio una vuelta por el despacho sin dejar de hablar y luego volvió a la mesa.

—Y como para ti todo esto es nuevo y estás oxidado, no dejas de buscar una excusa elegante para verla fuera de aquí sin que parezca que la estás invitando a una cita, porque, claro, Martín no siente ni padece. ¿Me equivoco?

Se cruzó de brazos, sonriendo como si acabaran de comunicarle que era el único acertante de la Primitiva.

Pero qué bien me conocía el maldito cabrón.

Lo miré con frialdad. Solo para que se fuera y me dejara con mis comeduras de cabeza, viviendo mi drama sin testigos.

—¿Has terminado?

—Casi.

Se giró hacia la puerta, la abrió y asomó la cabeza en dirección al puesto de Virtudes. Vacío.

Me levanté y rodeé la mesa.

—Si no te largas ahora mismo, voy a despedirte por Celestina.

—Tengo todo el tiempo del mundo —respondió, dejándose caer en la silla de mi secretaria con las piernas abiertas—. No pienso irme hasta que me digas qué está pasando.

Lo miré fijo.

—Tendrás todo el tiempo del mundo si no entras en ese ascensor antes de que te firme el finiquito.

Se levantó despacio, sin borrar la sonrisa, caminando por el pasillo.

—Si me despides, te quedarás sin una información que te será muy útil.

Lo dejé hablar.

—Soy todo oídos —le dije, para acabar cuanto antes aquel circo.

—Ahora que tu «madrastra» está en Nueva York celebrando el amor con papi —dijo con un brazo estirado y el otro pegado al pecho —, quizá deberías llevarte a alguien a la obra de Florencia. No sea que necesites que te sujeten… la agenda.

Volvió a mirarme. Me guiñó un ojo. Y yo le enseñé el dedo corazón.

—¡Joder! —solté de pronto.

Estaba claro que no tenía la cabeza dónde tenía que estar.

—Te dejo pensar. —Me sacó la lengua y entró de un salto en el ascensor.

Me quedé en silencio unos segundos.

Florencia.

Álex había dado con la respuesta. No era un genio. Pero tampoco era idiota.

Volví a mi despacho y miré el correo que tenía abierto en la pantalla desde que llegué. Habían enviado el contrato firmado. Y solicitaban una última reunión *in situ*. No era obligatorio, pero sí recomendable.

Me pasé las manos por la cara dándole una vuelta a la insinuación de Álex.

Me gustara o no, yo solo quería tiempo con ella. Tiempo real. Una excusa que no sonara a excusa.

Levanté el teléfono.

—Simón.

—Martín.

—Reúne a los directores de departamento en la sala de juntas en diez minutos.

Colgué.

Sonreí otra vez.

El destino, cuando quería, tomaba buenas decisiones.

Me quité la camisa. Abrí el armario lateral del despacho y saqué otra. Azul claro. Todavía sin estrenar.

Me lavé la cara en el baño privado. Me eché colonia. Y terminé de vestirme.

Respiré hondo, como si en lugar de ir a una reunión fueran a depilarme con cera caliente el pecho.

Bajé a la planta de Valentina. Bueno, a la sala de juntas.

Ya estaban Beltrán, Luis y Álex. Los tres con gafas de sol, recostados en sus sillas. Ninguno parecía haber visto una cama en meses.

—¿Tú ayer viniste a la comida? No te vi —le pregunté a Beltrán, que se suponía que tenía que cerrar una obra en La Manga del Mar Menor, aunque su aspecto indicara lo contrario.

—Se unió a la fiesta a las seis de la mañana —respondió Victoria, que estaba sentada al final de la mesa, con la cabeza apoyada en la mano. También con gafas de sol.

La silla de Valentina estaba vacía. La miré un segundo de más.

—Tranquilo —dijo Victoria sin levantar la vista—. Está llegando. Tuvo que ir a comprobar unas medidas o no sé qué.

No respondí. Me senté y abrí mi portátil. Sabía que todos me estaban mirando, aunque no les viera los ojos. Y cuando iba a hablar, la puerta se abrió.

Valentina.

No hizo nada especial. No llevaba puesto nada diferente. Pero el aire cambió de golpe.

Escuché risitas y murmullos. Miré a Álex, que levantó el pulgar.

—Ya me callo —susurró a Luis.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Valentina, dejando el bolso sobre la mesa.

—Nada —respondí profesional, correcto—. Toma asiento.

Se sentó.

Nuestras miradas se cruzaron medio segundo.

Noté cómo se le enrojecían las mejillas, cómo bajaba la cabeza y se sentaba junto a Victoria.

Yo sentí el corazón golpearme el pecho una vez demasiado fuerte.

—He recibido el contrato firmado de la obra en Florencia —anuncié a todos, apoyando las manos sobre la mesa.

Beltrán silbó bajo. Luis dio una palmada. Victoria sonrió. Y Álex bostezó.

—Se han hecho de rogar —dijo alguien.

—Un poco —respondí—. Pero hay una condición.

Nadie habló.

—Hay que estar el viernes a primera hora allí.

Álex levantó la mano como un alumno aplicado que sabía la respuesta, esperando a que le diera paso.

—Eso es mañana —aclaró Beltrán, por si alguno no tenía claro que estábamos a jueves.

—Voy yo —gritó Álex como si estuviera todavía de fiesta en mitad del desierto.

—No —respondí sin dudar—. Tú te quedas para supervisar las obras de aquí.

—Qué putada, siempre me pierdo todo lo divertido.

Si hubiera podido, le habría pegado una patada por debajo de la mesa, pero me pillaba un poco lejos.

Victoria se inclinó hacia delante y, con poco disimulo, miró por encima de las gafas a los chicos, se las quitó y, sin dejar de sonreír, las dejó en la mesa. Tragó saliva, se pasó las manos por el pelo y, cuando iba a gritarle que dijera lo que tuviera que decir de una maldita vez, tosió, entrelazó los dedos, apoyó los codos sobre la mesa y acercó la barbilla, mirando hacia mí:

—Yo iría encantada, pero tengo la inauguración del *spa* de Altea el sábado por la tarde y no pienso perdérmela. No es nada personal.

Miró de reojo a Valentina y, con todo el descaro, le dio un codazo.

Valentina levantó la cabeza desconcertada, como si estuviera pensando en otra cosa. Como si no estuviera escuchando a nadie. Como si estuviera en otro planeta.

Perfecto.

—Entonces —dije con calma—, Valentina. Solo quedas tú.

Según decía la frase, se me empezó a acelerar el pulso. El corazón me latía contra las costillas de un modo preocupante.

—¿Yo qué? —preguntó, parpadeando.

Victoria se tapó la boca para no reírse.

—Felicidades —murmuró—. Acabas de ganarte un viaje a Florencia con el jefazo.

Silencio.

Nos miramos.

Un segundo. Dos.

A mi derecha escuché a Álex decirle a Luis en voz baja:

—Esto estaba cantado.

No los miré.

—El vuelo sale mañana a las siete —añadí, con mi mejor tono, muy profesional—. Antes necesito que revises conmigo el dossier.

Valentina asintió.

—Claro —dijo sin mirarme, muy pegada a Victoria—. ¿Cómo que me voy a Florencia? ¿Será coña?

Escuché cómo le preguntaba y la otra se reía. En realidad, todos se reían por lo bajo, mirando a Valentina y luego a mí. Pero me dio igual.

Y en ese instante supe que Florencia no era una excusa.

Era una oportunidad. Y no pensaba desperdiciarla.

CAPÍTULO 15

VALENTINA

Ya era viernes. El viernes.

El tipo de día de la semana que debería estar asociado a un tardeo rápido por Castaños y pizza en casa, no a «vuelo a Florencia con mi jefe después de besarlo en un baño».

—Tranquilízate, Val —me dije en voz alta, sentada en los pies de la cama del hotel, con la maleta abierta en el suelo, sin creerme lo que había dentro.

Si alguien que no me conociera encontrase mi equipaje, pensaría que era de una representante de lencería fina o de una *stríper* que estaba de bolo.

—Es trabajo. Solo trabajo. Martín no va a entrar en la habitación y tampoco tiene que dar el okey a tu ropa interior. También puedes llevar los tres días las mismas bragas o, mejor, ir sin ellas.

Todavía no entendía en qué momento exacto permití que Victoria cerrara mi maleta sin mi supervisión. Porque si algo tenía claro, era que aquello tenía su sello.

En casa no sospeché nada.

Cinco minutos antes de salir hacia el aeropuerto, me abrazó, me dio un beso y me pidió que disfrutara del viaje.

—Es trabajo, Vic —le dije más para convencerme a mí misma que a ella.

—Tía, no seas tonta. ¿Qué más pruebas quieres? Esto es una escapada romántica en el idioma de Martín.

—Deja tus conspiraciones a un lado, que me voy sola y estaré comiéndome la cabeza por tu culpa. Mira. —Le enseñé una copia del

dossier que Martín dejó en recepción para que Simón me lo diera antes de marcharme el jueves y pudiera leerlo en casa.

—¿Y? Eso no quiere decir nada. Tiene que mantener el tipo. No iba a dejarte una carta de amor escondida entre las hojas del ficus. ¡Ay, qué emoción! Ya os veo en la plaza del Duomo, él arrodillado declarándose y tú haciéndome una videollamada para que no me pierda nada.

—Voy porque Virtudes está de falsa luna de miel en Nueva York y nadie de la oficina podía sustituirla. Él necesita a alguien que le lleve la agenda. Punto. No hay más.

—Bueno, da igual. Tú pásatelo genial y déjate llevar. —Me abrazó fuerte, me dio otro beso y salió del piso como si hubiera activado una bomba.

Ahí debí abrir la maleta y revisar qué había dentro.

Todavía no sabía por qué había aceptado ir con Martín.

Desde lo del beso en el baño yo no pensaba con claridad ni cinco segundos seguidos. Tendría que haber pedido la baja por alucinación sentimental.

El vuelo había sido sospechosamente profesional. Martín repasando el informe como si nos fuéramos a examinar de la EBAU y haciendo repetir en voz alta todos los apartados. Uno por uno.

—Recuerda los puntos de la fachada ventilada, las proporciones del alzado principal y muy importante, no dejar para el final lo de las soluciones de la iluminación indirecta para no competir con el entorno histórico.

Y me lo decía a mí como si fuera yo la que tuviera que hacer la presentación. Aunque lo agradecí. Era más fácil discutir sobre las juntas de dilatación que sobre labios imborrables.

Y consideraría que no fue suficiente el repaso, porque cuando llegamos al hotel, desapareció nada más terminar el *check-in.* Ni una mirada rara. Ni un comentario sobre el tiempo de Florencia. Solo modo empresa activado.

—Valentina, nos vemos a las seis. Voy a ajustar unos puntos.

—Perfecto, no te preocupes por nada, que ya me quedo yo aquí en la recepción peleándome con el Google translate, mientras charlo con este señor tan majo que me mira mal…

Lo vi alejarse con el móvil pegado a la oreja, tan metido en modo trabajo que por un segundo pensé que todo lo demás —el beso, las miraditas, el maldito baño— solo lo había vivido yo.

Diez minutos después, entraba en mi habitación arrastrando la maleta como si se hubiera colado Victoria dentro.

—Ya estamos en el hotel. Voy a ducharme, que por la tarde es la reunión. Luego te cuento —le envié un audio a Victoria para informarle de que había sobrevivido al vuelo y que se quedara tranquila.

Al abrí la maleta para colgar la ropa y coger el neceser, los vi.

Cuatro cajas de preservativos perfectamente alineadas y, al lado, el conjunto de encaje rojo que parecía haber salido directamente de TikTok, de aquel vídeo viral; el que tanto le había gustado a la traidora de mi amiga.

—Te mato, Victoria —murmuré, cerrando los ojos un segundo.

No me dio tiempo a revisar qué más había escondido en la maleta, porque tocaron a la puerta.

Mi corazón decidió hacer parkour dentro del pecho. Y mi cerebro se fue a preparar un gin-tonic.

Me pasé las manos por el pelo, me recoloqué el jersey y abrí.

Y allí estaba él.

Martín vestido en modo turista.

Polo de Lacoste blanco nuclear, vaqueros oscuros y una sonrisa que nunca antes le había visto y que me desordenó las ideas. Más.

—¿Puedo pasar? —preguntó, apoyándose en el marco.

No respondí. Porque estaba ocupada mirando lo bien que le quedaba ese maldito polo, con los botoncitos abiertos.

Él frunció el ceño, levantó una mano y me pasó los dedos por delante de la cara.

—Val… ¿Sigues en el avión?

—¿Eh? Sí. Claro. Pasa. Esto es… tuyo. No tuyo. El hotel. Pasa. Entra —dije, apartándome tarde y mal.

Me había llamado «Val».

Entró y, justo cuando cerraba la puerta, noté que su mirada bajaba al suelo. Seguí la dirección y vi las cajas y el conjunto rojo extendidos como una declaración pública de intenciones de la que yo no formaba parte.

Apretó los labios, aguantando la risa.

Yo entré en pánico.

Empecé a caminar hacia atrás para tapar la maleta abierta. No tenía demasiadas opciones. Doce kilos de equipaje no se pueden empujar con un pie sin partirte el menisco—al menos yo— y mientras pensaba cómo narices ocultar todo el arsenal, tropecé con él.

En un visto y no visto, sin saber cómo, caímos.

Su mano se coló en mi nuca antes de que me estampara contra el suelo y mi culo quedó atrapado dentro del hueco de la maleta como si fuera parte del equipaje. El golpe fue más torpe que doloroso y más ridículo que dramático. Y durante un segundo ninguno supo muy bien quién estaba encima de quién.

Mi respiración agitada. Su aliento cerca. Demasiado cerca. Yo apunto de volverme loca.

Nos miramos en silencio.

—¿Te has hecho daño? —preguntó al fin, reteniendo una carcajada.

Lo miré como si acabara de reaparecer en otra dimensión.

—Creo que… tomé una pastilla para el mareo y… la mezclé con alcohol —solté, sin pensar.

—¿Cuándo? En el avión solo bebiste agua.

¡Dios mío! ¡Qué observador!

—Con… colonia. La mezclé con colonia —dije, señalando el bolso—. Soy muy atrevida.

Y bastante idiota, hija.

Se le escapó una risa baja.

Me ayudó a levantarme y yo intenté desviar su atención para que no volviera a mirar al suelo. Me puse a cantar moviendo las manos por encima de mi cabeza.

Sí, a cantar como la prima lejana y desafinada de Ainhoa Arteta recién atropellada por el camión de la basura.

—Venía a preguntarte si te apetecía salir a dar una vuelta antes de la reunión —dijo, fingiendo no haber presenciado mi momento *Got Talent*—. Florencia no se construyó para verla desde una ventana.

—Vale —respondí demasiado rápido, queriendo desaparecer del universo—. Dame unos minutos.

Intentó ayudarme a ponerme en pie otra vez, pero le fue imposible porque empecé a hacer fuerza con los muslos, apretando el culo y, así poder ocultar el alijo de noche salvaje.

—¿Seguro que estás bien?

—Perfectamente —respondí cruzándome de piernas sobre la maleta y apuntando con el dedo al frente—. No necesitas que te acompañe a la puerta, ¿verdad?

—Conozco el camino… Es lo que tienen las habitaciones de seis metros cuadrados.

Cuando por fin se fue, salí de la maleta con una de las cajas de preservativos pegadas a mi culo y viendo borroso.

—Es trabajo. Solo trabajo. Y cuando vuelva a Alicante, me convertiré en una asesina porque mataré a Victoria. No hay más.

Nos encontramos en el *hall* poco después. Él esperaba en el centro, distraído, mirando la pantalla de su teléfono, como si se hubiera olvidado de que faltaba yo. Lo miré unos segundos y sonreí. Ese abrigo oscuro le quedaba perfecto.

Por suerte, el frío de la calle me despejó lo justo para recordar que aquello seguía siendo un viaje profesional, y no cometer el error de cogerlo del brazo para caminar por las calles de Florencia, creyéndome otra cosa.

—¿Te apetece un *tour* rápido antes de tomar algo?

—Hoy mandas tú.

Al escucharme, se paró de pronto en mitad de la calle. Por cómo me miró, mi frase debió parecerle de todo menos inocente. A mí me subió fuego por el pecho y, antes de que pudiera reaccionar, mis mejillas se pusieron más rojas que mi pintalabios.

Sentí cómo se me disparaba el pulso.

—Venga, vamos —dijo al fin, negando un par de veces con los labios apretados.

Solo tuvimos que caminar unos metros más para aparecer en la plaza del Duomo.

Su fachada iluminada se levantaba enorme frente a nosotros. Yo no podía dejar de mirar hacia arriba.

Martín sacó su teléfono y, sin decir nada, me hizo una foto.

Florencia de noche parecía sacada de una postal.

—¿Te gusta? —preguntó detrás de mí.

—¿Tú? —solté al darme la vuelta. Martín abrió mucho los ojos y yo los cerré—. Impresionante. La catedral, no tú. La ca-catedral. Da igual, será mejor que me calle.

¡Dios mío! Acababa de descubrir que simplemente era tonta.

Me froté las manos solo para mantenerme ocupada y no seguir desvariando y que mi jefe descubriera en menos de veinticuatro horas que tenía contratada a una demente.

Menos mal que él interpretó mi cacareo como que tenía frío y, sin decir nada, pasó el brazo por mis hombros y me acercó a él.

Me tensé un segundo. Cerré los ojos para no perder el contacto con la realidad.

—¿Prefieres mi abrigo? —preguntó.

Negué, calentándome las manos cerca de la boca.

Porque si se lo quitaba, me quedaría sin excusa para seguir pegada a él.

Entramos en una cafetería pequeña. Olía a café recién molido y a mantequilla. No había mesas; nos colocamos en la barra, junto a una pareja que hablaba sin prestarnos atención.

—*Buonasera* —saludó el camarero.

—*Buonasera, ci fa due caffè, per favore*? —dijo Martín en italiano.

Yo lo observé con una sonrisa, acababa de descubrir que me parecía muy *sexy* escucharlo hablar en otro idioma.

—*Altro? Ho dei cornetti appena fatti.*

—*No grazie, solo i caffè* —respondió Martín.

Lo observé embobada gesticular, reírse. No conocía esa faceta suya.

Y me gustó demasiado.

—¿Por qué me miras así? —preguntó de pronto.

—¡Hablas italiano! —dije emocionada.

—Me defiendo —respondió, inclinándose hacia mí y susurrando algo en italiano que no entendí, pero me erizó la piel.

Fingí que no me afectó su voz, su tono… y para fingir bien, me bebí el café como si fuera un chupito de tequila.

Martín me miró horrorizado. Yo tosí, se me llenaron los ojos de lágrimas y empecé a hacerme aire en la cara. Acababa de carbonizarme los labios, la lengua… Ardiendo estaba.

—¿Estás bien? —me preguntó, sin apartar los ojos de mi boca y de tocarme el brazo con cuidado.

Su preocupación lo único que consiguió fue que a mí se me elevara más la temperatura. Yo ya no sabía si llorar, si lanzarme a sus brazos para que me consolara en condiciones o entrar en la barra y estampar la boca en la puerta del congelador.

—*Zi, zi*… —Me ardía la lengua.

Martín pidió agua y, antes de que pudiera coger el botellín, se lo arrebaté de las manos al camarero. Me lo bebí sin respirar, casi entero, aunque lo único que quería era meterme dentro y quedarme a vivir ahí, pero ya había hecho bastante el ridículo y no lo intenté.

—Vamos a llegar tarde —dije, algo más recuperada, mirando la hora en el móvil.

—Tranquila. Han enviado un *mail* diciendo que si no había inconveniente, la reunión se aplazaba al sábado. Hoy nos han dado el día libre.

Sentí un alivio extraño… y mi suspiro se lo dejó más que claro.

Salimos de la cafetería riendo, mientras Martín no paraba de imitar la cara que puse al tragarme el café hirviendo, en cómo abrí la boca, exagerando los gestos con el botellín de agua pegado a sus labios.

Nos alejamos calle abajo todavía entre carcajadas, como si en Florencia hubiéramos dejado de ser jefe y empleada y fuéramos simplemente Martín y yo.

Estuvimos callejeando un rato hasta que llegamos a una explanada llena de puestos. Se me iluminó la cara. Yo que era de comprar todo lo inútil que había en el planeta, me paraba a cada paso. Miraba, me acercaba, y aguantaba las ganas de tocarlo todo porque no sabía si se podía. En una de esas, me giré para enseñarle a Martín un colgante y lo pillé haciéndome otra foto.

Me puse roja.

—¿No quieres comprarte nada? —preguntó.

—No hace falta, estoy así porque me encantan los mercadillos y me vuelvo loca cuando veo tanta cosita junta.

Sin decir nada, se acercó al puesto, le dijo algo a la chica y, un minuto después, apareció con dos pulseras de colores. Sin preguntar, me cogió de la muñeca y me la colocó con cuidado, rozando la piel despacio.

Yo me quedé paralizada como si en lugar de una pulserita me estuviera poniendo unos grilletes.

—No es un corazón de cinco mil euros, pero es bonita —dijo, riendo con la mirada. Yo me mordí el labio—. Ahora tú.

Me ofreció la otra.

Intenté que no se notara que me temblaban los dedos, pero fue imposible, porque cuando fui a atarla, se me resbaló y cayó al suelo.

—¿Tienes frío? —preguntó agachado cogiéndola.

—No demasiado —dije bajito, mirando cómo se levantaba.

Todo un espectáculo.

Martín apoyó la mano en mi espalda y nos apartamos de los puestos. Se guardó la pulsera en el bolsillo del abrigo, se lo quitó y lo dejó caer por mis hombros.

Según caía, su colonia, impregnada en la tela, empezó a hacer efecto. Cerré los ojos y me pasé la lengua por los labios. Solo me faltó jadear. Sentí sus dedos presionando unos segundos y luego, me pasó el brazo por el hombro.

Giré con disimulo la cabeza para que no descubriera cómo sonreía.

De camino al hotel se detuvo en un barecito y pidió dos porciones gigantes de pizza. A mí, a esas alturas, me daba igual qué ingredientes llevara, yo solo me concentraba en cómo movía los labios y en cómo sonaba su voz hablando en italiano.

—Toma, pero lleva cuidado, que está ardiendo. Mira, sale humo. —Señaló por encima de la pizza para que lo viera bien—.

Tienes que soplar. ¿Serás capaz?

—¡Qué tonto eres! —respondí entre risitas de idiota—. Lo del café ha sido algo puntual.

Entonces, empezó a soplar su porción de manera exagerada, señalando con la otra mano para que viera cómo se hacía y a mí se me escapó una carcajada. El Martín que había descubierto me gustaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Y no podía, no debía olvidarme de que era mi jefe.

Al entrar en el *hall* del hotel me miró.

—¿Una copa? —Señaló hacia el fondo, donde estaba el bar del hotel.

—¿Ahora? —pregunté como si me acabara de proponer correr desnudos por los jardines de los Pitti.

Me puse nerviosa, abrí el botellín y decidí que era buen momento para terminarme toda el agua.

—¿Prefieres leche caliente?

¿Leche caliente?

Juro que no sé qué me pasó y le escupí en la cara.

Y luego me arrepentí. Claro.

Martín, en lugar de enfadarse, empezó a pasarse las manos por el abrigo y a reírse. Y a mí me dio un ataque de risa. Otro.

—Bueno… déjame subir a cambiarme los zapatos.

—Te espero en el bar.

¡Qué facilidad para hacer el ridículo!

Subí a la habitación como si alguien me persiguiera.

Me desnudé lanzando la ropa por los aires, pasé a la ducha. Me enjaboné como si quisiera batir un récord de limpieza. El corazón cada vez me iba más acelerado.

A lo tonto, me daría un infarto y me quedaría sin tomar una copa con Martín.

Saqué de la maleta el conjunto rojo.

—No —me dije. Y lo dejé sobre la cama.

Lo cogí de nuevo y entré en el baño. De lo acelerada que iba, casi le arranco la etiqueta a mordiscos. Primero me puse la parte de abajo y, cuando me abroché el sujetador, di un par de vueltas, mirándome en el espejo.

Me quedaba demasiado bien.

Tanto que me hice una foto y se la mandé a Victoria.

Mira las cosas que me haces hacer.

Volví a ponerme la misma ropa para que, en el caso de que Martín llegara a ver aquel conjunto en algún momento de la noche, no pensara que me lo había cambiado. Vamos, que no sospechara justo lo que acababa de hacer.

Respiré hondo y bajé al bar.

Martín hablaba con alguien. Cuando me vio, levantó la mano para que me acercara.

—Valentina, te presento a Marco —dijo.

El hombre preguntó algo en italiano y Martín negó riendo. Cruzaron un par de frases más, se despidió de los dos y se marchó.

—¿Qué ha dicho? —pregunté con curiosidad.

—Nada… que tengo una mujer muy guapa.

Me puse roja hasta las orejas.

Nos sentamos en los sillones del fondo, apartados de la entrada. Todo era muy de película —o yo una peliculera, que sería lo más probable—.

En el centro del local había un señor tocando el piano, cerca de un ventanal. La iluminación era muy tenue, de esa que invita a hablar bajito para no desentonar con el ambiente.

Martín me ofreció la carta.

—Mira a ver qué te apetece… —dijo en un tono que me hizo reír—. Si quieres, pregunto si tienen Colacao.

—Calla.

Me recoloqué en el asiento. No encontraba la postura. El problema era tener a Martín tan cerca.

—Bueno… nosotros teníamos una conversación pendiente.

Me tapé la cara con la carta para ganar tiempo.

—Nosotros no. Tú —respondí, asomando la cabeza lo justo para que solo me viera los ojos.

—Pues yo.

—Tú…

—Valentina —dijo suave, me apartó la carta y me cogió la mano—. Igual la pregunta te parece estúpida o infantil, pero necesito saber si sientes algo por mí.

¡Madre mía! ¡Madre mía! Que alguien le dé al botón de pausa.

¿Qué se decía en estos casos?

Porque ya no podía sacármelo de la cabeza.

Ni el beso. Ni cómo me miraba. Ni a Martín.

CAPÍTULO 16

MARTÍN

De nuevo lunes.

Y en lugar de quedarme como cada mañana en el despacho, estaba sentado a la mesa más alejada de la puerta en La Esquina, con un café delante y Álex riéndose en toda mi cara.

Habíamos quedado allí para cambiar la rutina. O eso fue lo que le dije a Simón cuando me miró raro al verme salir a los cinco minutos de llegar.

Necesitaba empezar el día en otro sitio. Volver de Florencia y fingir que nada había pasado me parecía una mala estrategia y más aún después de la vuelta precipitada.

El café llevaba diez minutos enfriándose.

—Tío, estas cosas solo te pueden pasar a ti —dijo, aguantando las ganas de soltar una carcajada, como si no llevara cachondeándose de mí desde que me había visto llegar por la mañana—. ¿Cómo te pueden perder el equipaje?

—Un imán, un puto imán —me lamenté sin dejar de remover el café.

Ni a Álex le había contado que volví el sábado. Era mi amigo, pero era un bocas y no necesitaba que el motivo de mi regreso se convirtiera en *hashtag*. Para él y el resto de la humanidad, acababa de pisar España. Y como no llevaba la maleta, tuve que soltarle lo primero que se me pasó por la mente.

Porque mi cabeza no estaba en Alicante. Seguía en Florencia.

En Valentina.

En cómo se reía cuando algo le hacía gracia de verdad, sin filtro. En cómo movía las manos cuando contaba una anécdota. En

esa manera suya de apartar la mirada cuando se ponía nerviosa, como si el color de sus mejillas no la delatara.

—¿Vas a beberte eso o estás pensando en adoptarlo? —preguntó Álex, dejando caer las gafas de sol sobre la mesa.

—¿Has hablado con mi padre?

—¿Por qué tendría que haber hablado con él? —Frunció el ceño y me miró. Yo me tensé—. Si te preocupa que le haya ido con el cuento de que has hecho una escapadita a Florencia, puedes estar tranquilo. No sabe nada. Pero yo quiero saber, así que empieza.

—¿Llegaron los permisos de Peñíscola?

En realidad, ese lunes me importaba bien poco cualquier tema relacionado con las obras, pero tenía que hacerle ver que era el de siempre. Responsable. Controlador.

—¿Peñíscola? ¿A quién le interesa eso ahora? No me cambies de tema. Vas a contarme todo el viaje a Florencia sin dejarte ni un solo detalle —me dijo con la mano sobre la mía para que dejara de remover el café.

—¿Quieres que hablemos de trabajo? —respondí sin mirarlo—. Porque te recuerdo que fue un viaje de trabajo.

Álex soltó una carcajada corta.

—Claro. Y yo soy monje tibetano.

Lo peor era que, comparado con mi vida últimamente, no sonaba tan descabellado.

Levanté la vista y me encontré con sus ojos. Intentaba analizarme.

—No me engañas —añadió, apuntándome con el dedo—. Y menos con esa cara.

No pude evitar sonreír.

Me había pillado. Y como necesitaba compartir con alguien todo lo que me estaba pasando, me vine arriba y lo solté todo.

—Es… increíble, no puedo sacármela de la cabeza —dije al final, apoyando los codos en la mesa—. Es graciosa, torpe… tiene algo que me descoloca. Algo que no sé explicar. No es como me la imaginaba.

Álex abrió mucho los ojos.

—Hostia… al final ha pasado.

Le lancé el sobrecito de azúcar.

—Cállate o no te cuento nada.

—Venga, venga… —Se inclinó hacia delante—. Aparte de levitar por las calles de Florencia bien pegaditos… ¿Pasó algo más interesante que yo deba saber?

Resoplé.

—¡Qué idiota e insoportable te pones! —dije, negando con la cabeza sin dejar de sonreír—. El viernes por la noche, ya no aguantaba más, y fui directo a preguntarle si sentía algo por mí.

Álex se tapó la cara con las manos y empezó a reírse.

—No me jodas, Martín… ¿así? ¿Sin anestesia?

—Ya sé que suena patético —murmuré—. Será falta de práctica o que me he quedado sin filtro. —Me pasé la mano por la frente y la nuca, recordando lo mucho que había cambiado—. Ya sabes que desde Gia nadie me había interesado de verdad.

Álex dejó de reírse. Era la primera vez que nombraba a mi ex por voluntad propia sin acabar la frase acordándome de toda su familia.

—¿Tuvieron algo que ver las braguitas de encaje?

Lo miré. Me puse rojo como un puto adolescente al que habían pillado comprando condones en la máquina del baño de un *pub*.

—¿De qué hablas?

Él levantó el móvil y me enseñó una conversación con Victoria llena de emojis sospechosos.

—No eres el único que necesita un empujón —dijo, guiñando un ojo.

Quise preguntarle a qué se refería, pero, sin querer, el recuerdo volvió.

Florencia. Madrugada.

Yo, con una almohada bajo el brazo, en pijama, llamando a la puerta de la habitación de Valentina como un niño al que le asustan las tormentas.

La puerta se abrió y apareció ella medio dormida, con un antifaz en la frente y el pelo revuelto.

—¿No puedes dormir sin tu osito de peluche? —murmuró, frotándose un ojo.

Reí bajito para no despertar a medio hotel.

—Necesito asilo. —Abrió de golpe los ojos—. *Suena a excusa, pero se ha roto una tubería en el piso de arriba. Mi habitación parece una piscina olímpica. Si me dejas pasar la noche aquí, mañana te invito a hacer unos largos.*

Lo sé, como humorista no podría ganarme la vida.

Me miró un segundo y se apartó.

—Pasa antes de que se corra la voz y vengan tus vecinos de planta y organicen en una fiesta de pijamas en mi habitación.

Entré.

Las luces estaban bajas, la cama deshecha, sobre la mesilla había un libro y, en el suelo, seguía la maleta.

Nos miramos en silencio.

—No podía dormir —confesé—. *No dejaba de pensar en lo que me dijiste.*

Ella suspiró.

—Ya somos dos.

Se dejó caer en el centro de la cama cruzando las piernas.

—*Ven* —dijo, dando unos golpecitos en el colchón.

Me senté cerca de la cabecera manteniendo una distancia que no duró ni cinco segundos.

Volvimos a mirarnos. No dejaba de tocarse las manos y los dedos. Luego bajó la vista y empezó a hablar:

—*No sé qué siento exactamente* —dijo despacio—. *Solo sé que cuando pienso en ti se me encoge el estómago. Se me acelera el pulso. Y cuando te veo… hasta siento escalofríos.*

Tragué saliva.

—*Vaya.*

—*No puedo negar que he descubierto que me gusta estar contigo* —continuó—. *Cuando bajas la guardia y eres tú, desearía que no pasaran las horas. Ayer se me hizo corto.*

—*¿Pero?*

Porque sabía que había algo más que no me decía.

—*Eres mi jefe.* —Se mordió el labio y levantó la cabeza—. *Y yo… bueno… no sé.*

Apreté los puños sin darme cuenta, intentando acompasar la respiración para que no notara lo nervioso que estaba.

Alargué el brazo y le aparté un mechón de la cara. La miré como si fuera la primera vez.

Si alguien me hubiera contado semanas atrás que estaríamos en pijama, compartiendo confidencias sobre nosotros en una habitación de hotel, en Florencia, le habría aconsejado que pidiera hora con un psiquiatra.

—*Vale, no sé si está bien estar aquí contigo… en la misma cama…* —Al escucharme, levantó las cejas y apretó los labios—. *Entiéndeme…*

Frunció el ceño.

—*Explícate* —me pidió, buscándome la mirada.

Me acerqué un poco más.

—Ahora mismo solo tengo ganas de…

No terminé la frase.

Porque apenas me salía la voz. Porque cada palabra que no decía, parecía acercarnos más.

Mi frente tocó la suya y la sujeté por la nuca.

—*¿Cuánto más vas a tardar en besarme?* —susurró.

Y entonces la besé.

Sus manos subieron a mi cuello, mis dedos se perdieron entre sus mechones.

Fue un beso torpe, como si fuera la primera vez de los dos. Yo me reía entre beso y beso, porque no podía creerme que aquello estuviera pasando de verdad.

Nos separamos apenas un segundo.

—*¿Mañana te vas a arrepentir?* —murmuré contra sus labios.

—*Me arrepentiré si no pasa* —respondió.

Me quitó la camiseta del pijama rápido. Con urgencia. Yo empecé a desabrochar los botones de su pijama de raso.

—*Si esto llega a pasar media hora antes… te habrías caído de culo, como yo esta tarde dentro de la maleta, al ver el conjunto que llevaba* —dijo riendo—. *Por favor… no juzgues mis bragas de Hello Kitty.*

Reí contra su cuello.

Y el resto fue una mezcla de risas, besos y caricias torpes, intensas… como si ambos estuviéramos descubriendo algo que lleváramos semanas evitando aceptar.

Solo dos personas dejándose llevar por fin.

El sábado despertamos abrazados, piel con piel, con la luz filtrándose entre las rendijas de las contraventanas. Valentina recostada sobre mi pecho, acariciándome el hombro.

Estaba en el Paraíso.

Y supe que ya no había vuelta atrás. Y entonces llegó la maldita llamada.

—Eh, vuelve —dijo Álex, chasqueando los dedos frente a mí—. Quita esa cara de gilipollas enamorado y vamos a lo importante.

Iba a contestar cuando la puerta de La Esquina se abrió.

Victoria pasó primero, arrastrando a Valentina detrás.

—¡Tía, cuéntamelo todo! —decía mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en el respaldo de una silla—. Y no te dejes nada.

—Pero si ya lo sabes todo. Me dejaste sin memoria el WhatsApp con tanto audio y vídeo.

—¿Gastasteis todas las cajas de condones? ¿Eran pequeños? No me lo digas, me quedé corta. Ya le dije a… —Se tapó la boca, sonrió y continuó a voz en grito—: Ya sabía yo que no iban a ser suficientes.

Álex y yo nos miramos. A mí me vino a la cabeza el momento en el que entré en su habitación y vi el alijo que había dentro de la maleta. Ahí entendí lo «del empujón». Por lo visto había sido cosa de Victoria.

Valentina levantó la vista y nuestros ojos se encontraron.

En ese instante supe dos cosas:

Que todo el mundo iba a enterarse antes o después de lo que había pasado en Florencia.

Y que yo estaba completamente perdido.

CAPÍTULO 17

VALENTINA

Llegué a la puerta de Marmita Design arrastrando la maleta como si, en lugar de ropa, llevara dentro mi vida mal doblada y con la sensación de que el fin de semana se había quedado a medias, en pausa.

Victoria estaba plantada en la puerta con los brazos cruzados, mirando a todas partes y cara de madre sufridora en la madrugada. Llevábamos sin hablar desde el sábado por la mañana y, en nuestro universo, eso ya entraba en la categoría de emergencia nacional.

—Ni lo intentes —me cortó antes de que pudiera abrir la boca, avanzando hacia mí con los brazos abiertos como si fuera la única superviviente de una catástrofe aérea—. Empieza por lo importante o te bloqueo ya.

—Buenos días, Victoria. ¿Qué tal tu vida? ¿Has regado las plantas?

—Valentina. —Me apuntó con el dedo índice entre las cejas—. No sé nada de ti desde el sábado. Llegas a tardar media hora más y habría empapelado el barrio con tu foto y hasta se la habría enviado a la Interpol.

Le di un beso en la mejilla mientras ella me olisqueaba, como si fuera un pastor alemán buscando drogas.

—Eres muy exagerada.

—Y tú muy lenta. Te fuiste hace meses… te he echado un huevo de menos.

No pude evitar sonreír, cuando se ponía en modo drama, era muy graciosa.

Se colgó de mi brazo y empezamos a caminar hacia La Esquina.

—Necesito café ya. Y una ducha.

—El café te lo puedes tomar en cuanto entremos —me aseguró, levantando la barbilla—. La ducha tendrá que esperar, además, no hueles mal. Yo tengo toda la vida para ti, ¿lo sabes? He dejado todo a medias para recibirte. Y no me pienso mover de aquí hasta que me cuentes lo que necesito escuchar por tu boca. ¿Cómo la tiene…? Ya sabes.

—No pienso hablar de eso.

Frunció el ceño y puso su cara de drama profundo para darme pena. Yo me reí, porque cuanto más intensa se ponía, más ganas de callarme me entraban.

—¿A ti qué te pasa? Llevo sin dormir desde el viernes con el móvil en la mano —me reprochó, empujando la puerta del bar.

—Tú vives con el móvil pegado en la frente. —Intentó hacer un puchero, pero giré la cabeza para que no me viera sonreír—. ¿Te estás escuchando? Estás fatal. Para tu cumple te voy a regalar un bono de mil sesiones en el psicólogo.

—Prefiero un vibrador multivelocidades porque, a este paso… ¡Madre mía! Qué hambre estoy pasando por tu culpa. Todo el día pendiente de tus movimientos. Así, como comprenderás, una no tiene tiempo para sus necesidades. Ya sabes…

—Tomo nota —respondí apoyada en la puerta—. Pido el café, dejo el contrato en la oficina y me voy a casa a ducharme y a tumbarme un rato. Te prometo que luego te cuento.

—¿Cómo que luego? —Se detuvo en seco, soltó la puerta y me cogió de la barbilla para que la mirara—. ¿Has quedado? ¿No has tenido suficiente con tu finde romántico en Florencia?

—Querrás decir «finde solitario de trabajo».

Se quedó quieta. Miró la maleta. Luego a mí. Y entonces algo en su cabeza debió hacer clic.

—Espera. Has vuelto sola. Nadie ha bajado del taxi contigo. Has arrastrado tú sola la maleta. —La señaló con el dedo,

mirándome a mí con el ceño fruncido—. ¿Qué ha pasado?

Resoplé.

—Es lo que llevo intentando decirte desde que nos hemos visto. Martín se volvió el sábado por la mañana. Yo me quedé porque no se podía anular la reunión con el cliente.

—¿Y por qué yo no sabía esto?

—Porque como no me quedaba batería, no me dio tiempo a hacer una nota de prensa…

Entramos en el bar, ella se adelantó y eligió una mesa diferente pegada a la pared. Yo dejé la maleta al lado y me senté.

—¡Tía, cuéntamelo todo! —me dijo mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en el respaldo de su silla—. Y no te dejes nada.

—Pero si ya lo sabes todo. Me dejaste el WhatsApp sin memoria con tanto audio y vídeo.

—¿Gastasteis todas las cajas de condones? ¿Eran pequeños? No me lo digas, me quedé corta. Ya le dije a… —Se tapó la boca, sonrió y continuó a voz en grito—: Ya sabía yo que no iban a ser suficientes.

—Vic, baja la voz.

Giré la cabeza y, entonces, lo vi. Ahí, sentado, con Álex.

Nuestros ojos se encontraron y el corazón me dio un salto.

Victoria entrecerró los ojos.

—¿Por qué él está ahí dentro con Álex y tú aquí conmigo? ¿Os habéis enfadado?

—Luego te cuento —repetí, esa vez sin mirarla.

—¿Sabes decir algo distinto a «luego te cuento»? —me preguntó, apretándome la muñeca.

Los dos se levantaron.

Primero llegó Álex hablando demasiado alto —era la versión masculina de Victoria—. Martín iba detrás.

Y mi corazón decidió que ese era un buen momento para dejar claro que tenía iniciativa propia.

Victoria me estaba diciendo algo. Lo sabía por cómo gesticulaba. Pero mi atención estaba en otra parte. En él. En cómo se quedó quieto un segundo al verme. En cómo evitó sonreír. Yo no pude evitar pensar a qué sabían sus besos. A qué olía su piel…

Porque desde el viernes todo había cambiado.

— *Bentornata, bella. Tutto bene nella città dell'amore?* —saludó Álex.

—¿Eres imbécil? Fuimos a Florencia, no a París —le susurró Martín lo suficientemente alto para que lo escuchara.

—Buenos días. Todo bien —respondí rápido, sin mirarlo, porque mis ojos seguían en Martín.

Victoria me dio un codazo disimulado.

—Cierra la boca, anda, que te cae la baba —me susurró Victoria, con los dedos rozándome la barbilla.

Martín se detuvo frente a mí.

Nos miramos en silencio. Demasiado tiempo para no poder tocarnos.

A mí me costaba tragar. Él se mordía el labio.

—¿Se solucionó lo de tu hermano? —pregunté antes de que mi cerebro decidiera ponerse creativo.

Álex frunció el ceño, miró de reojo a Martín, luego a mí.

—Sí. Luego te cuento. ¿Llevas los contratos firmados?

Profesional. Distante. Correcto.

—En el bolso. —Señalé a la silla—. Iba a dejarlos en la oficina, pero Victoria me ha secuestrado antes de poder entrar.

—Perfecto. Luego nos vemos en mi despacho.

Y se fueron.

Victoria, por una vez en su vida, tuvo prudencia y esperó a que la puerta se cerrara para ponerse a dar voces.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó, apuntándome con la cucharilla a la cara—. ¿Y, por qué te dejó sola allí?

—El sábado por la mañana alguien lo llamó. No me enteré muy bien porque acabábamos de despertarnos.

Victoria soltó la taza, que cayó contra el plato.

—¿Nos?

La miré, apretando los labios.

—Sí, nos, porque estábamos juntos.

—¡Haber empezado por ahí!

—Baja la voz, joder. Martín se fue y por error se llevó mi cargador. No me quedaba casi batería. Tenía que arreglarme, ir a la reunión con el cliente y ver si había un vuelo por la noche para cambiar la vuelta. Si te hubiera llamado, se me habría apagado el teléfono y lo necesitaba para el domingo. Al menos sabías que volvía hoy.

—¿Se llevó tu cargador? ¿Cuántas cosas compartes con él que yo no sé?

—Sin querer. Creo.

Victoria me observaba como si estuviera reconstruyendo una escena del crimen.

—¿Y por qué se volvió antes?

—Ya te lo he dicho. Lo llamaron. Algo le pasó a su hermano. Parecía urgente. Y como don Prudencio sigue en Nueva York, al único que pudieron localizar fue a Martín.

Me cogió de la mano.

—¿A quién dices que le pasó algo?

—Al hermano —contesté rápido—. Colgó enseguida. Solo escuché cómo una mujer le decía algo de su hermano. Parecía preocupada y él estaba serio.

Victoria no soltó mi mano.

—Val… don Prudencio no tiene más hijos.

Sentí que el café se me hacía un bloque en el estómago.

—Igual es por parte de madre. Yo qué sé. No empieces a montarte películas ni a hacerme partícipe de tus locuras.

Victoria inclinó la cabeza.

—¿Y si no lo escuchaste bien y dijo ex?

—¿Te estás escuchando?

Suspiró.

—Su ex vive en Florencia. Y, según Álex, estaba muy enganchado.

Miré la puerta por la que acababa de salir Martín.

No dije nada. Porque, de repente, la explicación que me había repetido durante todo el vuelo empezó a tener demasiadas grietas.

—Victoria, suelta lo que sea que estés pensando —le pedí al ver cómo entornaba los ojos y movía los labios.

No dijo nada, cogió su teléfono y tecleó algo.

—Algo no me cuadra. Lo siento, de verdad. Me encantaría decirte otra cosa, pero es lo que hay.

—¿Por qué no te cuadra? ¿Qué sabes que no me has contado?

Ahí estaba. La duda que había sembrado ya había empezado a dar sus frutos.

—Prométeme que no te vas a enfadar —me pidió con su mano sobre la mía.

—¡Victoria! ¿Qué has hecho?

—Dame un par de minutos —contestó, comprobando algo en su móvil o escribiéndose con alguien, porque le quité el teléfono para que me prestara atención y tenía el WhatsApp abierto—. Te juro que luego dejaré que me mates, o me suicido yo. Lo que menos rabia te dé.

No le contesté, cogió su móvil y marcó un número, se pegó el teléfono en la oreja mientras caminaba hacia la barra. Me hizo un gesto con la mano, que interpreté como que recogiera mis cosas porque nos íbamos.

—¿Estás seguro? ¿Y qué excusa te ha puesto para decirte que no hacía falta? —hablaba acelerada.

Sin colgar, dejó las vueltas en la barra y salimos.

Intentaba averiguar con quién hablaba, pero no dejaba de dar vueltas por la calle. Ya había activado mi modo paranoia, con lo tranquila y feliz que había vuelto yo. Desde que aterricé, lo único que me importaba era encontrarme a solas con Martín y continuar donde lo habíamos dejado. En Alicante, claro. No íbamos a volver a Florencia, aunque habría estado genial.

—Listo —me dijo, guardándose el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—¿Listo? ¡Ah! Que ya se me olvidaba, ¿por qué no tendría que enfadarme?

—¿Qué prefieres primero, la buena o la mala noticia?

—Victoria, estoy harta. Apenas he dormido en las últimas cuarenta y ocho horas y, antes de que sueltes la coña, no, no ha sido porque estaba follando como una enferma —me quejé muy enfadada.

Me cogió de la mano y caminamos hasta la oficina.

—¡Oh! La hija pródiga ha vuelto —dijo Simón, que sonreía como si le hubieran puesto dos pinzas en los labios.

—¡Hola! —respondí bajito, levantando la mano, y dejándome arrastrar hasta el ascensor por la mejor guionista de drama romántico.

Tres días me había ido y todos se comportaban como si me hubiera largado de intercambio interespacial.

—Como no me dices qué noticia prefieres primero, te informo de que Álex piensa que tu Martín… —dijo mientras me clavaba el

dedo en el hombro—, ha vuelto esta mañana.

El ascensor parecía que se había quedado atascado, porque no llegábamos nunca a la segunda planta.

Sentí presión en el pecho y el pulso me iba tan deprisa que empecé a ver borroso.

—No te entiendo… —Apenas me entraba el aire.

—Val, Martín te ha mentido. No sabemos por qué, pero no tiene ningún hermano y tampoco volvió a España el sábado.

CAPÍTULO 18

MARTÍN

—A mi padre ni una palabra. No queremos que se vuelva de su luna de miel ahora que todo está resuelto.

Colgué sin despedirme.

Me quedé pensando en Valentina. En las ganas que me entraron de besarla, de abrazarla, de preguntarle cómo le había ido todo. Y en explicarle por qué me había tenido que marchar así. Después me pasé las manos por la cara y solté una risa seca.

—Maldito cabrón sin pelo… —murmuré para mí—. Siempre jodiendo cuando te da la gana.

La puerta del despacho se abrió de golpe. Ni llamaron. Ni fingieron hacerlo.

Álex atravesó el hueco con la misma energía de alguien que se ha pasado con los Redbulls.

Lo miré de arriba abajo.

—Voy a tener que darte clases de protocolo —le advertí, señalando la puerta con el mentón—. Si te encuentras una puerta cerrada, se llama antes de entrar. Aunque sea para disimular.

No sonrió.

Se quedó ahí plantado. Con la mandíbula apretada. Sus ojos azules se habían vuelto negros. Y me observaba serio. Demasiado serio para mi gusto.

—¿Por qué me has mentido? —soltó sin más.

Sentí el golpe en el pecho antes de que mi cerebro procesara la frase.

Me tensé.

—¿Qué mierda te pasa? —repliqué, apoyando las manos en la mesa—. ¿Te has levantado hoy con vocación de fiscal de serie americana?

—Dejas tus gracias para otro. —Ladeé la cabeza y lo observé atento—. Si no sabes a qué me refiero es porque sueles mentirme bastante.

Ahí sí que me levanté.

Di la vuelta al escritorio despacio, decidiendo si dejarlo a hablar o directamente cometer un homicidio.

—¿Por qué te comportas como un amante despechado? —le pregunté, deteniéndome frente a él—. Relájate. Si quieres te pongo un *whisky*, pero no tengo ni idea de qué estás hablando.

Álex no se movió y eso me mosqueó más que sus gritos. No me miraba con rabia. Era peor. Parecía decepcionado.

—¿Cuándo has vuelto de Florencia? Y no me mientas, porque sé la verdad.

Solté una carcajada.

—¿Era eso? ¿En serio? Pensaba que habías descubierto que soy Batman o algo más interesante —le dije con tono burlón.

No se inmutó.

—¿Has hecho algo de lo que te puedas arrepentir?

Fruncí el ceño.

—No entiendo la pregunta. ¿Puedes ser más claro? —pregunté, frente a él.

—¿Has quedado con Gia?

Ese nombre cayó en el despacho como una bomba fétida entre los dos.

—¿Te has vuelto loco? —Levanté la voz, sintiendo cómo se me calentaba la sangre.

—No —respondió él, bajando la voz—. El que parece haberse vuelto loco eres tú.

Se acercó un paso.

—Álex, hoy no tengo todo el día para tus numeritos, así que, te pido por favor que sueltes eso que parece haberte puesto del revés el cerebro.

—¿Qué significa Valentina para ti? —Lo miré serio. No tenía ni idea de por dónde iba a salirme—. ¿Todo lo que dijiste en el bar era mentira? ¿Esa cara de gilipollas enamorado era porque pensabas en Gia?

—¡Basta ya! —grité, perdiendo el control—. No vuelvas a decir ese nombre en mi presencia. Si has venido a insultarme, te largas.

El silencio vibró entre los dos.

Y yo había llegado tan contento ese lunes a la oficina.

—Valentina no se merece eso —dijo él.

Sentí que algo me atravesaba el pecho.

—¿«Eso» qué es? —escupí con los puños apretados—. ¿De qué coño me estás acusando?

—Ten huevos y dímelo a la cara —insistió—. ¿Por qué te largaste el sábado y la dejaste sola en Florencia? ¿Y por qué me has hecho creer que has llegado hoy?

Ahí estaba. Acababa de soltar la bomba.

Y yo no sabía si desactivarla o pulsar el botón y explotar los dos.

Lo miré. Resoplé. Apreté la mandíbula. Y reprimí las ganas de zarandearlo.

—No sé qué interés oculto tienes con Valentina —le advertí con voz baja y peligrosa—, pero te quiero a kilómetros de ella.

—¿Perdona? No entiendo.

—Que si tengo que explicártelo es que no me conoces.

Álex dio un paso atrás mirando al suelo.

—Entonces, ¿por qué montaste toda la película de Florencia? Los dos sabemos que no era necesario ir allí para firmar el contrato. Si tenías ganas de follar… podrías haberte buscado a otra.

Abrí la boca. La cerré. Y decidí que ya estaba bien.

—Baja la intensidad —le pedí, acercando la mano a su brazo—. Escucha, me llamó Rubí el sábado por la mañana…

Y no había terminado la frase, cuando la puerta del despacho se abrió de golpe otra vez.

Victoria irrumpió como si viniera a exigirme una prueba de paternidad. Detrás, Valentina intentaba sujetarla del brazo.

Miré a Álex. Él se encogió de hombros, dándome a entender que él no había tenido nada que ver con aquella visita sorpresa.

Victoria me apuntó con el dedo, inspiró profundo e intentó tragar.

—¡Tú! —gritó en toda mi cara—. ¿Quién coño te has creído que eres?

Valentina tiró de su codo.

—Victoria, déjalo… No vale la pena.

Me pasé la mano por la cara y resoplé. No entendía nada. ¿Por qué Álex y Victoria se comportaba así?

—¿Qué demonios está pasando? —pregunté mirándolos a los tres.

Valentina me mantuvo la mirada, seria, en sus ojos vi rabia. Y eso no me gustó.

—Martín, no se lo tengas en cuenta a Victoria. Estamos todos muy nerviosos —dijo, intentando sonar tranquila—. Yo solo he venido a *presentar* mi carta de dimisión.

¿Solo?

Me eché las manos a la cabeza. Miré al ventanal. Miré al techo.

¿Con qué habrían fregado el suelo de la oficina? Si no eran ni las nueve de la mañana y ya estaban todos de fiesta.

—¿Qué he hecho yo para que mi despacho se llene de locos? —pregunté mirando arriba.

Victoria dio un paso al frente. Yo me mordí el labio.

—¿Puedo hablar? —Asentí—. No me esperaba esto de ti. Un cabrón con todas las letras. Y ahora me siento fatal por haber organizado todo con Álex. Pensaba que eras distinto.

Giré la cabeza despacio hacia mi amigo.

—¿Qué has hecho? —Álex negó, pero no abrió la boca.

—¿Por qué le dijiste a tu presunto amigo que no puedes dejar de pensar en ella? —disparó Victoria, levantando el brazo de Valentina—. Eso no se hace. Deja de mentir, por favor. Deja de mentirle a Valentina.

—¡Callaos! —troné, golpeando la mesa—. Sentaos.

Los tres se quedaron quietos. Valentina respiró hondo. Y entonces lanzó su bomba.

—Martín, tienes un hermano, ¿verdad?

Me quedé mirándola, aguantando las ganas de soltar una carcajada. Apreté los labios, pero no fue suficiente y se me escapó una risa.

Victoria abrió los brazos.

—¡Buah, estoy flipando! Encima tiene los santos cojones de reírse en nuestra cara.

—Déjalo que conteste —pidió Valentina, sin apartar los ojos de mí y sujetándole el antebrazo a su amiga.

La miré.

Cómo demonios iba a engañarla si había sido la primera persona en años que me había hecho confiar otra vez.

—Me llamó Rubí —empecé.

—¿Quién es Rubí? —interrumpió Victoria, con los brazos cruzados. A la que me estaban entrando unas ganas increíbles de lanzarla por el ventanal.

—Tranquila —intervino Álex—. Es la mujer que trabaja en casa de su padre.

Victoria giró la cabeza hacia Valentina con una expresión que mezclaba horror y espectáculo.

—¿Está liado con la asistenta? Madre mía. Este tío no conoce límites.

—¿Hola? —dije, levantando la mano por si se habían olvidado de mí—. Sigo aquí, intentando aclarar algo que ya me parece ridículo hasta a mí. Si no os importa, dejadme continuar.

Di un paso hacia Victoria y, antes de que soltara otra teoría conspiranoica, le tapé la boca con la mano.

—Rubí trabaja en casa de mi padre —hablé rápido para que nadie me interrumpiera y tuviera que repetir de nuevo aquella absurda historia—, se refería a Judía. Porque no, no tengo hermanos. Soy hijo único, lo siento si esta revelación os molesta.

—¿Judía? —repitió Valentina.

Álex dio una palmada. Victoria consiguió apartarme la mano de sus labios.

—No me digas que todo este lío lo has montado por alguien que se llama así —me preguntó a mí, aunque los miró a ellos.

—¿Yo? ¿Liarla? —exageré, llevándome la mano al pecho—. ¡Manda cojones! Si ahora será culpa mía haberme vuelto antes.

Valentina me miraba sin pestañear.

—Judith o Judía… —Victoria iba decidida a encontrar una grieta para subir de nivel. Que no entendía qué afán de bronca tenía esa mujer.

—Sí, Ju-dí-a. ¿Algún problema? —Llegados a ese punto a mí también se me calentó la boca.

—¡Ay, que esto es peor de lo que parecía, Val! ¡Qué fuerte! —se quejaba con las manos en la cabeza—. Que ha tenido un hijo con la asistenta de don Prudencio.

—Victoria, te lo pido por favor —le dije bajito, porque podía estar en mitad de un brote de locura, y no quería asustarla—, ¿te puedes tranquilizar y escucharme? Pero, sobre todo, deja de especular.

Porque no era ni medio normal la historia que se había montado en la cabeza y la habilidad que tenía para llevarse a su mundo a Valentina.

—Victoria, deja que se explique —le pidió Valentina.

—Venga —respondió ella, arreglándose el flequillo.

Por cómo me miró, me dio miedo que descubriera que Judía era un crestado chino de menos de seis kilos, sin pelo y con más drama que una telenovela turca —como ella—, pero había llegado el momento de parar aquel circo.

—Judía es el perro de mi padre.

A Álex se le escapó un ruido extraño y sin necesidad de mirarlo, se calló. Ellas cruzaron la mirada con la boca abierta.

—¿Por qué no lo dijiste? —preguntó al fin Valentina.

Respiré.

—Primero, porque si todos sabían que había vuelto el sábado y que el perro había desaparecido, mi padre se volvería de Nueva York en el primer vuelo que encontrara. Virtudes me odiaría para siempre y lloraría todos los días en mi despacho, dejándome el suelo lleno de bolas de papel higiénico. Llamadme maniático, pero no lo soporto. —Levanté otro dedo, los miré y continué—: Y segundo, porque, si se lo decía a Simón, le habría faltado tiempo para pasarle el parte a don Prudencio. Y yo tenía orden directa de cuidar de Judía.

Victoria levantó la mano.

—¿Judía es un perro? Júralo.

—El crestado chino calvo de mi padre —aclaré—. Y como para él es más que un hijo, Rubí lo trata como si fuera mi hermano. Tendríais que escuchar cómo le dice a Judía cuando mi padre llega a

casa: «Nene, ve a ver si ha venido papá». Lo sé, suena ridículo y patético, pero es lo que hay.

Silencio.

Valentina empezó a reírse.

Una risa pequeña primero. Luego más grande.

La miré.

¡Joder, qué guapa estaba cuando se reía!

—Victoria —dijo entre carcajadas—, un bono de mil sesiones no. Uno para toda la eternidad. Estás fatal. Has hecho que sienta celos de un perro que se llama Judía.

—Y que es calvo —añadió Álex.

Lo que es la vida. Veinte minutos antes estaba convencido de que iba a perderla por culpa de un perro sin pelo y por mi brillante capacidad para complicarlo todo. Y en ese momento estábamos los cuatro riendo como idiotas en mi despacho como si nada hubiera pasado.

Me acerqué a Álex.

—Que sea la última vez que dudas de mí.

Él me agarró por el cuello con teatralidad y me acercó a su pecho.

—Vale. Pero contéstame una cosa: ¿a quién quieres más, a Judía o a mí?

—Depende —respondí seco—. ¿Hoy te has escapado de casa?

Se rio y me abrazó fuerte. Victoria se llevó la mano al pecho.

—Creo que voy a llorar. Qué bonito.

Me separé de Álex y, alargando el brazo hacia Valentina, la miré. Solo dudó medio segundo antes de cogerme la mano.

La acerqué hacia mí. Y sin pensar, la besé.

Álex silbó. Victoria aplaudió. Y Valentina se rio contra mi boca.

Me separé apenas lo justo para mirarlos.

—Creo que deberíais centraros más en vosotros que en nosotros —dije, señalándolos con el dedo—. Yo creo que ahí veo algo… Mirad a ver.

Victoria se quedó rígida. Álex levantó las manos.

—¿Álex y yo? Antes me caso con tu hermano —soltó ella entre risas.

—El tiempo me dará la razón.

Valentina me miró divertida.

—Siempre tienes que tener la última palabra, ¿verdad?

—No —respondí, rozándole la mejilla—. Solo cuando tengo razón

EPÍLOGO I

VALENTINA

Medio año después…

Si hace seis meses alguien me hubiera dicho que terminaría haciendo la presentación de mi último proyecto con un perro crestado chino calvo —mi cuñado— paseándose por la moqueta como si fuera el director creativo, me habría reído en su cara.

Pero allí estaba Judía, con un lazo rojo ridículo en el cuello y sus cuatro pelos cardados con cara de estrella del rock, bajo una diadema más grande que él, en la que se leía, en letras doradas: *The RosCom Pet Resort.*

La sala estaba llena. Victoria había convocado a la prensa y movido algunos hilos para que asistieran un grupo de *influencers* de cuatro patas acompañados de sus dueños.

Afuera, en la zona ajardinada, se escuchaban ladridos contenidos y algún que otro aullido impaciente. La inauguración real empezaba después de la rueda de prensa.

Victoria ajustaba el micrófono en el atril sin dejar de sonreír, cada vez más roja, como si alguien le estuviera haciendo una propuesta. Giré la cabeza buscando a Álex, que hablaba desde la zona de control con Judía en brazos. Llevaban seis meses saliendo y seguían tonteando como el primer día. Contra todo pronóstico, su relación funcionaba.

—Cuando quieras, Val —me susurró Martín a mi espalda, con una mano colocada en mi ombligo y la otra en la cadera, presionando con toda la intención.

—Para —le pedí entre dientes, sin quitar mi sonrisa profesional, aunque por dentro me moría por salir de allí y perderme con él entre los matorrales.

—Llevo toda la mañana comportándome.

Acercó su cara un poco más, apartó mi pelo hacia un lado y me rozó el cuello con su nariz.

No hizo falta nada más. Se me erizó la piel como si, en lugar de su lengua, acabara de acariciarme con un hielo y alguien hubiera puesto la calefacción a cien grados.

—¿No tenemos cinco minutos para nosotros? ¿De verdad? Eres cruel —me dijo sin separarse de mí—. ¿Ni uno?

—Martín, ahora no. ¿Te parece buen momento? —Miré las sillas que teníamos enfrente—. Estamos a punto de inaugurar el hotel. Mi padre nos controla. Compórtate.

—Eso intento, pero tú no ayudas —me susurró cerca de mi nuca—. ¡Qué corta rollos eres! Mi padre también nos mira y yo lo ignoro.

Decidí no buscar entre el público ningún rostro conocido.

Habíamos trabajado juntos en el proyecto. Él y Álex se pasaron semanas dibujando planos hasta las tres de la mañana, mientras yo revisaba cada espacio, elegía materiales, ajustaba flujos y me aseguraba de que la iluminación fuera exactamente la que buscaba. Diseñé las zonas de descanso para los clientes y para sus dueños.

Mi padre era el promotor oficial y Rosaura, su prometida, nos cedió el terreno sin pestañear, encantada de que su finca, compartida con su ex, alérgico a todo tipo de animales, se transformara en un hotel.

Me encantaba esa mujer.

—Val, mírame —insistió Martín, señalándose al pantalón con descaro.

—¡Martín! Tápate —le pedí, sintiendo cómo me ardía la cara.

—No me puedo creer que, en un momento tan importante, estés pensando en empotrarla contra esa pared —añadió Victoria con su discreción habitual.

El público empezó a reír cada vez con más intensidad.

—Y me lo dices tú, que llevas desde que te has puesto a repartir botellines de agua entre la prensa comunicándote por el pinganillo con tu novio… —le echó en cara Martín.

—¿Dónde está el problema? Si tienes envidia, yo no tengo la culpa de que Álex pueda decirme todo que me hará esta noche y tú andes a dos velas —le contestó Victoria.

Risas en el aire.

—¿Podéis dejar de discutir? —pedí con las manos cerca de los labios—. Y para tu información, querida Victoria… Martín y yo no podemos tener envidia de nada porque nosotros tenemos una vida sex…

Más risas.

Dejó de salirme la voz y de entrarme aire. Martín me apretó la mano. Victoria se quedó muda por primera vez en su vida.

Porque en cuanto descubrimos a qué se debían esas carcajadas, yo quise convertirme en nenúfar y ellos dos, por su expresión, también.

Álex, que ya no estaba donde debía — en la mesa de sonido—, había dejado los micros abiertos.

—¿Es lo que creo? —preguntó Martín. Yo asentí. Entonces él abrió tanto los ojos que, por un segundo, temí que se le saliera uno.

El público seguía riendo.

—Me voy a por una pala. Me han entrado ganas de cavar un agujero —soltó Martín—. Cuando termine esto, empujadme dentro y cubrirme de tierra.

—Haz un hueco bien grande —dijo Victoria mientras buscaba entre el público a su novio—. Dentro va tu amigo.

Se apartó, todavía roja, y empezó a saludar a los periodistas indicándoles dónde debían sentarse.

—Val, todo irá genial. Después lo celebramos solos. —Martín se inclinó hacia mí, tapó el micro con la mano y me susurró al oído, asegurándose de que nadie más pudiera escucharlo.

—Luego nos escapamos. Me muero de ganas —le dije, con un botellín de agua en la mano, a punto de beber para tragarme la vergüenza.

Bajaron las luces de la sala, empezó a sonar la banda sonora del vídeo que habíamos grabado y conté hasta cuatro.

Entonces…

Judía empezó a caminar por la alfombra central con esa seguridad absurda de quien se cree humano y es el centro de todas las miradas.

O eso debería estar pasando.

Porque cuando levanté la vista para seguir su recorrido… el centro estaba vacío.

Parpadeé. Miré a la izquierda. A la derecha.

Nada.

La alfombra impecable, sin una sola arruga. La pajarita roja de Judía, tirada junto a una silla.

—¿Judía? —pregunté con la cabeza levantada.

No me lo podía creer. Judía había desaparecido.

Victoria tomó el control con profesionalidad, haciéndome creer que todo formara parte del espectáculo y me relajara. Me hizo un gesto mínimo con la mano para pedirme que continuara.

Negué despacio.

—Disculpen un momento —dije acercándome al micrófono—. Parece que nuestra estrella invitada ha decidido revisar primero las instalaciones.

Risas suaves. Martín me hizo un gesto con las manos. Yo lo miré horrorizada. Moví apenas la barbilla hacia la izquierda y él levantó el pulgar antes de abandonar la sala.

En primera fila, mi padre se inclinó hacia Rosaura para comentarle algo. A su lado, Prudencio se secaba la frente con un pañuelo bordado con sus iniciales, que yo misma había visto bordar

a Virtudes que hacía gestos extraños y, con sus antecedentes, no debía ser nada tranquilizador lo que pasaba por su mente.

Por más que busqué entre las cabezas, no localicé a Álex. Ni rastro.

Miré a Victoria. Ella levantó una ceja. Yo otra.

Genial.

Victoria se adelantó un paso. Yo me retrasé otro.

—Me comentan que ha habido un pequeño ajuste técnico. Es lo que tienen los directos —anunció a la prensa como si supiera lo que estaba pasando—. Cinco minutos y empezamos.

Un periodista levantó la mano.

—Estamos expectantes…

Respiré un poco más tranquila.

—La estrella nos ha salido exigente —intenté hacerme la graciosa.

Algunos *flashes* se dispararon. Sonreí por si estaban haciendo fotos, salir mona y que mi cara no reflejara mi agonía.

Desde fuera se escucharon ladridos más altos. Parecía que los clientes se empezaban a impacientar.

Sin ayuda de Victoria, mi cabeza empezó a imaginar escenarios imposibles.

Habían secuestrado a Judía. Judía se había fugado…

Si le había pasado algo al «hijo pequeño» de Prudencio, tendríamos que cavar muy hondo, porque yo ya me veía compartiendo sótano eterno junto a Martín y Álex.

Rosaura debió olerse algo, y se levantó con la misma elegancia con la que lo haría Isabel Preysler. Tomó el micrófono.

—Mientras esperamos —dijo con una sonrisa impecable—, quiero agradecer al estudio Marmita Design por haber sabido plasmar en cada rincón lo que llevaba años imaginando en mi cabeza. Este hotel combina sostenibilidad, diseño y bienestar, lo que

lo convierte en un lugar único. Gracias a mi prometido por creer en la idea desde el primer plano que le dibujé en una servilleta de papel. Y gracias a Valentina por hacer realidad mi sueño.

Mi padre la miraba como si acabara de volver a enamorarse.

—¿Solo será hotel para perros o admitiréis a otras especies? —preguntó uno de los periodistas.

—Aquí todos los animales son bienvenidos, siempre que sigan las normas. —Risas—. No, es una broma. Estoy deseando que recorramos las instalaciones para que vosotros mismos podáis responderos a esa pregunta. Ha quedado increíble.

Las puertas del fondo se abrieron de golpe.

Álex apareció con la corbata en el bolsillo de la chaqueta, todo descamisado, con hojas secas pegadas en el pelo y en la cara. Bajé la vista y comprobé que llevaba bajo el brazo a Judía enseñando el colmillo. Levanté la cabeza y me di cuenta de que la diadema del perro la llevaba Álex enredada entre los mechones.

Desconocía qué había ocurrido para que los dos acabaran así, pero no me atrevía a preguntar. Al menos los dos respiraban.

Se me escapó un suspiro.

—No preguntéis —jadeó de camino al atril.

Martín iba detrás y se tapaba la boca con la mano para que no lo viéramos reírse.

Victoria hizo una seña y Álex dejó al perro en mitad del pasillo. Solo teníamos ojos para Judía, que caminaba con una naturalidad innata, como si hubiera nacido para modelar y lo supiera, creyéndose que lucía con orgullo la diadema y la pajarita roja con la que tanto había practicado.

Prudencio lo grababa con el móvil.

—Gracias por la paciencia. —Se escuchó por los altavoces a Martín—. Ahora que ya estamos todos… os dejamos con el vídeo de presentación de RosCom Pet Resort. El protagonista se llama Judía.

Las luces bajaron de nuevo. La pantalla se iluminó.

Respiré tranquila.

Hasta que Judía decidió que era buen momento para tumbarse en mitad de la alfombra y empezar a roncar.

Meses de trabajo. Semanas de ensayos. Y el broche final lo puso un perro calvo narcoléptico.

Cerré los ojos un segundo. No podía con él.

—Ahora eres todita para mí —me dijo Martín, sin soltarme de la mano, caminando juntos hacia la puerta lateral.

—Cierto, creía que nunca llegaría este momento —le dije cerca de su boca para besarlo, sabiendo que nadie nos vería porque estarían entretenidos con el vídeo.

Y cuando nuestros labios se rozaron, un grito nos obligó a separarnos.

—¡Corten! ¡Corten! —gritó Virtudes con la mano en el pecho, cómo si el corazón se le fuera de vacaciones.

—¿Qué significa esto? —preguntó mi padre, mirando al de Martín.

Nosotros reíamos. Una risa nerviosa, pero divertida. Victoria y Álex hacían lo mismo al otro lado de la sala.

Ya no sabía si aquello era un error muy acertado o el destino queriéndonos decir algo.

Ni rastro de las imágenes del hotel canino, ni un solo fotograma de Judía haciendo largos en la piscina para perros enanos. Tampoco se veía a Rosaura paseando de la mano de mi padre mientras enseñaban las habitaciones de lujo. Solo veíamos una sombra con los brazos en alto girando sobre sí misma. Y de fondo…

Después de la tormenta siempre llega la calma…

—Ahora sí que deberíamos irnos —me pidió Martín.

—¿Cómo ha podido pasar algo así? —pregunté con la boca muy abierta a ver si me entraba más aire y lograba no hiperventilar.

Virtudes no parecía nada afectada. Se subió al atril, dio un par de toquecitos al micro y miró a su novio.

—Pajarillo… —Se tocó la nariz, cerró los ojos y estornudó—. Perdón. Yo quería aprovechar este momento en el que estamos todos reunidos para hacer público…

No podía estar sucediendo algo así. Se había cargado el momento más esperado de Rosaura.

—Estoy embarazada.

Martín se fue contra la pared. Prudencio se tambaleó en la silla. Yo me congelé.

—¡Qué fuerte! Vas a tener otro hermano —dijeron Álex y Victoria al mismo tiempo.

—¡No puedo con esta mujer! —dije en voz alta—. Se libra de una muerte dolorosa porque está esperando a mi futuro cuñado, pero soy una mujer con paciencia. Solo tengo que esperar nueve meses.

Todos rieron, Rosaura se levantó, se colocó junto a Virtudes, nos guiñó un ojo y añadió:

—Tranquilos. —Miró al público y luego a nosotros—. Estaba todo hablado. Cuando queráis, vamos a ver las instalaciones, mientras dejamos a la feliz pareja asimilar la noticia.

Martín levantó una ceja, miró a Álex, que apretaba los labios. Victoria y yo no supimos qué decir.

—¡Joder, tío! Después de esto, la pedida que habías preparado va a quedar en una anécdota.

Victoria se tapó la boca. Yo la abrí.

El corazón me iba a mil. Martín intentaba electrocutar con los ojos a su amigo.

—Eres único para meter la pata. Val, vamos. Tenemos que hablar…

EPÍLOGO II

MARTÍN

San Valentín 2027

Un año desde que juré que no volvería a acercarme a nada que tuviera forma de corazón rojo, dorado o con luces LED.

Y allí estaba yo.

Dejándome los pulmones para hinchar ochocientos globos con la forma maldita para luego colgarlos en guirnaldas en un salón alquilado a las afueras de la ciudad, mientras discutía con Álex sobre la altura exacta a la que debía ir un cartel que yo mismo había pintado.

—Si alguien nos ve ahora —murmuró Álex, sujetando un globo en forma de corazón—, nos quita el carné de tíos duros.

—Habla por ti —respondí, ajustando una foto de Valentina riéndose en Florencia—. Yo soy un hombre sensible.

Álex soltó una carcajada tan exagerada que casi se cae de la escalera.

—Te recuerdo que yo hace un año organicé la mejor fiesta prosolteros de San Valentín y todo iba de puta madre hasta que te poseyó Otelo y la liaste.

—No fueron celos.

—Solo miedito porque alguien se te había adelantado y te había quitado a tu chica…

Lo miré.

Se hizo un silencio breve, cargado de memoria.

—Lo importante es que todo se arregló —dije al final, bajando la voz—. Si no… ahora no estaría preparando esto.

Álex me sostuvo la mirada medio segundo y luego sonrió.

—Claro. Porque otro error sobrevoló tu cabeza. Tío, te conozco desde hace más de treinta años y te juro que no recuerdo nada igual. Sin ánimo de ofender, yo creo que tu novia es gafe.

—¡Claro! Porque la tuya nunca tiene nada que ver…

—Juntas son peor que un huracán… —dijo Álex, ya en el suelo.

—Hay que poner el camino de mesa antes de colocar las fotos —comenté mientras abría la caja y sacaba todos los marcos que había encargado—. Tiene que salir perfecto. Me niego a que algo se tuerza. Esta vez es la definitiva.

—Pues ata en corto a tu suegra y a tu madrastra. Te recuerdo que el día de la inauguración del hotel se cargaron tu momento porque a Virtudes se le ocurrió que sería muy divertido anunciar que esperaba a los mellizos deleitándonos con su vídeo porno en la orilla de la playa. De lo contrario, ahora Valentina y tú estaríais casados.

—Eso fue culpa tuya.

—¿Mía? —Se golpeó el pecho.

—Deberías haber intuido que Judía tiene los genes González. ¿A quién se le ocurre sacarlo a pasear cuando había una perra en celo?

—No suelo ir preguntando a la gente si su perro es perra y por supuesto si está en celo. Yo no tengo la culpa de que en el hotel hubiera una *influencer* desesperadita. Además, ¿cómo me iba a imaginar que un perro radioactivo pudiera montar a un gran danés?

Nos doblamos de la risa al recordar el momentazo. Dos meses más tarde apareció un chico en la puerta del hotel pidiendo responsabilidades. Seis cachorritos calvos tamaño jirafa que exigían que Judía les diera el apellido.

En ese momento me sonó el móvil.

Valentina. Me aparté un poco intentando poner voz normal.

—¿Dónde te has metido? —preguntó ella al otro lado.

—Con Álex. Estamos viendo unos terrenos. ¿Por?

Álex me miró y se llevó el puño a la boca para no reírse. Le hice una seña para que supiera que había puesto el altavoz.

—¿Terrenos? —repitió ella—. ¿Llegarás para comer?

—No creo que me dé tiempo. Luego quería acercarme al ayuntamiento para ver cómo están los permisos —improvisé sobre la marcha.

De fondo escuché a Victoria quejarse.

—¡Seguro que están de fiesta! Que no te engañe su voz seductora. Fijo que Álex está encima de una barra con la corbata en la frente, dándolo todo.

Me reí.

—Qué poco me conoces, cielito —gritó Álex para que lo escucharan bien subido a la escalera.

—Eso es porque os conocemos demasiado —replicó Victoria desde el fondo—. Os recuerdo que es domingo y los domingos los ayuntamientos están cerrados.

Mierda.

—Nos vemos luego —dijo Valentina—. Y sed buenos…

—Soy un santo, amor —respondí mientras las carcajadas de Victoria hacían retumbar las guirnaldas—. Te aviso cuando salgamos.

Colgué.

Me quedé mirando el móvil un segundo más de la cuenta.

—Parece mentira que hace justo un año estuviera despidiéndola —murmuré, con un globo en la mano que se había soltado de la cinta.

Álex bajó de la escalera y me dio un golpe en el hombro.

—Pero gracias a que tu amigo es la hostia, no la perdiste.

No le contesté, porque Luis y Fernando acababan de llegar cargados de cajas.

—¿Dónde van los globos?

—Martín, ¿más globos? —preguntó Álex.

—Eso ha dicho Simón —comentó Luis.

Fruncí el ceño y cogí aire.

—Si me jodéis la sorpresa, os entierro en una zanja. Os avisé de que a Simón ni una palabra. Ese señor trabajaba para el servicio secreto. Debe estar enviando una *newsletter* a toda la empresa.

En ese momento apareció mi padre con una bolsa de papel.

—Está todo dentro. Tal y como lo pediste.

—Gracias.

La dejó sobre la mesa junto a las fotos, velas y cajas con cintas rojas.

Luis carraspeó.

—¿Te lo has pensado bien? —Me colocó la mano en la espalda y resopló.

Mi padre lo cogió por el codo.

—Una cosa os voy a decir, como cambie de opinión, os meto en el maletero, voy a una obra y os echo en una zanja de verdad.

Nos reímos todos.

Antes de irse, miró a Álex.

—¿Pasasteis ayer por la tintorería? Porque no veo por ningún lado las fundas de los trajes —preguntó mi padre, mirando a todos lados.

—Claro —respondió Álex demasiado rápido.

Yo vi su cara. Y supe que no. Me tensé.

—Perfecto. Os dejo, que Virtudes me ha llamado cinco veces para pedirme veinte antojos distintos y, dime tú, ¿dónde encuentro sobrasada mallorquina con berberechos del Cantábrico un domingo?

—Prudencio, aunque fuera martes, me da que esa guarrada no la vas a encontrar en ninguna parte —le dijo Álex entre risas.

—Ríete, que ya me reiré yo cuando Victoria te mande de madrugada a una aldea vietnamita a buscar baba de mosca cojonera…

—Eso no lo verán tus ojos. Mi Vic no es caprichosa.

Entonces todos nos reímos, pero ninguno dijo nada.

Cuando mi padre se fue, me giré a Luis.

—Haz lo que haga falta, pero consigue que la chica de la tintorería te abra y te dé los trajes… Trajes que este inútil olvidó recoger —me quejé mirando a Álex.

Salimos los cuatro, cerré el local y nos marchamos.

Álex se vino conmigo para recoger a Victoria que estaba con Valentina en casa.

Entramos sin hacer ruido. Estaban en la cocina.

—¿No has notado raro a Martín? —preguntó Valentina.

—¿Cuándo no hace cosas raras tu novio? —respondió Victoria.

—Claro, porque Álex es de lo más normal.

Me reí. No pude evitarlo. Valentina se giró.

La agarré por la cintura y la besé en el cuello.

Álex apareció detrás.

—Gracias, amor. Sabía que saldrías a defenderme —le dijo Álex, poniendo cara de no haber roto un plato en su vida. Victoria le dio un manotazo. Luego le besó.

—¿Os quedáis a comer? —preguntó Valentina mientras sacaba unos *tuppers* de la nevera.

Miré a Álex. Álex miró a Victoria.

—No podemos —dijo él—. Tenemos algo importante que hacer.

—¿El qué? —preguntó rápido Valentina.

Nos miramos los dos.

—Lo mismo que tiene que hacer Martín —añadió Álex.

Victoria nos guiñó el ojo, me sacó la lengua a mí y le dio un beso a Valentina.

Cuando escuchamos el portazo, Valentina me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó, pasándome los brazos por el cuello y acercándose a mi boca.

La besé otra vez. Más lento. La cogí en brazos y la llevé hasta el sofá.

Me tumbé con ella encima.

Apoyó la cabeza sobre mi pecho y me empezó a acariciar el cuello.

—¿No vas a decirme qué pasa? —Se incorporó y empezó a desabrocharme los botones de la camisa.

—No pasa nada —murmuré, acariciándole el brazo—. Solo que te quiero.

Ella bajó la vista. Y sonrió. Pero su mano se deslizó por mi torso, lenta, dibujando caminos que conocía demasiado bien.

—Te noto raro —susurró.

—Es que estoy pensando en cómo demonios he tenido tanta suerte.

Sonrió.

Me besó despacio.

Mi mano bajó por su espalda. Ella se movió encima de mí, sin prisa. Sentí su piel caliente bajo mis dedos. El corazón le latía rápido.

—Martín…

—¿Qué?

—Tenemos que parar o llegaremos tarde.

—No hace falta que lleguemos los primeros.

—A la ducha, ya.

—Si entramos juntos… —sugerí mirando el reloj.

—Si entramos juntos, directamente no llegaremos. —Se levantó, estiró el brazo para que yo también me pusiera en pie y sonrió—. Si no estamos en casa de tu padre a la hora, sé de una que pondrá precio a nuestra cabeza. Y primero tengo que ir a un sitio.

—¿Qué sitio?

—Un sitio. No necesitas saber más…

Entró en el baño de la habitación de invitados.

—No me gusta nada ducharme solo —le grité, ya en nuestro dormitorio.

—A mí lo que no me gusta es llegar tarde —respondió desde el otro lado.

Abrí el agua caliente y, mientras esperaba, me quité la ropa.

—Te quiero —le dije—. ¿Vienes a ducharte conmigo?

Hubo un segundo de silencio.

—Yo más, pero ya he acabado.

Sonreí como un idiota.

—Te espero a las ocho. Lleva el medidor láser —le pedí a Valentina.

—Genial, qué romántico.

—Virtudes quiere reformar una de las habitaciones para los mellizos —le expliqué para que no sospechara nada—. Y ve arreglada. Hoy toca la sesión cinematográfica de los mellizos. Una nueva 4D, y luego sus amigas han organizado un *baby shower* y tenemos que hacer acto de presencia. También vendrán unos amigos de mi padre.

—Qué planazo.

Cinco minutos después de que ella se fuera, llamaron a la puerta.

—¿Has pasado por la tintorería?

—Sí. Los trajes están en el maletero. Vamos.

En el local ya estaban Luis, Fernando, Beltrán y Eva, ultimando detalles.

Guirnaldas en su sitio, velas encendidas, fotos colgadas. Álex comprobó por quinta vez que el vídeo no incluyera a Virtudes desnuda cantando al sol.

Empezaron a llegar invitados.

Cosme entró con Rosaura.

—Mira, el que no creía en el amor nos ha montado la aldea de San Valentín —comentó después de darme un abrazo.

Me puse rojo.

—Cállate —le pedí a Álex que estaba a punto de soltar la gracia de la tarde.

Prudencio apareció con Virtudes, que lloraba diciendo que los mellizos no dejaban de patearla y que seguro se parecían a mí y ya mandaban desde dentro.

—Sujeta bien a tu novia —le dijo Álex a mi padre—. Que no nos cuele otro vídeo pedagógico.

—Un poco de respeto, chaval —le pidió mientras le daba una colleja.

Miré el reloj.

—¿Has llamado a Victoria? —le pregunté a Virtudes. Ella asintió.

—Le-le pedí que me trajera aquí una cesta de ciruelas ver-verdes —contestó hipando.

Qué cruz le había caído a mi pobre padre. Menos mal que el ginecólogo la mandó al programa de alto riesgo y llevaba de baja desde que anunció la feliz noticia, porque no me imaginaba lo que podría ser trabajar con ella con las hormonas en ese estado.

—A vestirse. Ya vienen —informó mi padre, dándonos empujones a Álex y a mí.

Cada uno entramos en un baño. Al abrir la funda de la tintorería, me quedé congelado con la cremallera en la mano.

—Álex… —Silencio—. Estás muerto.

—¿Qué he hecho ahora? —se quejó desde el otro baño.

Abrí la puerta, intentando no gritar.

—¿En serio? —pregunté cuando abrió, plantándole una capa en dos colores, negro y burdeos en la cara.

—¡Joder! Yo también tengo la misma capa.

—¿Vampiros? ¿De verdad?

Tenía pocas opciones, o me ponía aquella camisa blanca, almidonada con volantes en el centro y botones dorados, tamaño moneda de dos euros, a juego con la capa y unos ridículos colmillos prendidos en la solapa del chaqué, o aparecía desnudo.

Ya no sabía si reír, llorar o clavarle los colmillos en el cuello a mi amigo y compartir mi ponzoña con él.

—A que esto no ha sido cosa de Álex —aseguró mi padre, que acababa de entrar en la zona de los lavabos, justo cuando Álex salió vestido igual que yo

—No hay marcha atrás. Es la hora de la función —dijo él, como si estuviera orgulloso de lo ridículos que íbamos.

Me sentía idiota.

Todos los invitados, que se estaban escondiendo, porque las chicas estaban tocando a la puerta, soltaron una carcajada al vernos.

—Venga, abrid, no se vayan a ir —pidió Cosme, que debió llegar cuando nos estábamos disfrazando.

Arrastré conmigo a Álex y abrí.

Valentina se quedó callada. Victoria, al girarse, escupió de la risa.

—¿De qué vais disfrazados? —preguntaron las dos a la vez.

—Feliz San Valentín sangriento —dijo Álex.

Entraron sin dejar de reírse mientras nos grababan en vídeo.

—No me muerdas —susurró Valentina cuando intenté besarla.

—Nada de coñas. Es todo culpa de este imbécil que no comprobó los trajes cuando los recogió de la tintorería —les expliqué mientras cerraba la puerta.

Todo estaba a oscuras, como habíamos ensayado.

—Haber ido tú —dijo Álex—. Yo no tengo la culpa de que también sea carnaval, da gracias de que no nos dio uno de payasos.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Victoria—. Pensaba que nos abriría La Llorona…

—Calla un poquito —le pedí para que no nos escuchara el resto de invitados.

Cada uno cogió a su chica de la mano y pasamos al interior.

—¡Joder! Acabo de comerme un cartón —se quejó Valentina. Yo sonreí.

Todos seguían escondidos. Se escuchaba algún murmullo y risitas. Tosí y, entonces, la sala se iluminó.

Las dos se quedaron paralizadas, mirando a todos lados.

—No te dije que estaba raro —susurró Valentina a Victoria.

—Raro no. Se le ha ido la pinza del todo.

Y todos salieron de sus escondites gritando:

—¡Vivan los novios!

Valentina me apretó con fuerza la mano. Me quité la capa y se la lancé a Álex.

—Sujétala. Así no puedo hacer esto.

—Hacer, ¿qué? —preguntó Valentina, mirando a Victoria.

—A mí no me mires, que te juro que yo solo tenía que venir a traer unas ciruelas a la parturienta plasta para su *baby shower.*

Caminamos hasta la pantalla. Álex se colocó en el lado contrario con Victoria.

El vídeo empezó. Primero salió una foto nuestra de recién nacidos. Valentina no perdía detalle, con el ceño fruncido y sin soltarme la mano.

Mezcla de fotos de viajes. Fiestas. Ella. Vídeos contando nuestra historia juntos.

Y al final… el nombre de Valentina en el centro. Bien grande.

—¡Ay! ¡Ay! Que me muero, Val —gritó Victoria, dando saltitos, con las manos en la boca.

—Vic, por una vez, ¿puedes callarte un mes? —le pedí muerto de risa—. Y guarda un poco de emoción, que luego vas tú.

Silencio. Victoria miró a Álex, que la atrajo hacia él.

—Venga, que al final esta mujer se pondrá de parto —gritó Fernando.

—¡Cotaros un poco! —pidió mi padre.

Cogí aire, entrelacé los dedos con Valentina que no decía nada. Le temblaba la barbilla y tenía los ojos brillantes.

—Valiente —dijo Beltrán—. ¡Ay!

—¿Cómo que valiente? ¿Eres tonto? —le preguntó Eva a su marido.

Risas.

Volví a coger aire.

—Val, ¿quieres creer en el amor conmigo el resto de nuestras vidas?

Los dos nos mirábamos en silencio. Me sudaba la nuca, las manos, el corazón me golpeaba contra el pecho.

Qué manera de sufrir.

—Hijo, céntrate —me susurró mi padre por detrás, me abrió la mano y me dejó una cajita que le encargué y trajo por la mañana—.

Toma, dáselo.

Valentina seguía paralizada.

—¿Qué dices? ¡Desde aquí no se escucha! Si no quieres casarte con él, puedes venir a vivir conmigo —añadió Simón y todos lo mandaron callar.

Valentina asentía con los ojos llenos de lágrimas.

Estaba preciosa.

La cogí de la nuca y acerqué mis labios a los suyos.

Un «oh» colectivo a nuestra espalda. Un grito de «me muero», de Victoria.

Aplausos.

—Contigo, siempre todo —dijo al fin Valentina.

—Esta vez no pienso equivocarme.

Y mientras todos gritaban, Álex brindaba con un vaso de plástico y mi padre fingía que no estaba llorando, entendí que no había sido el salón ni los globos lo que me había traído hasta aquí.

Había sido ella.

Y no tenía ninguna intención de salir corriendo.

Error.

No nos quedó otra porque mis hermanos decidieron que era buen momento para llegar al mundo.

—Virtudes se ha hecho pis… —dijeron Valentina y Victoria, señalando a un charco enorme.

Y ahí entendí que mi vida junto a Valentina iba a ser siempre un plan imperfecto arruinado en el último segundo para convertirse en uno perfecto.

AGRADECIMIENTOS

Y ha llegado la hora de dar las gracias.

A mis Cero por su santísima paciencia, cada vez más infinita, por cierto.

Porque esta historia, aunque sea corta, me ha costado la vida. Meterme en la cabeza de Martín y narrar como si fuera él ha sido una experiencia casi religiosa.

Es la primera vez que tengo título, portada y sinopsis y no tengo historia. Pero reconozco que ha valido la pena esperar.

Gracias por haber aguantado mis mensajes diarios de «hoy no he escrito», «hoy imposible», «mañana os mando un par de capítulos», para después enviarles todo de golpe y sin avisar. Y al día siguiente montar un drama porque no me gustaba nada y dejar de escribir. Y, cinco minutos después, volver a mandar. Y volver a borrar. Y volver a dudar. Y ellos, ahí, leyendo, parando, empezando de nuevo. Leyendo a contrarreloj. Creándoles traumas con las comas, los gerundios y los momentos imposibles espacio-temporales de mis personajes.

Gracias, chicos. Sois los mejores.

Enri, las Teres y Dani Ro (Vira).

Gracias también a Alba, mi cuñada, que mientras yo estaba metida en dramas románticos sin saber por dónde salir, ella estaba haciendo plataformas, comprando cosas inútiles por Temu y preparándose para las Fallas y, aun así, hemos sacado tiempo para hablar de novelas.

Y, por último, gracias a vosotros, lectores. Porque cada mensaje, cada reseña, cada «¿para cuándo el siguiente?» es un motivo más para sentarme a escribir.

Si habéis leído *Un error muy acertado* me encantaría que me dijerais qué os ha parecido. Podéis compartir vuestra opinión en

redes o donde más rabia os dé. Aunque no lo creáis, eso nos ayuda mucho a los escritores y también a los futuros lectores.

Nos leemos en la próxima historia.